



panoptico

JEREMY BENTHAM



panoptico

— JEREMY BENTHAM —

EL PANÓPTICO



JEREMY BENTHAM

«EL OJO DEL PODER»: ENTREVISTA CON MICHEL FOUCAULT





Esta licencia permite copiar, distribuir, exhibir e interpretar este texto, siempre y cuando se cumplan las siguientes condiciones:

Autoría-atribución: deberá respetarse y hacerse constar la autoría del texto y de su traducción.

 **No comercial:** no puede utilizarse este trabajo con fines comerciales.

 **No derivados:** no se puede alterar, transformar, modificar o reconstruir este texto.

Los términos de esta licencia deberán constar de una manera clara, y solo podrán alterarse con el permiso expreso del autor/a.

© 2020 de la presente edición, Virus Editorial

Título:

El panóptico

Edición: Virus Editorial

Corrección de estilo y ortotipográfica: Paula Monteiro

Diseño de colección: Pilar Sánchez Molina

Diseño de cubierta: Lidia Sardà y Miquel Costa

Ilustraciones de interior y cubierta: Elías Taño

Maquetación: Virus Editorial

Primera edición: marzo de 2020 (a partir de la edición de La Piqueta de 1979)

ISBN: 978-84-17870-02-7

Depósito legal: B-3070-2020



VIRUS EDITORIAL I DISTRIBUIDORA, SCCL

C/ Junta de Comerç, 18, baixos

08001 Barcelona

T. / Fax: 934 413 814

editorial@viruseditorial.net

www.viruseditorial.net

Índice

«EL OJO DEL PODER», ENTREVISTA CON MICHEL FOUCAULT 7

El panóptico 49

Carta de Jeremy Bentham
a Jean Phillippe Garran de Coulon (1791) 51

Memoria 53

Parte primera 61

 Construcción 65

 Ventajas esenciales 67

 Pormenores del panóptico 70

Parte segunda. De la administración del panóptico 79

 Regla de dulzura 82

 Regla de severidad 82

 Regla de economía 82

 Comparación de los dos modos de administración 84

 Separación entre sexos 93

 Separación en clases y en grupos 94

 Del trabajo 101

Del alimento	104
Del vestido	106
Del aseo y la salud	107
De la instrucción y la ocupación dominical	110
De los castigos	112
Provisión para los presos que salgan de la cárcel	114
 Resumen	 123
Custodia segura	124
Sanidad y limpieza	126
Economía	127
Reforma	128
Precauciones tras la liberación de los presos	129
Restricciones contra el interés personal del gobernador	130
Otros usos del principio panóptico	131
Comentario	131
 ANEXOS	 155
INFORME DE LA SOCIEDAD ECONÓMICA MATRITENSE (1820)	157
APÉNDICE. IDEA DEL ESTADO ACTUAL DE LAS CÁRCELES DE ESPAÑA	167
PLANOS	175
 EPÍLOGO, «BENTHAM EN ESPAÑA», MARÍA JESÚS MIRANDA	 185
ADENDA	219

«El ojo del poder»

entrevista con Michel Foucault

Apuntes biográficos de la entrevista

Jean-Pierre Barou (1940) es autor y editor. En Mayo del 68, llevado por los acontecimientos, «lo dejó todo para convertirse en un activista pro-Mao». Se especializó en el sector Renault y frecuentaba a Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir. Más tarde, Barou se convierte en editor en Seuil, donde conocerá a Sylvie Crossman. En 1996, fundan Indigène juntos. Su novela *Comme les taureaux d'un même élevage* (Grasset, 1985) será considerada por los críticos como la novela de una generación, la que está detrás de *Libération*, periódico del cual Barou participó en los inicios. Su obra más reciente es *La guerre d'Espagne ne fait que commencer* (Œuvres textuelles, 2015).

Michel Foucault (París, 1926-1984) fue catedrático de Historia de los sistemas de pensamiento en el Collège de France. Su obra se ha consolidado como una de las más importantes del siglo xx por la profundidad de sus estudios, la originalidad de sus planteamientos y la influencia de sus aportaciones. Desarrolló una incansable vocación metodológica que recoge secuencialmente como una «arqueología del saber», una «genealogía del poder» y una «ética y estética de la existencia», siempre modulada por una «filosofía de la

sospecha» que, desde Nietzsche y Heidegger, se extiende a todos los ámbitos de la problematización del sujeto. Foucault escribió libros tan fundamentales como *Historia de la locura en la época clásica*, *Las palabras y las cosas*, *Vigilar y castigar* o los volúmenes de la *Historia de la sexualidad*. Aunque se le menciona asociado al estudio de la noción de género y de los medios audiovisuales, es obligado resaltar que nunca abordó directamente estas cuestiones.

Michelle Perrot (París, 1928) es una historiadora y feminista francesa, profesora emérita de Historia en la Universidad Paris-Diderot. Es precursora del estudio de Historia de las mujeres en Francia, así como investigadora del mundo del trabajo, las huelgas laborales y las cárceles desde la década de 1970. Sus trabajos se han centrado en los siglos XIX y XX, y han desvelado los momentos en que se silenciaron las experiencias tanto vitales como de resistencia en estos locus. Una de sus obras de referencia es *Les ouvriers en grève* (Mouton, 1974). Sobre las encuestas sociales, la delincuencia y el sistema penitenciario, sus principales artículos se reunieron en *Les ombres de l'histoire. Crime et châtement au XIX^e siècle* (Flammarion, 2001). Colaboró, además, con Michel Foucault e impulsó, entre 1986 a 1991, junto con Robert Badinter, un seminario sobre la prisión bajo la Tercera República en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales.

«El ojo del poder»

Jean-Pierre Barou: El panóptico de Jeremy Bentham es una obra editada a finales del siglo XVIII que ha permanecido desconocida. Sin embargo, tú has escrito una serie de sorprendentes frases sobre ella: «Un acontecimiento en la historia del espíritu humano», «una especie de huevo de Colón en el campo de la política». Por lo que se refiere a su autor, presentas al jurista inglés Jeremy Bentham como el «Fourier de una sociedad policial».¹ Para nosotros es un misterio. Por eso, explícanos cómo descubriste El panóptico.

Michel Foucault: Estudiando los orígenes de la medicina clínica; había pensado investigar sobre la arquitectura hospitalaria de la segunda mitad del siglo XVIII, en la época en la que se desarrolla el gran movimiento de reforma de las instituciones médicas. Quería saber cómo se había institucionalizado

¹ Michel Foucault describe así el panóptico y a Jeremy Bentham en su obra *Vigilar y castigar*, Siglo XXI, México, 1976.

la mirada médica; cómo se había inscrito realmente en el espacio social; cómo la nueva forma hospitalaria era a la vez el efecto y el soporte de un nuevo tipo de mirada. Y, examinando los diferentes proyectos arquitectónicos posteriores al segundo incendio del Hôtel-Dieu en 1772,² me di cuenta de hasta qué punto el problema de la total visibilidad de los cuerpos, de los individuos, de las cosas, bajo una mirada centralizada, había sido uno de los principios básicos más constantes. En el caso de los hospitales, este problema presentaba una dificultad suplementaria: era necesario evitar el contacto, los contagios, la proximidad y los amontonamientos, asegurando al mismo tiempo la ventilación y la circulación del aire; se trataba, a la vez, de dividir el espacio y de dejarlo abierto, de asegurar una vigilancia que fuese global e individualizadora al mismo tiempo, separando cuidadosamente a las personas que debían ser vigiladas. Durante mucho tiempo, pensé que estos eran dilemas propios de la medicina del siglo XVIII y de sus concepciones teóricas.

Después, estudiando los problemas de la penalidad, he visto que todos los grandes proyectos de reordenación de las prisiones (que, dicho sea

² El Hôtel-Dieu de París es el hospital más antiguo de la ciudad, rodeado por el Sena y situado junto a la catedral de Notre-Dame. Su nombre significa «Casa de Dios» y se emplea en Francia para designar al hospital principal de una ciudad.

de paso, aparecen un poco más tarde, en la primera mitad del siglo XIX) retomaban el mismo tema, pero ahora refiriéndose casi siempre a Bentham. No existían apenas textos ni proyectos acerca de las prisiones en los que no se encontrase el «invento» de Bentham, es decir, el «panóptico».

El principio era: en la periferia, un edificio circular; en el centro, una torre; esta aparece atravesada por amplias ventanas que se abren sobre la cara interior del círculo. El edificio periférico está dividido en celdas, cada una de las cuales ocupa todo el espesor del edificio. Estas celdas tienen dos ventanas: una abierta hacia el interior que se corresponde con las ventanas de la torre; y otra hacia el exterior que deja pasar la luz de un lado al otro de la celda. Basta, pues, con situar a un vigilante en la torre central y encerrar en cada celda a un loco, a un enfermo, a un condenado, a un obrero o a un alumno. Mediante el efecto de contraluz, pueden captarse desde la torre las siluetas prisioneras en las celdas de la periferia proyectadas y recortadas en la luz. En suma, se invierte el principio de la mazmorra. La plena luz y la mirada de un vigilante captan mejor que la sombra que, en último término, cumplía antes una función protectora.

Sorprende constatar que esta preocupación existía ya mucho antes de Bentham. Parece que uno de los primeros modelos de esta visibilidad aislante fue puesto en práctica en la Escuela Militar de París en 1755, en

lo referente a los dormitorios. Cada uno de los alumnos debía disponer de una celda con cristallera, a través de la cual podía ser visto durante toda la noche sin mantener contacto alguno con sus condiscípulos, ni siquiera con los criados. Se ideó, además, un mecanismo muy complicado con el único fin de que el peluquero pudiese peinar a cada uno de los internos sin tocarlo físicamente: la cabeza del alumno pasaba a través de un tragaluz, quedando el cuerpo del otro lado de un tabique de cristales que permitía ver todo lo que ocurría. Bentham contaría que fue su hermano quien, visitando la Escuela Militar, tuvo la idea del panóptico.³ El tema, de todas formas, estaba presente. Las realizaciones de Claude-Nicolas Ledoux, concretamente la salina que construye en Arc-et-Senans, procuran el mismo efecto de visibilidad, pero con un elemento suplementario: que exista un punto central que sea el lugar del ejercicio y, al mismo tiempo, el

³ Hay que recordar que el panóptico aparece primero como modelo de arquitectura industrial (y no carcelaria) de mano del ingeniero naval Samuel Bentham, hermano del filósofo, que en 1786 se encontraba respondiendo a un encargo del príncipe ruso Gregorio Potemkin; en concreto, trazaba los planos de un reformatorio en Krichev (Bielorrusia). El mismo Jeremy afirma, en una de sus muchas cartas de esta época, que fue su hermano quien le sugirió la idea de construir un edificio de grandes dimensiones en el cual los inspectores pudieran vigilar al mayor número posible de empleados.

lugar de registro del saber.⁴ De todos modos, si bien la idea del panóptico es anterior a Bentham, será él quien realmente la formule y la bautice. El nombre mismo de «panóptico» se antoja fundamental. Designa un principio global. Bentham no solo imaginó una figura arquitectónica destinada a resolver un problema concreto, como el de la prisión, la escuela o el hospital. Proclamó una verdadera invención que él mismo denominaría «huevo de Colón». Y, en efecto, facilitó lo que buscaban los médicos, los industriales, los educadores y los penalistas: halló una tecnología de poder específica para resolver los problemas de vigilancia. Conviene destacar una cosa importante: Bentham pensó y dijo que su procedimiento óptico era la gran innovación para ejercer el poder bien y fácilmente. De hecho, dicha innovación fue ampliamente utilizada a partir de finales del siglo XVIII. Sin

⁴ Los edificios de la Salina Real fueron diseñados por el arquitecto Claude-Nicolas Ledoux (1736-1806), uno de los principales representantes de la arquitectura neoclásica. El complejo semicircular que lo preside refleja una organización jerárquica del trabajo que recuerda a las teorías contemporáneas de inspección y vigilancia. Ledoux pensaba ampliarlo con la construcción de una ciudad ideal, pero ese proyecto nunca se llevó a la práctica. Hay que recordar que la sal y el impuesto que la gravaba (la gabela) era un pago obligatorio de todas las personas por encima de los ocho años de edad para comprar una cantidad de sal al año a un precio fijado por el Gobierno. Era un impuesto muy impopular y se cita como una de las razones que desencadenaron la Revolución francesa.

embargo, los procedimientos de poder puestos en práctica en las sociedades modernas son mucho más numerosos, diversos y ricos. Sería falso decir que el principio de visibilidad dirige toda la tecnología de poder desde el siglo XIX.

Michelle Perrot: ¡Pasando por la arquitectura! ¿Qué pensar, por otra parte, de la arquitectura como forma de organización política? Porque, en último término, todo es espacial, no solo mentalmente, sino materialmente en este pensamiento del siglo XVIII.

Desde finales del siglo XVIII, la arquitectura comienza a estar ligada a los problemas de población, de salud, de urbanismo. Antes, el arte de construir respondía sobre todo a la necesidad de manifestar el poder, la divinidad, la fuerza. El palacio y la iglesia constituían las grandes formas a las que había que añadir las plazas fuertes: se manifestaba el poderío, se manifestaba el soberano, se manifestaba Dios. La arquitectura se ha desarrollado durante mucho tiempo alrededor de estas exigencias. Pero, a finales del siglo XVIII, aparecen nuevos problemas: se trata de servirse de la organización del espacio para fines económico-políticos.

Surge entonces una arquitectura específica. Philippe Ariès ha escrito cosas que me parecen importantes sobre el hecho de que la casa, hasta

el siglo XVIII, sea un espacio indiferenciado. En este entorno, hay habitaciones en las que se duerme, se come, se recibe..., en fin, poco importa. Después, poco a poco, el espacio se especializa y se hace funcional. Un ejemplo es el de la construcción de las ciudades obreras en los años 1830-1870. Se fijará el modelo de familia obrera; va a prescribirse un tipo de moralidad, asignándole un espacio de vida con una habitación, que es el lugar de la cocina y del comedor; otra habitación para los padres, que es el lugar de la procreación; y la habitación de los hijos. Algunas veces, en el mejor de los casos, habrá una habitación para las niñas y otra para los niños. Podría escribirse toda una «historia de los espacios» —que sería, al mismo tiempo, una «historia de los poderes»— que comprendería desde las grandes estrategias de la geopolítica hasta las pequeñas tácticas del hábitat, de la arquitectura institucional, de la sala de clase o de la organización hospitalaria, pasando por las implantaciones económico-políticas. Sorprende ver cuánto tiempo ha hecho falta para que el problema de los espacios aparezca como un conflicto histórico-político, ya que o bien el espacio se remitía a la «naturaleza» —a lo dado, a las determinaciones primeras, a la «geografía física»—, es decir, a una especie de capa «prehistórica», o bien era concebido como lugar de residencia o de expansión de un pueblo, de una cultura, de una lengua o de

un Estado. En suma, se lo analizaba o bien como *suelo*, o bien como *aire*; lo que importaba eran el *sustrato* o las *fronteras*. Han sido necesarios Marc Bloch y Fernand Braudel para que se desarrollase una historia de los espacios rurales o de los espacios marítimos. Es preciso continuarla sin decirse simplemente que el espacio predetermina una historia que, a su vez, lo remodela y se sedimenta en él. El anclaje espacial es una forma económico-política que hay que estudiar en detalle. Entre todas las razones que han inducido durante tanto tiempo a una cierta negligencia respecto a los espacios, citaré solo una que concierne al discurso de los filósofos. En el momento en el que comenzaba a desplegarse una política reflexiva acerca de los espacios (finales del siglo XVIII), las nuevas adquisiciones de la física teórica y experimental desalojaron a la filosofía de su viejo derecho de hablar del mundo, del *cosmos*, del espacio finito e infinito. Esta doble ocupación del espacio por una tecnología política y por una práctica científica ha circunscrito la filosofía a una problemática del tiempo. Desde Kant, el filósofo tiene que pensar sobre el tiempo —Hegel, Bergson, Heidegger—, con una descalificación correlativa del espacio que aparece del lado del entendimiento, de lo analítico, de lo conceptual, de lo muerto, de lo fijo, de lo inerte. Recuerdo haber hablado, hace una docena de años, de estos problemas de una política de los espacios, y

se me respondió que era bastante reaccionario insistir tanto sobre el espacio, que el tiempo, el proyecto, era la vida y el progreso. Conviene decir que este reproche venía de un psicólogo —verdad y vergüenza de la filosofía del siglo XIX—.

Perrot: Me parece también que la noción de sexualidad es muy importante, tal como señaló usted a propósito de la vigilancia en el caso de los militares; de nuevo aparece este problema con la familia obrera; es algo, sin duda, fundamental.

Totalmente de acuerdo. En estos temas de la vigilancia, y en particular de la vigilancia escolar, los controles de la sexualidad se inscriben en la arquitectura. En el caso de la Escuela Militar, las paredes hablan de la lucha contra la homosexualidad y la masturbación.

Perrot: Siguiendo con la arquitectura, ¿no le parece que individuos como los médicos, cuya participación social es considerable a finales del siglo XVIII, han desempeñado de algún modo un papel de organizadores del espacio? La higiene social nace entonces; en nombre de la limpieza y la salud, se controlan los lugares que ocupan unos y otros. Y los médicos, con el renacimiento de la medicina hipocrática, se sitúan ente los más sensibilizados respecto al problema

*del entorno, del lugar, de la temperatura, datos que encontramos en la encuesta de Howard sobre las prisiones.*⁵

Los médicos eran entonces, en cierta medida, especialistas del espacio. Planteaban cuatro problemas fundamentales: *el de los emplazamientos* (climas regionales, naturaleza de los suelos, humedad y sequedad: bajo el nombre de «constitución», estudiaban la combinación de los determinantes locales y de las variaciones de estación que favorecen en un momento dado un determinado tipo de enfermedad); *el de las coexistencias* (ya sea de los hombres entre sí: densidad y proximidad; ya sea de los hombres y las cosas: aguas, alcantarillado, ventilación; ya sea de los hombres y los animales: mataderos, establos; ya sea de los hombres y los muertos: cementerios); *el de las residencias* (hábitat, urbanismo); *el de los desplazamientos* (emigración de los hombres, propagación de las enfermedades). Los médicos han sido, junto con los militares, los primeros gestores del

⁵ John Howard (1726-1790) fue un filántropo y precursor del reformismo penitenciario inglés. Publicó los resultados de su encuesta del sistema penitenciario nacional en *The State of the Prisons in England and Wales: With Preliminary Observations and an Account of Some Foreign Prisons and Hospitals*, William Eyres, Warrington, 1777. La obra puede consultarse en bit.ly/2CmjYyG.

espacio colectivo. Pero los segundos pensaban sobre todo en el espacio de las «campanas» (y, por lo tanto, el de los «pasos») y el de las fortalezas. Los médicos reflexionaron mayormente sobre el espacio de las residencias y de las ciudades. No recuerdo quién fue que buscaba en Montesquieu y en Auguste Comte las grandes etapas del pensamiento sociológico. Es ser bien ignorante. El saber sociológico se forma más bien en prácticas tales como las de los médicos. Ange Guépin escribió a comienzos del siglo XIX un maravilloso análisis sobre la ciudad de Nantes.⁶

De hecho, si la intervención de los médicos fue tan capital en esa época, se debe a que todo un conjunto de problemas políticos y económicos nuevos lo exigían: la importancia *de los hechos* de población.

⁶ Ange Guépin (1805-1873) fue un médico filántropo, escritor y político francés, que destacó como concejal, consejero general y dos veces prefecto en funciones en la vida política y social de Nantes. Republicano y socialista, fue discípulo de Saint-Simon (socialista utópico) tras conocerse durante sus estudios de medicina. Teórico y activista de una forma de socialismo que rechazaba el terror, y que incluía el feminismo, jugó un papel importante en el estudio de las transformaciones de la sociedad francesa durante el siglo XIX. Se preguntó sobre las causas y consecuencias de éstas, con el objetivo de reducir la miseria de los hombres de su tiempo y crear las condiciones para que el progreso del conocimiento se encaminara hacia una mayor felicidad y libertad.

Perrot: Por otro lado, es chocante la gran cantidad de personas que se ven concernidas por la reflexión de Bentham. En distintos sitios, dice haber resuelto los problemas de disciplina planteados por un gran número de individuos a cargo de unos pocos.

Al igual que sus contemporáneos, Bentham se encuentra con el problema de la acumulación de hombres. Pero mientras que los economistas planteaban el problema en términos de riqueza (población/riqueza como mano de obra, fuente de actividad económica, consumo; y población/pobreza como excedente u ociosa), Bentham plantea la cuestión en términos de poder: la población como *blanco* de las relaciones de dominación. Puede decirse, creo, que los mecanismos de poder, que intervenían incluso en una monarquía administrativa tan desarrollada como la francesa, dejaban aparecer huecos bastante amplios: sistema incompleto, aleatorio, global, que no entra en detalles, que se ejerce sobre grupos solidarios o practica el método del ejemplo (como puede verse claramente en el sistema fiscal o en la justicia criminal); el poder tenía pues una débil capacidad de «resolución» —como se diría en términos de fotografía—, no era capaz de practicar un análisis individualizador y exhaustivo del cuerpo social. Ahora bien, las mutaciones económicas del siglo XVIII hicieron necesaria una circulación de los efectos de poder a través de canales cada vez más finos,

hasta alcanzar a los propios individuos, su cuerpo, sus gestos, cada una de sus habilidades cotidianas. Para que el poder, incluso teniendo que dirigir a una multiplicidad de hombres, fuera tan eficaz como si se ejerciese sobre uno solo.

Perrot: Los crecimientos demográficos del siglo XVIII contribuyeron sin duda al desarrollo de un poder semejante.

Barou: ¿No es sorprendente, entonces, saber que la Revolución francesa, a través de personas como La Fayette, acogió favorablemente el proyecto del panóptico? Se sabe que Bentham, como premio a sus desvelos, fue nombrado «ciudadano francés» en 1791.

Yo diría que Bentham es el complemento de Rousseau. ¿Cuál era, en efecto, el sueño rousseauiano que animó a tantos revolucionarios? El de una sociedad transparente, visible y legible a la vez en cada una de sus partes; donde no existan zonas oscuras, zonas ordenadas por los privilegios del poder real o por las prerrogativas de tal o cual cuerpo, o incluso por el desorden; donde cada uno, desde el lugar que ocupa, pueda ver el conjunto de la sociedad; donde los corazones se comuniquen unos con otros, las miradas no encuentren ya obstáculos, la opinión reine, la de cada uno sobre cada uno. Starobinski ha escrito páginas muy interesantes al

respecto en *Jean-Jacques Rousseau. La transparencia y el obstáculo* y en *La invención de la libertad*.

Bentham es, a la vez, esto y todo lo contrario. Plantea el problema de la visibilidad, pero pensando en ella como en algo totalmente organizado alrededor de una mirada dominadora y vigilante. Hace funcionar el proyecto de una visibilidad universal, que actuaría en provecho de un poder riguroso y meticuloso. Así, sobre el gran tema rousseauiano —que es, en cierta medida, el lirismo de la Revolución— se articula la idea técnica del ejercicio de un poder «omnicontemplativo», que es la obsesión de Bentham. Ambos se unen y el todo funciona: el lirismo de Rousseau y la obsesión de Bentham.

Perrot: Hay una frase en El panóptico: «que cada camarada se convierta en un vigilante».

Rousseau habría dicho justamente lo inverso: «que cada vigilante sea un camarada». Véase *Emilio*: el tutor de Emilio es un vigilante, es necesario que sea también un camarada.⁷

⁷ *Emilio o De la educación* es un tratado educativo sobre «el arte de entrenar hombres», escrito por Jean-Jacques Rousseau en 1762. El texto aborda temas políticos y filosóficos concernientes a la relación del individuo con la sociedad; en particular, señala cómo puede conservarse la

Barou: La Revolución francesa no solo no hizo una lectura próxima a la que hacemos ahora, sino que incluso encontró en el proyecto de Bentham miras humanitarias.

Justamente, cuando la Revolución se preguntaba por una nueva justicia, el resorte para ella era la opinión. Su problema, de nuevo, no consistía en hacer que las personas fuesen castigadas; sino en conseguir que ni siquiera pudieran actuar mal en la medida en que iban a sentirse sumergidas, inmersas, en un campo de visibilidad total en el cual la opinión de los otros, la mirada de los otros, el discurso de los otros les impedirían obrar

bondad natural (Rousseau sostenía que el hombre es bueno por naturaleza), mientras se participa de una sociedad ineludiblemente corrupta. El polímata romántico novela la historia del joven Emilio y su tutor, para ilustrar cómo debe educarse al ciudadano ideal. Aunque *Emilio* no es una guía detallada, sí incluye algunos consejos sobre cómo formar a los niños. Y, junto con los textos caballerescos de Locke, se considera el primer tratado liberal sobre filosofía de la educación en el mundo occidental. Tanto es así que, en Japón, la autoridad para el desarrollo infantil impone a todos los maestros de guardería su lectura. No suele señalarse, sin embargo, que se excluye de este ideal formativo a las mujeres, cuya educación ha de dirigirse a satisfacer a los hombres (libro V). Los primeros cuatro libros describen la educación ideal de Emilio. El quinto y último trata sobre la educación, o más bien la falta de educación, de las niñas a partir de otro ejemplo ficticio: el de Sofia, criada y educada para ser la esposa de Emilio.

mal o hacer lo que es nocivo. Esto está presente constantemente en los textos de la Revolución.

Perrot: El contexto inmediato jugó también su papel en la adopción del panóptico por la Revolución. En ese momento, el problema de las cárceles está a la orden del día. A partir de 1770 tanto en Inglaterra como en Francia existe una fuerte inquietud respecto a este tema, como puede constatare a través de la encuesta de Howard sobre las prisiones, traducida al francés en 1788. Hospitales y cárceles son dos grandes temas de discusión en los salones parisinos, en los círculos ilustrados. Se ha convertido en algo escandaloso que las prisiones sean lo que son: una escuela de vicio y de crimen; y lugares tan desprovistos de higiene que uno se muere en ellos. Los médicos comienzan a explicar cómo se deteriora el cuerpo, cómo se dilapida el ser humano en semejantes sitios. Llegada la Revolución francesa, emprende a su vez una encuesta de alcance europeo. Un tal Duquesnoy es el encargado de hacer un informe sobre los establecimientos llamados «de humanidad», expresión que comprende hospitales y prisiones.⁸

⁸ Adrien Cyprien Duquesnoy (1759-1808) fue abogado y diputado de los Estados generales en 1789. Como alcalde de Nancy, se distinguió por su moderación. Tras el golpe de Estado de Termidor fue colocado en las oficinas de Interior y se ocupó principalmente de establecimientos de caridad.

Un miedo obsesivo recorre la segunda mitad del siglo XVIII: el espacio oscuro, la pantalla de oscuridad que impide la entera visibilidad de las cosas, las personas, las verdades. Disolver los fragmentos de noche que se oponen a la luz, hacer que no existan más espacios oscuros en la sociedad, demoler esas cámaras negras en las que se fomentan la arbitrariedad política, los caprichos del monarca, las supersticiones religiosas, los complots de los tiranos y los frailes, las ilusiones de ignorancia, las epidemias. Los castillos, los hospitales, los depósitos de cadáveres, las casas de corrección, los conventos, desde antes de la Revolución han suscitado ya una desconfianza o un odio que no fueron subestimados; no puede instaurarse el nuevo orden político y moral sin su desaparición. Las novelas de terror en la época de la Revolución desarrollan todo un mundo fantástico alrededor de la muralla, de la sombra, de lo oculto, de la mazmorra, de todo aquello que protege, en una complicidad significativa, a los truhanes y a los aristócratas, a los monjes y a los traidores: los paisajes de Ann Radcliffe son montañas, bosques, cuevas, castillos en ruinas, conventos en los que la oscuridad y el silencio dan miedo. Ahora bien, estos espacios imaginarios son como la «contrafigura» de las transparencias y de las visibilidades que intentan establecerse entonces. Este reino de «la opinión» que se invoca con tanta frecuencia en esa época es un modo de funcionamiento en el que

el poder podría ejercerse por el solo hecho de que las cosas se sabrán y las personas serán observadas por una especie de mirada inmediata, colectiva y anónima. Un poder cuyo activo principal fuese la opinión no podría tolerar regiones de sombra. Si se interesaron por el proyecto de Bentham se debió a que, siendo aplicable a tantos campos diferentes, proporcionaba la fórmula de un «poder a través de la transparencia», de un sometimiento por una «proyección de claridad». El panóptico es un poco la utilización de la forma «castillo» (torreón rodeado de murallas) para, paradójicamente, crear un espacio de legibilidad detallada.

Barou: Son, en definitiva, los rincones ocultos del hombre lo que el Siglo de las Luces quiere hacer desaparecer.

Indudablemente.

Perrot: Sorprenden también las técnicas de poder que funcionan en el interior del panóptico; la mirada, fundamentalmente, y también la palabra, puesto que existen esos famosos tubos de acero —extraordinaria invención— que unen al inspector central con cada una de las celdas en las que se encuentran, nos dice Bentham, no un prisionero, sino pequeños grupos de prisioneros.

En último término, la importancia de la disuasión está muy presente en el texto de Bentham: «Es preciso —dice— estar incesantemente bajo la mirada de un inspector; perder la facultad de hacer el mal y casi el pensamiento de quererlo». Nos encontramos de lleno con las preocupaciones de la Revolución: impedir a la gente obrar mal, quitarles las ganas de desearlo, en resumen, no poder y no querer.

Estamos hablando de dos cosas, de la mirada y de la interiorización. Y, en el fondo, ¿no se trata del problema del precio del poder? El poder, de hecho, no se ejerce sin gastos. Existe, evidentemente, el coste económico, y Bentham lo dice. ¿Cuántos vigilantes hacen falta? ¿Cuánto, en definitiva, costará la máquina? Pero está, además, el coste propiamente político. Si se es muy violento, se corre el riesgo de suscitar insurrecciones; si se interviene de forma discontinua, se arriesga uno a dejar que se produzcan, en los intervalos, fenómenos de resistencia de un coste político elevado. Así funcionaba el poder monárquico. Por ejemplo, la justicia que detenía a una proporción irrisoria de criminales argumentaba diciendo: conviene que el castigo sea espectacular para que los demás tengan miedo. Poder violento, por tanto, que debía asegurar las funciones de continuidad mediante el ejemplo. A esto, los nuevos teóricos del siglo XVIII contestan: es un poder demasiado costoso y con muy pocos resultados. Se hacen grandes

dispendios de violencia que, en realidad, no tienen valor ejemplarizante; uno se ve incluso obligado a multiplicar las violencias, de forma tal que se multiplican las rebeliones.

Perrot: Eso es lo que sucedió con las insurrecciones contra el patíbulo.

Sin embargo, la mirada exige pocos gastos. No hay necesidad de armas, de violencias físicas, de coacciones materiales. Basta una mirada. Una mirada que vigile, y que, cada uno, sintiéndola pesar sobre sí, termine por interiorizarla hasta el punto de vigilarse a sí mismo; cada uno ejercerá esta vigilancia sobre y contra sí mismo. ¡Fórmula maravillosa: un poder continuo y de un coste, en último término, ridículo! Cuando Bentham considera que él lo ha conseguido, cree que es el huevo de Colón en el orden de la política, una fórmula exactamente inversa a la del poder monárquico. De hecho, en las técnicas de poder desarrolladas en la época moderna, la mirada ha tenido una importancia enorme, pero, como ya he dicho, está lejos de ser la única ni siquiera la principal instrumentación puesta en práctica.

Perrot: Parece que, respecto a eso, Bentham se plantea el problema del poder en función sobre todo de grupos pequeños. ¿Pero por qué? ¿Porque piensa

que la parte es el todo, y que si se logra el éxito a escala de grupos puede luego extenderse al todo social? ¿O bien es que el conjunto social, el poder a escala del todo social es algo que entonces no se concebía realmente? ¿Por qué?

El problema consiste en evitar los obstáculos, las interrupciones; al igual que ocurría en el Antiguo Régimen con las barreras que presentaban a las decisiones de poder los cuerpos constituidos, los privilegios de determinadas categorías, desde el clero hasta las corporaciones, pasando por los magistrados. La burguesía comprende perfectamente que una nueva legislación o una nueva Constitución no son garantía suficiente para mantener su hegemonía. Se da cuenta de que debe inventar una tecnología nueva que asegure la irrigación en todo el cuerpo social de los efectos de poder, llegando hasta sus más ínfimos resquicios. Y en esto precisamente la burguesía ha hecho no solo una revolución política, sino que también ha sabido implantar una hegemonía social que conserva desde entonces. Esta es la razón por la cual todas estas invenciones fueron tan importantes e hicieron de Bentham uno de los inventores más ejemplares de la tecnología de poder.

Barou: No obstante, no se sabe a quién beneficia el espacio organizado tal como Bentham preconiza, si a los que habitan la torre central o a los que

vienen a visitarla. Se tiene la sensación de estar ante un mundo infernal del que nadie escapa, ni los que observan ni los que son observados.

Esto es, sin duda, lo que hay de diabólico tanto en esta idea como en todas las aplicaciones a las que dio lugar. No existe en ella un poder que radique totalmente en alguien y que ese alguien ejerza en solitario y de forma absoluta sobre los demás; es una máquina en la que todo el mundo está aprisionado, tanto los que detentan el poder como aquellos sobre los que se ejerce. Pienso que esto es lo característico de las sociedades que se instauran en el siglo XIX. El poder ya no se identifica sustancialmente con un individuo que lo detenta o posee en virtud de su nacimiento, se convierte en una maquinaria de la que nadie es titular. Sin duda, en esa máquina nadie ocupa el mismo puesto; sin duda, ciertos puestos son preponderantes y permiten la producción de efectos de supremacía. De esta forma, éstos pueden asegurar una dominación de clase en la misma medida en que disocian el poder de la potestad individual.

Perrot: El funcionamiento del panóptico es, desde este punto de vista, un tanto contradictorio. Está el inspector principal que vigila a los prisioneros desde la torre central. Pero, al mismo tiempo, controla a sus subalternos, es decir, al

personal; este inspector central no tiene confianza alguna en los vigilantes, e incluso se refiere a ellos de un modo un tanto despectivo pese a que, en principio, están destinados a serle próximos. ¡Pensamiento, pues, aristocrático! No obstante, quisiera hacer una observación en lo que se refiere al personal subalterno: este constituye también, al mismo tiempo, un problema para la sociedad industrial. No es cómodo para los patronos encontrar capataces, ingenieros capaces de dirigir y de vigilar las fábricas.

Es un problema considerable que se plantea en el siglo XVIII. Puede constatarse claramente en el caso del ejército, cuando empezó a ser necesario fabricar «suboficiales» que tuviesen conocimientos auténticos para organizar eficazmente a las tropas en caso de maniobras tácticas, con frecuencia difíciles, tanto más difíciles cuanto que el fusil acababa de ser perfeccionado. Los movimientos, los desplazamientos, las filas, las marchas exigían este personal disciplinario. Más tarde, los talleres volvieron a plantear, a su modo, el mismo problema; también la escuela con sus maestros, sus ayudantes, sus vigilantes. La Iglesia era entonces uno de los pocos cuerpos sociales en el que existían pequeños cuadros competentes. El religioso, ni muy alfabetizado ni totalmente ignorante, el cura, el vicario entraron en lid cuando fue necesario escolarizar a centenas de millares de niños. El Estado no se dotó con pequeños cuadros

similares hasta mucho más tarde. Igual sucedió con los hospitales. Hasta no hace demasiado tiempo, el personal subalterno hospitalario continuaba estando constituido en su mayoría por religiosas.

Perrot: Estas mismas religiosas desempeñaron un papel considerable en la aplicación de las mujeres al trabajo. Aquí podemos situar los famosos internos del siglo XIX en los que vivía y trabajaba personal femenino bajo el control de religiosas formadas especialmente para ejercer la disciplina en las fábricas. Lejos queda el panóptico de estar exento de estas preocupaciones, ya que puede constatar la existencia de esta vigilancia del inspector principal sobre el personal subalterno y sobre todos, a través de las ventanas de la torre, sucesión ininterrumpida de miradas que hace pensar en que «cada camarada se convierte en un vigilante», hasta el punto de que se tiene la impresión, un poco vertiginosa, de estar en presencia de una invención que, en alguna medida, se va de las manos de su creador. Bentham, en un principio, quiere confiar en un poder único: el poder central. Pero leyéndolo, uno se pregunta, ¿a quién mete Bentham en la torre? ¿Al ojo de Dios? Sin embargo, Dios está poco presente en su texto; la religión no desempeña más que un papel de utilidad. Entonces, ¿a quién? En definitiva, es preciso aclarar que el mismo Bentham no ve muy claro a quién confiar ese poder.

Bentham no puede confiar en nadie en la medida en que nadie debe ser lo que era el rey en el antiguo sistema, es decir, una fuente de poder y de justicia. La teoría de la monarquía daba eso por supuesto. Era preciso confiar en el rey. Por su propia existencia, querida por Dios, de él manaban la justicia, la ley, el poder. El poder que radicaba en su persona no podía ser otra cosa que bueno; un mal rey equivalía a un accidente de la historia o a un castigo del soberano absolutamente perfecto, Dios. Por el contrario, cuando el poder está organizado como una máquina que funciona según engranajes complejos, en la que lo que es determinante es el puesto de cada uno, y no su naturaleza, no puede confiarse en nadie. Si la máquina fuese tal que alguien estuviese fuera de ella, o que esa persona tuviese ella sola la responsabilidad de su gestión, el poder se identificaría con un individuo y estaríamos de nuevo en un poder de tipo monárquico. En el panóptico, cada uno, según su puesto, está vigilado por todos lo demás o, al menos, por alguno de ellos; se está en presencia de un aparato de desconfianza total y circulante, porque carece de un punto absoluto. La perfección de la vigilancia es una suma de insidias.

Barou: Una maquinaria diabólica, como has dicho, que no perdona a nadie. La imagen quizá del poder actual. Pero ¿cómo crees que se ha llegado hasta aquí? ¿Por voluntad de quién y con qué objeto?

La cuestión del poder se simplifica cuando se plantea únicamente en términos de legislación o de Constitución; o en términos de Estado o de aparato del Estado. El poder es sin duda más complicado o, en otras palabras, más espeso y difuso que un conjunto de leyes o un aparato del Estado. No puede comprenderse el desarrollo de las fuerzas productivas propias del capitalismo, ni imaginar su desarrollo tecnológico, si no se conocen al mismo tiempo los aparatos de poder. En el caso, por ejemplo, de la división del trabajo en los grandes talleres del siglo XVIII, ¿cómo se habría llegado a ese reparto de tareas si no hubiese existido una nueva distribución del poder en el propio ámbito de remodelación de las fuerzas productivas? Lo mismo sucedió con el ejército moderno: no bastó con que existiera otro tipo de armamento, ni otra forma de reclutamiento, fue necesario que se produjera, a la vez, esta nueva distribución de poder llamada «disciplina», con sus jerarquías, sus cuadros, sus inspecciones, sus ejercicios, sus condicionamientos y domesticaciones. Sin esto, el ejército tal como ha funcionado desde el siglo XVIII no hubiera sido posible.

Barou: De todos modos, ¿existen alguien o algunos que impulsen el todo?

Se impone una distinción. Está claro que, en un dispositivo como el ejército, el taller o cualquier tipo de institución, la red del poder adopta una forma piramidal. Existe, pues, una cúspide. Sin embargo, incluso en un caso así de simple, esta «cúspide» no es la «fuente» o el «principio» de donde se derivaría todo el poder como si de un centro luminoso se tratase (esta es la imagen con la que se representa a la monarquía). La cúspide y los elementos inferiores de la jerarquía están en una relación de sostén y de condicionamiento recíprocos; se «sostienen» (el poder como «chantaje» mutuo e indefinido). Pero si lo que me preguntas es si esta nueva tecnología de poder tiene su origen históricamente en un individuo o en un grupo de individuos determinados, que habrían decidido aplicarla para que sirviera a sus propios intereses y utilizar así, en su beneficio, al cuerpo social, te responderé que no. Estas tácticas fueron inventadas, organizadas, a partir de condiciones locales y de urgencias concretas. Se perfilaron palmo a palmo antes de que una estrategia de clase las solidificase en amplios conjuntos coherentes. Hay que señalar, además, que esos conjuntos no consistían en una homogeneización, sino más bien en un juego complejo de apoyos que adoptaban los diferentes mecanismos de poder entre ellos, manteniendo, sin embargo, su especificidad. Así, actualmente, la interrelación entre medicina, psiquiatría, psicoanálisis, escuela, justicia, familia, en

lo que se refiere a los niños, no homogeneiza estas distintas instancias, sino que establece entre ellas conexiones, reenvíos, complementariedades, delimitaciones, lo que supone que cada una conserva hasta cierto punto las modalidades que le son propias.

Perrot: Usted rechaza la idea de un poder que sería una superestructura, pero no la de un poder que es, en cierto modo, consustancial al desarrollo de las fuerzas productivas, que forma parte de él.

Por supuesto. Y el poder se transforma continuamente con estas fuerzas. El panóptico era una utopía-programa. Pero, ya en la época de Bentham, el tema de un poder presente, vigilante, inmovilizador, en una palabra, disciplinario, estaba desbordado por mecanismos mucho más sutiles que permitían la regulación de los fenómenos de población, el control de sus oscilaciones, la compensación de sus irregularidades. Bentham es «arraigado» por la importancia que da a la mirada; es muy actual por la importancia que concede a las técnicas de poder en general.

Perrot: No existe un Estado global, existen microsociedades, microcosmos que se instauran.

Barou: ¿Es preciso entonces, frente al despliegue del panóptico, poner en cuestión la sociedad industrial? ¿O conviene responsabilizar a la sociedad capitalista?

¿Sociedad industrial o sociedad capitalista? No sabría responder si no es diciendo que estas formas de poder se encuentran también en las sociedades socialistas: la transferencia fue inmediata. Aunque, sobre este punto, preferiría que interviniera la historiadora.

Perrot: Es cierto que la acumulación de capital surge por una tecnología industrial y por la puesta en marcha de todo un aparato de poder. Pero no es menos cierto que un proceso semejante aparece de nuevo en la sociedad socialista soviética. El estalinismo, en cierto modo, corresponde también a un período de acumulación de capital y de instauración de un poder fuerte.

Barou: De nuevo encontramos, como de pasada, la noción de beneficio; en este sentido, la máquina inhumana de Bentham se muestra como algo muy valioso, al menos para algunos.

¡Evidentemente! Habría que ser ingenuamente optimista, como los dandis del siglo XIX, para imaginarse que la burguesía es tonta. Por el contrario,

conviene tener en cuenta sus golpes de genio. Y, entre ellos justamente, está el hecho de que haya sido capaz de construir máquinas de poder que posibiliten circuitos de beneficios que, a su vez, refuerzan y modifican los dispositivos de poder; y esto de forma dinámica y circular.

El poder feudal, funcionando por deducciones y gastos, se minaba a sí mismo. El de la burguesía se mantiene no por la conservación sino mediante sucesivas transformaciones. De ahí se deriva que la posibilidad de su caída y también de la Revolución formen parte de su historia prácticamente desde sus comienzos.

Perrot: Puede señalarse que Bentham concedía una enorme importancia al trabajo, al que se refiere una y otra vez.

Ello responde al hecho de que las técnicas de poder se inventaron para responder a las exigencias de la producción. Me refiero a «producción» en un sentido amplio (también puede tratarse de «producir» una destrucción, como en el caso del ejército).

Barou: Cuando, dicho sea de paso, empleas el término «trabajo» en tus libros, raramente lo haces en relación con el trabajo productivo.

Foucault: Porque se da el caso de que me he ocupado de colectivos que estaban situados fuera de los circuitos del trabajo productivo: los locos, los enfermos, los prisioneros y, actualmente, los niños. El trabajo para ellos, tal como deben realizarlo, tiene un valor predominantemente disciplinario.

Barou: El trabajo como forma de domesticación. ¿No se da siempre así?

Por supuesto. Siempre se ha hablado de la triple función del trabajo: función productiva, función simbólica y función de domesticación o disciplinaria. La función productiva es sensiblemente igual a cero para las categorías de las que me ocupo, mientras que las funciones simbólica y disciplinaria son muy importantes. Pero, lo más frecuente, es que coexistan los tres componentes.

Perrot: Bentham, en todo caso, me parece muy seguro de sí mismo, muy confiado en el poder penetrante de la mirada. Se tiene incluso la sensación de que no calibra muy bien el grado de opacidad y de resistencia del material que ha de corregir, que ha de integrar a la sociedad —los famosos prisioneros—. Además, ¿no es el panóptico de Bentham, en cierto modo, la ilusión del poder?

Es la ilusión de casi todos los reformadores del siglo XVIII que han concedido a la opinión un poder considerable. Puesto que la opinión necesariamente era buena, por ser la conciencia inmediata del cuerpo social entero, los reformadores creyeron que las personas se volverían virtuosas por el simple hecho de ser observadas. La opinión era, para ellos, como la reactualización espontánea del contrato. Desconocían las condiciones reales de esa opinión, los «media», una materialidad que está aprisionada en los mecanismos de la economía y del poder bajo la forma de la prensa, de la edición y, más tarde, del cine y de la televisión.

Perrot: Cuando dices que desconocieron los «media», quieres decir que no se dieron cuenta de que les haría falta utilizarlos.

Y de que esos media estarían necesariamente dirigidos por intereses económico-políticos. No percibieron los componentes materiales y económicos de la opinión. Creyeron que la opinión sería justa por naturaleza, que se extendería por sí misma y que implicaría una especie de vigilancia democrática. En el fondo, fue el periodismo —innovación capital del siglo XIX— el que puso de manifiesto el carácter utópico de toda esta política de la mirada.

Perrot: En general, los pensadores desconocían las dificultades que iban a encontrarse para hacer «prender» su sistema. Ignoraron que siempre ha habido disidencias y que las resistencias juegan su papel. En el terreno de las cárceles, los detenidos no son gente pasiva; es Bentham quien nos hace pensar lo contrario. El discurso penitenciario se despliega como si no hubiese nadie frente a él, como si no existiese más que una tabula rasa, gente que hay que reformar para arrojar luego al circuito de la producción. En realidad, hay un material —los detenidos— que resiste de un modo formidable. Lo mismo podría decirse del taylorismo, sistema que constituye una extraordinaria invención de un ingeniero que quería luchar contra la gandulería, contra todo lo que hacía más lento el ritmo de producción. Pero, en última instancia, una puede preguntarse: ¿ha funcionado realmente alguna vez el taylorismo?

En efecto, otro de los elementos que sitúa también a Bentham en lo irreal es la resistencia efectiva de las personas. Cosa que, usted, Michelle Perrot, ha estudiado. ¿Cómo se opuso la gente en los talleres, en las ciudades, al sistema de vigilancia, de pesquisas continuas? ¿Tenían conciencia del carácter coactivo, de sometimiento insoportable, de esta vigilancia? ¿O lo aceptaban como algo natural? En suma, ¿existieron insurrecciones contra la mirada?

Perrot: Sí, existieron insurrecciones contra la mirada. La repugnancia de los trabajadores hacia las ciudades obreras es un hecho patente. Las ciudades obreras, durante mucho tiempo, fueron un fracaso. Lo mismo sucedió con la distribución del tiempo tan presente en el panóptico. La fábrica y sus horarios suscitaron durante largo tiempo una resistencia pasiva que se traducía en el hecho de que, simplemente, no se iba. Es la prodigiosa historia del San Lunes en el siglo XIX, día que los obreros habían inventado para «tomar aire» cada semana. Existieron múltiples formas de resistencia al sistema industrial que obligaron a los patrones a dar marcha atrás en un primer momento.

Otro ejemplo: los sistemas de micropoderes no se instauraron de forma inmediata. Este tipo de vigilancia y de encuadramiento se desarrolló, al principio, en los sectores mecanizados que contaban mayoritariamente con mujeres o niños, es decir, con personas habituadas a obedecer: la mujer, a su marido; el niño, a su familia. Pero en los sectores, digamos, viriles, como la metalurgia, se observa una situación muy distinta. La patronal no llegó a implantar inmediatamente su sistema de vigilancia y, durante la primera mitad del siglo XIX, debió delegar sus poderes. Establecía un contrato con el equipo de obreros a través de su jefe, que era, generalmente, el obrero más anciano o más cualificado. Se ejercía un verdadero contrapoder por parte de los obreros profesionales, contrapoder que comportaba algunas veces dos facetas: una contra la patronal, en defensa de la

comunidad obrera; la otra, a veces, contra los mismos obreros, ya que el jefecillo oprimía a sus aprendices o a sus camaradas. En realidad, estas formas de contrapoder obrero existieron hasta el momento en que la patronal supo mecanizar las funciones que se le escapaban, pudiendo abolir así el poder del obrero profesional. Existen numerosos ejemplos: en el caso de los laminadores, el jefe de taller tuvo los medios para resistir al patrón hasta el momento en que entraron en escena máquinas casi automáticas. El golpe de ojo del laminador —de nuevo aquí, la mirada—, que juzgaba si la materia estaba a punto, sería sustituido por el control térmico; bastaba ya, entonces, con la lectura de un termómetro.

Sabido esto, hay que analizar el conjunto de las resistencias al panóptico en términos de táctica y de estrategia, pensando que cada ofensiva que se produce en un lado sirve de apoyo a una contraofensiva del otro. El análisis de los mecanismos de poder no tiene como finalidad mostrar que el poder es anónimo y, a la vez, siempre victorioso. Se trata, por el contrario, de señalar las posiciones y los modos de acción de cada uno, las posibilidades de resistencia y de contraataque de unos y otros.

Barou: Batallas, acciones, reacciones, ofensivas y contraofensivas, hablas como un estratega. ¿Tendrían las resistencias al poder características

esencialmente físicas? ¿Qué pasa con el contenido de las luchas y las aspiraciones que se manifiestan en ellas?

En efecto, esa es una importante cuestión teórica y de método. Me sorprende una cosa: se utiliza mucho, en determinados discursos políticos, el vocabulario de las relaciones de fuerza; el término «lucha» es uno de los que aparecen con más frecuencia. Ahora bien, me parece que se duda a la hora de sacar consecuencias, e incluso, a la de plantear el problema que subyace a este vocabulario. Quiero decir: ¿Hay que analizar estas «luchas» en cuanto que peripecias de una guerra? ¿Hay que descifrarlas a partir de un código que sería el de la táctica y la estrategia? ¿La relación de fuerzas en el orden de la política es una relación de guerra? Personalmente, no me siento de momento preparado para responder «sí» o «no» de forma definitiva.

Pienso solamente que la pura y simple afirmación de una «lucha» no puede servir de explicación primera y última en los análisis de las relaciones de poder. Este tema de la lucha no es operativo más que si se establece concretamente, y respecto a cada caso: quién está en la lucha, en qué lugar, con qué instrumentos y con qué racionalidad. En otros términos, si se toma en serio la afirmación de que la lucha está en el corazón de las relaciones

de poder, hay que tener presente que la brava y vieja «lógica» de la contradicción no basta, ni con mucho, para desembrollar los procesos reales.

Perrot: Dicho de otro modo, y para volver al panóptico, Bentham no proyecta únicamente una sociedad utópica, describe también una sociedad existente.

Describe, en la utopía, un sistema general de mecanismos concretos que existen en realidad.

Perrot: Y, para los prisioneros, ¿tiene sentido tomar la torre central?

Sí, con la condición de que este no sea el sentido final de la operación. ¿Cree usted que con los prisioneros haciendo funcionar el panóptico y asentándose en la torre sería mucho mejor que con los vigilantes?

EL PANÓPTICO

Esta reproducción se ha hecho a partir de los *Tratados de legislación civil y penal*, impresos por D. Fermín Villalpando en Madrid en 1822. Si bien la obra completa se compone de cinco volúmenes, la memoria de *El panóptico* se encuentra en el tomo III. El texto que sigue corresponde al presentado en francés por Étienne Dumont a la Asamblea Nacional en 1791, como corroboraba Bentham en la carta del 25 de noviembre de 1791 que reproducimos a continuación. El original en inglés traducido por Dumont resulta hoy inhallable. Siguiendo el principio *utilitas sola est justi prope mater et aequi* («la utilidad o el propio gusto es la regla y la fuente de lo justo»), para esta edición hemos actualizado el castellano de los tratados penales cuando se ha considerado necesario. Asimismo, se ha comparado esta edición con la que aparece en www.pensamientopenal.org.

CARTA DE JEREMY BENTHAM A JEAN PHILLIPPE GARRAN DE COULON DIPUTADO ANTE LA ASAMBLEA NACIONAL

*Dover Street, Londres,
25 de noviembre de 1791*

Por la próxima diligencia, me tomaré la libertad, señor, de mandaros el libro inglés titulado: *El panóptico*, prometido en mi primera carta. Remito adjunto el resumen de dicha obra, que un amigo ha hecho en francés. Desearía obsequiarlo a la Asamblea para que allí se leyera, en el caso de que os pareciese interesante; en fin, lo confío a vuestro juicio; y si tenéis algunos consejos que darme sobre este asunto, los aprovecharé con reconocimiento.

En cuanto al proyecto de que se trata, la convicción más íntima, sostenida por la opinión unánime de los que han tenido conocimiento de ello, me ha

decidido a no desatender nada para lograr su introducción. Francia, de todos los países aquel en donde una idea nueva se perdona más fácilmente con tal de que sea útil; Francia, hacia la cual todas las miradas se dirigen y de la que se esperan modelos para todos los sectores de la Administración, es el país que parece prometer al proyecto que os envío su mejor oportunidad. ¿Queréis saber hasta qué grado llega mi persuasión de la importancia de este plan de reforma y de los grandes resultados que pueden esperarse de él?

Dejadme construir una prisión con arreglo a este modelo y yo seré carcelero en ella. Ya veréis, en la memoria misma, que este carcelero no quiere salario y nada costará a la nación. Cuanto más pienso en ello, tanto más me afirmo en que este proyecto es uno de aquellos cuya primera ejecución debe ponerse en manos del inventor, y si ahí se piensa del mismo modo, tal vez no habrá repugnancia en condescender con mi capricho. Como quiera que sea, mi libro comprende las instrucciones más necesarias para quien se encargue de esto; y, como aquel tutor del príncipe de quien habla Fontenelle, me he esforzado al máximo para volverme inútil.

Soy, con todo respeto, Señor, vuestro muy humilde y muy obediente servidor,

JEREMY BENTHAM

PANOPTIQUE.

M É M O I R E

*Sur un nouveau principe pour construire
des maisons d'inspection, et nommément
des maisons de force;*

PAR JÉRÉMIE BENTHAM.

IMPRIMÉ PAR ORDRE DE L'ASSEMBLÉE NATIONALE.

A PARIS,
DE L'IMPRIMERIE NATIONALE.

1 7 9 1.
Secours publics, n°. 1.

MEMORIA

Sobre un nuevo principio para construir
casas de inspección y, especialmente,
casa de reclusión y trabajo forzado



ADVERTENCIA

El autor de *El panóptico* ha compuesto sobre esta materia tres tomos en do-
zavo, que se han impreso, pero no se han publicado, y que estaban formados
por fragmentos, adiciones y correcciones sucesivas según se extendían sus
ideas, y según sus nuevas investigaciones que le habrían suministrado nue-
vos documentos.

De aquellos tres tomos fue extraída esta memoria en forma de discurso, y
enviada por Bentham en 1791 al Sr. Garrañ de Coulon, miembro de la Asam-
blea Legislativa y de una comisión nombrada para la reforma de las leyes

criminales. Conformándose con el dictamen de esta junta, ordenó la Asamblea la impresión de esta memoria; pero luego los acaecimientos sucesivos no dejaron lugar para pensar en ella.

El directorio del departamento de París, en que se reunieron tantas luces y tanto espíritu público, distinguió bien pronto este proyecto entre los muchísimos que se le presentaron para la reforma de las prisiones y de los hospitales y le pareció muy superior a los que hasta entonces habían merecido más la aprobación, tanto con respecto a la economía cuanto con respecto a la seguridad pública; y que ofrecía una garantía absolutamente nueva para la custodia y conservación de los presos, y por la eficacia de los medios de reforma. Así es que fue adoptado unánimemente, y ya se tomaban medidas para ponerlo en ejecución cuando el departamento mismo fue arrastrado en el trastorno de la Constitución y la monarquía.

Parece que una fatalidad contraria persigne a este plan. En Inglaterra, donde se delibera con tanta lentitud, y se ejecuta con tanta perseverancia, fue aprobado este mismo panóptico por el ministerio; y el Parlamento aprobó por ley la suma necesaria para su construcción, y por otro la que se necesitase para la compra de las tierras; pero, a pesar de esto, nada se ha hecho; porque se esgrimieron dificultades legales de muchas especies, pero de las cuales ninguna tiene conexión con el plan mismo, y el autor está como el primer día,

a excepción del tiempo y de los gastos perdidos en la desgraciada prosecución de este objeto.

He conservado aquí la memoria tal cual yo la había compuesto para la Asamblea Nacional, con algunas adiciones sobre la construcción interior de las prisiones. No me he detenido en los pormenores sobre la construcción del edificio, ni sobre los trabajos en que puede ocuparse a los presos; porque el primero de estos objetos toca a los arquitectos, y el segundo es negocio particular de los empresarios; pero he procurado no omitir nada de cuanto puede interesar a los hombres de Estado, mas si se trata de la ejecución deberá consultarse la obra original.

Decía el señor Bentham en su carta al señor Garran:

¿Queréis saber hasta qué grado llega mi persuasión de la importancia de este plan de reforma y de los grandes resultados que pueden esperarse de él?

Dejadme construir una prisión con arreglo a este modelo y yo seré carcelero en ella. Ya veréis, en la memoria misma, que este carcelero no quiere salario y nada costará a la nación. Cuanto más pienso en ello, tanto más me afirmo en que este proyecto es uno de aquellos cuya primera ejecución debe ponerse en manos del inventor, y si ahí

*se piensa del mismo modo, tal vez no habrá repugnancia en condescender con mi capricho. Como quiera que sea, mi libro comprende las instrucciones más necesarias para quien se encargue de esto; y, como aquel tutor del príncipe de quien habla Fontenelle, me he esforzado al máximo para volverme inútil.*¹

Según los testimonios de muchos observadores dignos de crédito, podemos pensar que las prisiones de Filadelfia han llegado a un grado de perfección que apenas parecía posible, ¿pero deberá inferirse de esto que aquellos establecimientos tienen que tomarse por modelos en otros países? No, por cierto; porque, para conseguir en otra parte los mismos efectos, sería necesario ante todas cosas transportar el instrumento que los produce, es decir, aquella sociedad religiosa, aquella especie de cartujos protestantes que ponen en todas sus empresas un celo, una paciencia y una perseverancia infatigables, y un espíritu de cuerpo que indemniza de todas las privaciones. No debe olvidarse que los carceleros europeos no son cuáqueros, y que lejos de ejercer su profesión con una bondad sublime, los más de ellos pierden en ella frecuentísimamente los sentimientos más comunes de humanidad.

Otra circunstancia muy importante hace ver también la necesidad de recurrir a otros medios, quiero decir, al *número* de los presos. Todos saben que, en los Estados Unidos de América, apenas se conoce la indigencia propiamente dicha y que un mendigo es, en muchos de ellos, un objeto de curiosidad. Por consiguiente, los delitos son allí muy raros y poco variados; y, así, el régimen doméstico y paternal que puede producir buen efecto con un corto número de reclusos puede no convenir a unos establecimientos en que se juntan millares de hombres infestados de todas las especies de levaduras, que fermentan en nuestras grandes capitales.

¹ Véase la . 52.



PARTE PRIMERA

Establecimiento propuesto para guardar los presos con más seguridad y economía, y para trabajar al mismo tiempo en su reforma moral, con medios nuevos para asegurarse de su buena conducta y de proveer su subsistencia después de su posterior puesta en libertad.

Si se hallara un medio para hacerse dueño de todo lo que puede suceder a un cierto número de hombres, de disponer todo lo que les rodea de modo que provocase en ellos la impresión que se quiere producir, de asegurarse de sus acciones, de sus conexiones y de todas las circunstancias de su vida, de manera que nada pudiera ignorarse ni contrariar el efecto deseado, no puede dudarse de que un instrumento de esta especie sería un instrumento muy enérgico y muy útil que los gobiernos podrían aplicar a diferentes objetos de la mayor importancia.

La educación, por ejemplo, no es otra cosa que el resultado de todas las circunstancias en que un niño se encuentra. Velar por la educación de un hombre es velar por todas sus acciones, es colocarle en una posición en que pueda influirse en él como se quiera, por la elección de los objetos que se le presentan y de las ideas que se hacen nacer en él.

Pero ¿cómo un hombre solo puede ser suficiente para velar perfectamente por un gran número de individuos? ¿Y, es más, cómo un gran número de individuos podrían velar perfectamente por un hombre solo? Porque si se admite, como es preciso, una sucesión de personas que se releven unas a otras, ya no hay unidad en sus instrucciones ni consecuencia en sus métodos.

Sin dificultad, pues, se confesará que sería una idea tan útil como nueva la que diese a un hombre solo un poder de vigilancia que hasta ahora ha superado las fuerzas reunidas de un gran número.

Este es el problema que el señor Bentham cree haber resuelto con la aplicación constante de un principio muy sencillo, y entre los muchos establecimientos a que podría aplicarse este principio, las casas de reclusión han parecido merecer la primera atención del legislador. Importancia, variedad y dificultad son las razones de esta preferencia. Para hacer la aplicación sucesiva del mismo principio a todos los otros establecimientos, no habría más que hacer que despojar a este de algunas de las precauciones que exige.

Introducir una reforma completa en las prisiones; asegurarse de la buena conducta actual, y de la enmienda de los presos; fijar la salubridad, la limpieza, el orden y la industria en estos sitios infestados hasta ahora de corrupción física y moral; aumentar la seguridad disminuyendo el gasto, en vez de hacerlo mayor, y todo esto por una *idea sencilla de arquitectura* es el objeto de su obra.

El extracto que de ella voy a presentaros está sacado del original en inglés que aún no se ha publicado, y bastará para que os forméis un juicio acerca de la naturaleza y de la eficacia de los medios que se proponen.

¿Qué debe ser una prisión? Es un lugar en que se priva a ciertos individuos de la libertad de que han abusado, con el fin de prevenir nuevos delitos, y contener a los otros con el terror del ejemplo; y es, además, una casa de corrección en que deben tratarse de reformar las costumbres de las personas reclusas, para que cuando vuelvan a la libertad no sea esto una desgracia para la sociedad ni para ellas mismas.

Los mayores rigores de las cárceles (los grilletes, los calabozos) solo se emplean para retener a los presos; y la reforma de ellos ha sido descuidada, ya sea por una indiferencia bárbara, ya sea porque se ha desistido de conseguirla. Algunos ensayos que se han hecho sobre esto no han sido felices, y otros proyectos se han abandonado porque exigían la anticipación de gastos considerables. Ello es porque las prisiones han sido, hasta ahora, una morada infecta, y horrible escuela de todos los delitos y hacinamiento de todas las miserias, que no podían visitarse sin temblar; porque un acto de humanidad era a veces castigado con la muerte, y cuyas iniquidades se consumarían todavía en un profundo misterio si el generoso Howard, que murió mártir de las cárceles después de haber vivido apóstol de ellas, no hubiera despertado

la atención pública sobre la suerte de estos infelices sacrificados a todos los géneros de corrupción por la indiferencia de los gobiernos.

¿Cómo podrá establecerse un nuevo orden de cosas? Y ya establecido, ¿cómo podrá tenerse la seguridad de que no degenerará?

La *inspección*: este es el principio único para establecer el orden y conservarlo; pero una inspección de un nuevo género, que obre más sobre la imaginación que sobre los sentidos, y que ponga a centenares de hombres en la dependencia de uno solo, dando a este hombre solo una especie de presencia universal en el recinto de su dominio.

Construcción del panóptico

Una casa de penitencia, según el plan que os propongo, debería ser un edificio circular, o por mejor decir, dos construcciones encajadas una en otra. Los cuartos de los presos formarían el edificio de la circunferencia con seis altos, y podemos figurarnos estos cuartos como unas celdillas abiertas por la parte interior, porque una reja de hierro bastante ancha los expone enteramente a la vista. Una galería en cada alto sirve para la comunicación, y cada celdilla tiene una puerta que se abre hacia esta galería.

Una torre ocupa el centro, y ésta es la habitación de los inspectores; pero la torre no está dividida más que en tres altos, porque están dispuestos de modo que cada uno domina de lleno sobre dos líneas de celdillas. La torre de inspección está también rodeada de una galería cubierta con una celosía transparente que permite al inspector registrar todas las celdillas sin que le vean, de manera que con una mirada ve la tercera parte de sus presos, y moviéndose en un pequeño espacio puede verlos a todos en un minuto; no obstante, aunque esté ausente, la persuasión de su presencia es tan eficaz como su presencia misma.

Unos tubos de hojalata corresponden desde la torre de inspección central a cada celdilla, de manera que el inspector, sin esforzar la voz y sin incomodarse, puede advertir a los presos, dirigir sus trabajos y hacerles notar su vigilancia. Entre la torre y las celdillas, debe haber un espacio vacío, o un pozo circular, que impida a los presos todo medio de intentar algo contra los inspectores.

El todo de este edificio es como una colmena, cuyas celdillas pueden verse todas desde un punto central. Invisible, el inspector reina como un espíritu; pero, en caso de necesidad, puede este espíritu dar inmediatamente prueba de su presencia real.

Esta casa de penitencia podría llamarse «panóptico» para expresar con una sola palabra su utilidad esencial, que es *la facultad de ver con una mirada todo cuanto se hace en ella*.

Ventajas esenciales del panóptico

La ventaja fundamental del panóptico es tan evidente que querer probarla sería arriesgarse a oscurecerla. Estar incesantemente a la vista de un inspector es perder, en efecto, el poder de hacer mal, y casi el pensamiento de intentarlo.

Una de las grandes ventajas colaterales de este plan es la de poner a los subinspectores y a los subalternos de cualquier clase bajo la misma inspección que a los presos, de manera que nada pueden hacer que no vea el inspector en jefe. En las prisiones ordinarias, un preso maltratado por sus guardas no tiene medio alguno para apelar a la humanidad de sus superiores y, si es mal cuidado u oprimido, tiene que sufrir con paciencia; pero en el panóptico los ojos del superior están en todas partes; y allí no puede haber tiranía subalterna, ni vejaciones secretas. Los presos, por su parte, tampoco pueden insultar ni ofender a sus guardas; y así se previenen las faltas recíprocas, y en proporción son raros los castigos.

La administración de la justicia interior es susceptible en este establecimiento de una perfección sin parangón. Los delitos serán conocidos en el momento mismo en que se cometan: el acusado, el acusador, los testigos, los jueces, todos están presentes; y el proceso, la sentencia y la ejecución de ella pueden verificarse sin precipitación y sin injusticia en el intervalo de algunos minutos.

Las penas pueden ser tanto menos severas cuanto mayor es su certidumbre, y esta misma certidumbre hará muy raros los delitos.

Ved los reglamentos que se han hecho ya en Inglaterra, ya en otras partes para los hospitales, para las casas de trabajo y para las prisiones: reglamentos que anuncian miras de humanitarismo y de prudencia, y en los cuales se ve una intención sincera de prevenir los inconvenientes inherentes a estas diferentes reclusiones, y una inquietud manifiesta, y un temor continuo de que no se desempeñen las obligaciones que ellos prescriben. Los empleados deben ir frecuentemente a las salas, y recibir a menudo las quejas. El director está obligado a ver y examinar a los individuos, presentarse ante ellos en el momento en que no le esperan, y verlos al menos una vez cada semana; y diversos gobernadores están encargados de visitar, de preguntar, de hacer que les presenten los vestidos y los alimentos, de observar la limpieza, la manutención, las horas del trabajo, etc. Estos reglamentos, respetables en su objeto, no prueban más que una tentativa infructuosa en muchos puntos para conseguir, con grandes esfuerzos y enormes gastos, una parte pequeñísima de los buenos efectos que naturalmente produciría la inspección central.

No todo está reducido a esto: el principio panóptico facilita mucho, además, el desempeño de la obligación de los inspectores de un orden superior, de los magistrados y de los jueces, que en el estado actual de las prisiones ejercen con

repugnancia una función que contrasta sobremanera con la limpieza, el gusto y la elegancia de su vida ordinaria. En los mejores planes formados hasta el día, por los cuales los presos están distribuidos en un gran número de cuartos, es preciso que el magistrado se los haga abrir uno a uno; que se ponga en contacto con cada habitante; que le repita las mismas preguntas y que gaste días enteros en ver superficialmente a algunos centenares de presos; pero, en el panóptico, no es necesario abrir las celdas que están siempre patentes a su vista.

Una causa bien natural del rechazo a visitar las cárceles es la infección y la fetidez de estas moradas; de manera que, cuanto más necesario sería visitarlas, tanto más se huye de ellas; cuanto más funestas son a sus habitantes, tanta menos esperanza tienen estos de ser aliviados; sin embargo, en la casa de penitencia construida con estos principios no hay asco ni peligro: ¿dónde podría originarse la infección? ¿Cómo podría persistir? Más adelante se verá que puede implantarse en ellas una higiene tan grande como en los navíos del capitán Cook¹ o en las casas de Holanda. Debe también advertirse que en

¹ James Cook (1728-1779) fue un navegante, explorador y cartógrafo, capitán de la Marina Real británica. Entendemos que el texto se refiere a la especial preocupación de Cook por mejorar las condiciones de higiene y la dieta de sus subordinados durante sus navegaciones por el Pacífico, donde ningún hombre de su tripulación murió de escorbuto, afección que había diezmado muchas expediciones marítimas anteriores.

las otras prisiones, aunque la visita del magistrado sea inesperada, y aunque sea tan pronta en sus movimientos como sea posible, siempre hay lugar para disimular el verdadero estado de las cosas; porque mientras se examina una parte, se compone y arregla la otra, y hay tiempo para prevenir y amenazar a los presos y dictarles las respuestas que deben dar; pero en el panóptico, en el momento en que entra el magistrado, toda la escena se presenta a su vista.

Además de esto, habrá también curiosos, viajeros, amigos o parientes de los presos, conocidos del inspector y de los otros empleados de la prisión que, animados todos por motivos diferentes, vendrán a añadir fuerza al saludable principio de la inspección, y celarán a los jefes, como los jefes celarán a los subalternos. Esta gran comisión del público perfeccionará todos los establecimientos que estén sujetos a su vigilancia y a su penetración.

Pormenores del panóptico

La obra inglesa explica todos los pormenores necesarios para la construcción del panóptico. El autor se ha entregado a un estudio infinito sobre todos los grados

Incluyó los cítricos como preventivos de la enfermedad, según un descubrimiento del médico inglés James Lind.

de perfección que pueden darse a un edificio de esta especie: ha consultado con arquitectos; se ha aprovechado de todas las experiencias de los hospitales; y nada ha omitido para adaptar a su plan las invenciones más recientes, prescindiendo de que la unidad del panóptico y su forma particular han dado motivo a aplicaciones absolutamente nuevas de principios de arquitectura y de economía; pero esta parte de la obra que compone un volumen no es susceptible de un extracto seguido. El plan del panóptico no ha de juzgarse por estos pormenores y, si se aprueba el principio fundamental, bien pronto se convendrá en los medios de ejecución. Sin embargo, entresacaremos algunas observaciones sueltas de este volumen que ayuden a entender el beneficio que puede obtenerse de la aplicación de este nuevo sistema. El primer objeto es la seguridad de la casa contra las tentativas interiores y contra los ataques hostiles exteriores.

La seguridad del interior está perfectamente establecida, ya por el principio mismo de la inspección, ya por la forma de las celdillas, ya por el aislamiento de la torre de los inspectores, ya por lo estrecho de los pasos y también por otras mil precauciones absolutamente nuevas, que deben quitar a los presos hasta la idea misma de una sublevación y de un proyecto de evasión, porque no se forman proyectos cuando se ve la imposibilidad de ejecutarlos: los hombres se acomodan naturalmente a su situación, y una sumisión forzada produce poco a poco una obediencia maquinal.

La seguridad exterior se establece por una especie de fortificación que da a esta plaza toda la resistencia que debe tener contra una insurrección momentánea y contra un movimiento popular; sin hacer de ella una fortaleza peligrosa podrá resistir a todo como no sea al cañón. Los pormenores en este punto son tantos que es preciso remitirse a la obra original; pero aquí debe apuntarse una idea nueva. Frente a la entrada del panóptico, y en todo lo largo del camino real, habrá un muro de protección que sirva de abrigo a todos los que en el momento en que la prisión fuese atacada quisiesen pasar sin mezclarse en esta hostilidad, de manera que así no se arriesgaría el hacer una carnicería inconsiderada al defender la casa, y castigar al inocente con el culpado: porque solamente los malintencionados serían los que atravesasen la calle separada del camino público por esta muralla de protección.

Por fin, repito que esta prisión nunca sería atacada, precisamente porque no podrá esperarse triunfar en el ataque. El humanitarismo exige que se prevengan estos atentados haciéndolos impracticables; y la crueldad se une a la imprudencia cuando los instrumentos de la justicia se hacen lo bastante débiles en apariencia como para provocar en sus destructores una audacia criminal.

El de la capilla no puede concebirse bien sino por una larga descripción. Basta decir aquí que de la torre misma de los inspectores, haciéndose en ella los domingos una transformación con la apertura de las galerías, se hace una

capilla en la que el público puede entrar, y en la cual los presos, sin salir de sus celdillas, pueden ver y oír al sacerdote que oficia.

El autor responde a una objeción que se le ha hecho, y es que, exponiendo entonces a los presos a la vista de todo el mundo se les quitaría la vergüenza, y así se perjudicaría al fin de la reforma moral. Esta objeción puede no ser tan fuerte como parece a primera vista; porque partida la atención de los espectadores entre todos los presos, no se fija individualmente en alguno, y ellos encerrados en sus celdas a una cierta distancia pensarán más en el espectáculo que tendrán a la vista que en aquel del cual ellos mismos son objeto; pero, por otra parte, nada hay más fácil que darles una máscara, y así el delito abstracto estará expuesto a la vergüenza y no se mortificará al delincuente: para este, la humillación no tendrá su punta dolorosa, y en los espectadores se fortificará más que se debilitará la impresión del espectáculo. Una escena de este tipo, sin darle colores demasiado negros, es tal en sí misma que se imprimiría en la imaginación, sería utilísima para lograr el grande objeto del ejemplo, y la prisión se convertiría en un teatro moral, cuyas representaciones imprimirían el terror del delito.

Es paradójico que la más horrible de todas las instituciones presente en este punto un modelo excelente. La Inquisición, con sus procesos solemnes, sus vestidos emblemáticos y sus decoraciones espantosas, halló el verdadero

secreto de mover la imaginación y de hablar al alma. En una buena comisión de leyes penales, la persona más esencial es la que está encargada de combinar el efecto teatral.

Volviendo al panóptico, no debe olvidarse que esta es la única ocasión que tendrán los presos de aparecer a la vista del público. En cualquier otro momento, los visitantes serán tan invisibles como los inspectores, y así no debe temerse que los presos se acostumbren a despreciar la vista del público y se hagan insensibles a la vergüenza.

Una capilla pública es de muchísima importancia en una casa de penitencia destinada al ejemplo; y es, además, un medio infalible para asegurar la observancia de los reglamentos relativos a la limpieza, a la salubridad y a la buena administración del panóptico.

La elección de los materiales para la construcción es tal que da la mayor seguridad contra el peligro de un fuego: el hierro que puede emplearse; ninguna madera; y el suelo de las celdas, si es de piedra o de ladrillo, debe estar cubierto con una capa de yeso para que, no teniendo intersticios, no encubra inmundicias ni principios de enfermedades, y para que además sea incombustible.

Howard, no sabiendo cómo determinarse en la elección de los inconvenientes, no quiere ventanas en las celdas, porque la perspectiva del campo distrae a los presos del trabajo, y solamente deja una abertura alta

inaccesible a la vista, con un contraviento de madera para evitar la nieve y la lluvia. Tampoco les da fuego, por el riesgo a que estaría expuesta la prisión, y cree responder a la diferencia de las estaciones con la diferencia de los vestidos.

En el panóptico, se multiplican las ventanas, porque con tantas precauciones no puede temerse la evasión de los presos; y porque aun cuando se escapasen a la vista de sus inspectores, tendrían aún que vencer una multitud de obstáculos muy poderosos en el exterior. La multiplicación de las ventanas no es solamente un alivio necesario en cautividad, sino que es también un medio de sanidad y de industria, pues hay muchas especies de trabajos para los cuales se necesita mucha luz, y que es preciso abandonar si no puede el trabajador sustraerse a las sanciones del tiempo, que necesariamente han de sentirse por una abertura hecha en lo alto de una celda.

Quitar a un hombre su libertad no es condenarle a padecer frío ni a respirar un aire fétido. Las estufas para calentar las prisiones tendrían muchos inconvenientes indicados en la obra inglesa; pero, con un gasto medio, puede hacerse que pasen por las celdas unos tubos que sean conductores del calor y sirvan, al mismo tiempo, para renovar el aire. Esta precaución dictada por humanidad es conforme a la economía, porque los presos podrán continuar sus trabajos sin interrupción.

Otros tubos pueden distribuir el agua en las celdas, y así se ahorrará mucho trabajo en el servicio doméstico, y los reclusos no estarán expuestos a padecer por el descuido o por la malicia de un carcelero.

Aquí daremos fin al extracto sobre la construcción del panóptico; porque sería preciso traducirlo todo para hacer notar que la atención del autor se ha extendido a una multitud de objetos omitidos, o imposibles de lograr en las cárceles ordinarias.

El gran problema es dar a la aplicación del principio panóptico el grado de perfección de que es susceptible. Para esto es necesario hacer de modo que pueda extenderse a cada individuo recluso, a cada instante de su vida y, por consiguiente, a cada porción del espacio que le encierra. Este problema exige una gran variedad de soluciones, y el autor las ha ofrecido todas. Esta parte atañe principalmente a los arquitectos; y lo que toca enteramente a los legisladores es la administración interior de la casa, que es de lo que trata la segunda parte de esta memoria.



PARTE SEGUNDA

De la administración del panóptico

La administración de las casas de penitencia es uno de los objetos sobre los cuales es más difícil reunir opiniones; porque cada hombre, según la diferencia de sus disposiciones, prescribe medidas diferentes de severidad o de indulgencia. Algunos olvidan que un preso, encerrado por sus culpas, es un ente sensible; y otros no reflexionan sobre que su estado es el castigo; unos quisieran quitarles todos los pequeños goces que pueden mitigar su miseria; otros claman contra la inhumanidad de todos los detalles de esta disciplina penitencial.

Yo sentaré algunos principios fundamentales que, por desgracia, aún dejan en la aplicación un campo muy vasto a la incertidumbre y a las

opiniones contrarias; pero que por lo menos tienen la ventaja de aclarar la cuestión, y situar a las personas que disputan en disposición de entenderse.

Antes de todo conviene recordar sumariamente los objetos que deben tenerse en cuenta en cualquier institución de esta clase. Retraer de la imitación de los delitos con el ejemplo de la pena; prevenir los delitos de los presos durante su cautividad; mantener entre ellos la decencia; conservar su salud y limpieza, que es parte de ella; estorbar su fuga; procurarles medios de subsistencia para cuando salgan; darles la instrucción necesaria; hacerles adquirir hábitos virtuosos; preservarles de todo maltrato ilegítimo; procurarles el bienestar del que es susceptible su estado, sin ir contra el objeto del castigo; y, en fin, lograr todo esto por medios económicos, por una administración interesada en el buen éxito, y por reglas de subordinación interior, que ponen a todos los empleados bajo la mano del jefe, y al jefe mismo bajo los ojos del público: estos son los diversos objetos que deben buscarse en el establecimiento de una cárcel.

Todos los planes que se han propuesto hasta ahora son defectuosos, por un exceso de severidad o por un exceso de indulgencia, o por una exageración en los gastos que hace que todo se malogre. Las tres reglas siguientes servirán mucho para evitar estos diferentes errores:

Regla de dulzura

La condición ordinaria de un preso condenado a un trabajo forzado por largo tiempo no debe estar acompañada de malos tratamientos corporales, perniciosos o peligrosos para su salud o para su vida.

Regla de severidad

Salvo los miramientos debidos a la vida, a la salud y al bienestar físico, un preso que sufre esta pena por delitos que casi siempre se cometen por individuos de la clase más pobre no debe gozar de una condición mejor que la de los individuos de la misma clase que viven en un estado de inocencia y de libertad.

Regla de economía

Salvo lo que se debe a la vida, a la salud, al bienestar físico, a la instrucción necesaria y a los recursos futuros de los presos, la economía debe ser una consideración de primer orden en todo lo que concierne a la administración; pero no debe admitirse gasto público ni desechar ganancia alguna por motivos de severidad o de indulgencia.

La *regla de dulzura* está fundada en razones de suma importancia. Los rigores que afectan a la vida y a la salud de los presos encerrados en el secreto de una cárcel son totalmente descuidados por el objeto principal de las penas legales, que es el ejemplo. Por otra parte, como estos rigores se prolongan durante un largo período, las prisiones se convierten en una pena más rigurosa que otras penas que en la intención de la ley deben ser más severas. Así, por un trastorno de la justicia, unos hombres menos culpados que otros se hallan condenados a un castigo mayor; y, en fin, como estos rigores abrevian la vida, son equivalentes a una pena capital, aunque no se les dé este nombre. Si el poder ejecutivo expone pues la vida de los presos con severidades que el legislador no autoriza, comete un verdadero homicidio; pero si el poder legislativo autoriza estas severidades, el resultado es que no condena a un hombre a muerte y que, sin embargo, le hace morir no por un suplicio de un instante sino por un suplicio lento y horrible que dura a veces muchos años; y resulta también que estos presos no son castigados con proporción a la enormidad de sus delitos, sino con proporción a su fuerza mayor o menor y a sus facultades de resistir más o menos a los rigores del trato que se les da.

La *regla de severidad* no es menos esencial, porque una prisión que ofreciese a los delincuentes una situación mejor que su condición ordinaria en el estado de inocencia sería una tentación para los hombres flacos

y desgraciados, o, como mínimo, no tendría el carácter de la pena que debe intimidar al que se siente tentado a cometer un delito.

La *regla de economía*, siempre importante en sí misma, lo es mucho más que un sistema en que se ha querido remover la principal objeción que se ha puesto —a saber, el gasto excesivo— y convenía hacer ver que el sistema propuesto reunía todas las otras ventajas, además de una economía superior.

¿Pero cómo podrá garantizarse esta economía? Por los mismos medios que la hacen reinar en un obrador o en una fábrica. Los establecimientos públicos están expuestos a descuidos o robos; pero los establecimientos particulares prosperan bajo la custodia y la vigilancia del interés personal; luego debe confiarse a la vigilancia del interés personal la economía de las casas de penitencia. Esta cuestión es esencial y exige que nos detengamos a explicar sus circunstancias.

Comparación de los dos modos de administración: el uno, por contrato, y el otro, de confianza

Solamente puede escogerse entre estas dos especies de administración: administración por contrato o administración de confianza. La administración

por contrato es la de un hombre que trata con el gobierno, que se encarga de guardar y mantener a los presos a tanto por cabeza, y que aplica el trabajo y la industria de ellos a su provecho personal, como hace un maestro con sus aprendices. La administración *de confianza* es la de un solo individuo, o de una junta, que efectúa los gastos del establecimiento a costa del público y pone en el tesoro público el producto del trabajo de los presos.

Para determinarse en la elección de estos dos medios, bastaría, al parecer, con proponer las cuestiones siguientes: ¿de quién debe esperarse más celo y vigilancia al frente de un establecimiento de esta naturaleza?; ¿del que tiene muchos intereses o del que tiene muy pocos o ninguno?; ¿del que participa igualmente de las pérdidas y las ganancias o del que obtiene ganancias sin las pérdidas?; ¿de aquel cuyas ganancias serán siempre proporcionales a su buena conducta, o de aquel cuyos emolumentos están asegurados, y son siempre los mismos, administre bien o mal? La economía posee dos grandes enemigos, el *peculado* y la *negligencia*, y una administración de confianza está expuesta al uno y al otro; pero una administración por contrato hace la negligencia improbable y el peculado, imposible. Tampoco se dice que unos administradores desinteresados nunca fueran a desempeñar los deberes de sus empleos: el amor al poder, a la novedad y a la reputación, el espíritu público y la benevolencia son incentivos que pueden conservar su celo e inspirarles

vigilancia; ¿pero el empresario por contrato, acaso, no puede también ser animado por estos mismos principios?, ¿acaso un nuevo motivo destruiría la influencia de los otros? El amor por el poder está sujeto al amodorramiento, pero el interés pecuniario nunca se duerme; el espíritu público se entibia y la novedad se borra, pero el interés pecuniario se hace más fuerte y más ardiente con la edad.

Concedamos que los administradores desinteresados nunca serán culpables de peculado ni de negligencia grosera: ¿podrán montar los resortes de la economía y del trabajo como es el caso de un hombre interesado personalmente en el buen éxito de sus cuidados? «Bueno» y «malo» son términos de comparación: vuestra administración puede pareceros floreciente y productiva y, sin embargo, no podéis saber qué epíteto merece hasta que la hayáis visto en manos interesadas. Este es su verdadero *criterio*, pues puede ser buena en comparación con lo que ha sido y mala en comparación con lo que podría ser.

Aún hay más: los administradores desinteresados, es decir, los que no obtienen como el empresario los provechosos de la casa, gozan sin embargo de un salario, cumplan o no con su obligación; pues, ahora bien, si el salario es un motivo importante para tomar un empleo, no lo es para desempeñar exactamente unas funciones; al contrario, debilita la relación que debe existir

entre el interés y la obligación. Cuanto más considerable es este salario, tanto más se pone al hombre por encima de su trabajo, tanto más se le lanza a los brazos del mundo y los placeres, tanto más se le disocia de una atención que le parece servil y minuciosa; y si el salario es lo bastante grande, el funcionario público busca al instante un oficial o un diputado que haga todo el trabajo; de manera que lo que hace que el trabajo marche no es lo que dais al jefe, sino lo que el jefe da a su subdelegado. El salario mismo, en función de lo grande que es, tiene una funesta tendencia a no dejar elección a los empleos si no es entre los hombres más incapaces, porque las plazas más dotadas siempre son para aspirantes acreditados, hijos mimados de la fortuna, que son no los cortesanos, sino los criados de los ministros, y de cada ministro también, cuyo mérito consiste en su opulencia, así como su título consiste en sus necesidades, y cuyo orgullo es tan superior a la aplicación de los negocios como inferiores son sus talentos.

Sin duda, se hallarán algunos administradores que querrán servir, sin interés, por el honor y para el bien público, pero aunque puedan trabajar mejor que los que tuviesen sueldo nunca trabajarían tan bien como un empresario. Amar el poder y la autoridad de un empleo no es siempre amar la fatiga y las incomodidades que este provoca; incluso amar las funciones, mientras tienen el barniz de la novedad, no da seguridad de que se amarán cuando la novedad

haya pasado. Por otra parte, donde no se halla el celo del interés, siempre puede faltarle mucho a la actividad de la industria.

Pero la gran objeción contra los administradores gratuitos es que cuanto más seguro está un hombre de obtener la confianza pública tanto menos esfuerzo hace para merecerla. La envidia es el alma del gobierno; y la transparencia de la administración, si puede llamarse así, es la única seguridad duradera; pero la transparencia por sí misma no basta, si no hay observadores que lo examinen todo con atención. Véase al empresario por contrato: todo el mundo le espía con desconfianza, todo el mundo le mira como un agente sospechoso que es menester no perder de vista para que no tiranice y oprima a los presos; todas sus faltas serían ponderadas y se publicarían todas sus injusticias; pero el administrador gratuito, encantado con su propia generosidad, espera de todo el mundo una estimación casi ciega, una deferencia casi ilimitada y parece que, desde la altura de sus virtudes, diga al público,

... que un hombre como él, que sirve sin interés y desprecia el dinero, tiene derecho a la confianza y al respeto: que las sospechas le ofenderían y que si se digna a rendir cuentas es por un acto de subrogación al que le obliga únicamente su honor.

El público piensa del mismo modo y, si alguno se atreve a hacer notar los abusos, los descuidos e incluso las vejaciones de esta administración generosa, se levanta contra él un grito general de indignación.

Por lo que se refiere a los inconvenientes de una administración confiada a muchas personas, todos los que tienen alguna experiencia los conocen. La multiplicidad de administradores destruye la unidad del plan, causa una fluctuación perpetua en las providencias y acarrea discordia: y después de una larga y penosa lucha entre los asociados, el más fuerte o el más porfiado queda dueño del campo de batalla. Si el poder es susceptible de partición, los administradores se componen entre sí para ser cada uno absoluto en su ramo y, como la naturaleza repara los errores de un médico, un contrato tácito corrige así el vicio de la ley en una junta de administración.

Además de todo esto, el público, que, enamorado en teoría de la virtud y de la generosidad, preferiría perder cincuenta mil libras por negligencia antes que ver que un hombre gana mil por peculado, no dejará de gritar que el plan de poner a los presos en manos de un empresario es un plan inhumano, una usura bárbara y que se expone a estos infelices a todos los malos tratos que pueden resultar de la codicia de su amo, interesado en darles mal alimento y en someterlos a un trabajo excesivo. Una comparación que se presenta por sí misma con la esclavitud de los negros concluirá el cuadro y hará muy odioso este proyecto.

Con todo este hermoso lenguaje de humanidad, los presos han sido hasta ahora los más desgraciados de todos los seres: esto viene de que todo se reduce a reglamentos, y los reglamentos serán siempre varios hasta que se haya hallado el medio de identificar el interés de los presos y el de su gobernador, lo que solo puede lograrse con la administración por empresa.

En este establecimiento, están tan ligados los deberes del empresario para con los individuos confiados a su cuidado con su interés particular que tendrá que hacer por su propio beneficio lo que no querría hacer por el de ellos.

El principio general es el mismo para asegurar los deberes de la humanidad y los de la economía. Debe asignársele un beneficio que crezca en proporción del bien que haga, y condicionarlo a una pérdida proporcionada al mal que resulte de la omisión de sus deberes.

Los seguros sobre la vida de los hombres son una hermosa invención que puede aplicarse a muchísimos casos, pero, sobre todo, debe hacerse cuando se trate de vincular el interés de un hombre a la conservación de muchos.

Supongamos la existencia de trescientos presos y que, por un cálculo medio de las edades, y haciendo entrar en él las circunstancias particulares de los habitantes de una prisión, se computa, por ejemplo, que cada año morirá uno de veinte: dense al empresario diez libras esterlinas por cada hombre que debe morir, pero con la condición de que, a final del año, pagará diez libras

esterlinas por cada individuo que haya perdido, sea por muerte o por fuga. Podrá doblarse esta suma si así se quiere para aumentar la influencia de su interés: y si se halla más rico en fin de año, si hace en cierto modo economía de la vida humana, ¿qué dinero debe sentirse menos que el que se haya empleado en comprar la conservación y el bienestar de muchos hombres? De todas formas, y cualquiera que sea su energía real fundada en un interés fácil de calcular, no debe fiarse esto a un solo medio. La *publicidad* es la primera de las garantías: ella lo perfecciona todo y es la mejor forma de poner en acción todos los motivos morales y todos los recursos intelectuales. Pues, ahora bien, una cárcel edificada con arreglo al principio del panóptico es como transparente y colma el deseo de aquel virtuoso romano que hubiera querido vivir en el interior de su familia, pero a la vista del público. El panóptico es un espectáculo patente a todo el mundo y basta en cierto modo una mirada para verlo todo. Cualquiera puede juzgar por sí mismo si el empresario cumple con las condiciones de su empleo y él no tiene que esperar favor alguno; porque el público más propenso a la compasión que al rigor siempre creará que las quejas de los presos merecen ser más escuchadas que las razones del empresario.

Para aumentar la fuerza de esta sanción se le obligará a publicar todas sus cuentas, todo lo que ha hecho, los pormenores de su gobierno, en pocas

palabras, la historia de su prisión: y esta cuenta será jurada y se someterá a un examen contradictorio.

Pero, para alejar todo interés pecuniario que pudiera moverle a disimular, es menester que su empleo le esté asegurado de por vida bajo las reservas ordinarias de buena conducta, porque no sería prudente ni justo obligarle a publicar todos sus medios de lucrarse y usar esa información contra él, ya sea para aumentar el precio de su contrato, ya sea para llamar a otros a la concurrencia de su puesto.

Pero bien se ve que, aunque las condiciones de estos contratos sean al principio poco ventajosas, luego se harán mejores para el gobierno, a medida que el interés particular haya perfeccionado estas empresas. Un hombre industrioso conseguirá una ganancia legítima tal vez considerable, pero el gobierno se aprovechará de esto en los tratos subsiguientes.

Lo repito otra vez, porque conviene insistir cuando se atacan preocupaciones públicas y, sobre todo, respetables. Todo sistema de administración, fundado en el desinterés real o presupuesto, es ruinoso en sus bases y, aunque pueda tener al principio un buen éxito momentáneo, no será duradero. El motivo con que más debe contarse es aquel cuya influencia es más poderosa, más continua, más uniforme y más general, y este motivo es el interés personal, corregido por una mayor publicidad.

Después de haber probado que una administración por contrato promete más vigilancia y economía que cualquier otro tipo de administración, entraré en el examen de los diferentes objetos del gobierno interior de estos asilos de penitencia.

Separación entre sexos

El medio que, desde luego, se presenta para efectuar esta separación es tener dos panópticos; pero la razón de economía se opone a esto, tanto más cuanto que en el número total de los presos no habrá ni un tercio de mujeres; y, haciendo dos establecimientos para ambos sexos, se tendrán en comparación pocos individuos para el uno y demasiados para el otro, sin que pueda acomodarse el sobrante de modo que se establezca un equilibrio entre ambos.

En la obra inglesa, se explica largamente cómo puede salvarse esta dificultad en el panóptico, poniendo en un lado las celdas de los hombres y en el otro las de las mujeres; y cómo, con precauciones de estructura, de inspección y de disciplina, puede prevenirse todo lo que pudiera ofender a la decencia.

Separación en clases y en grupos

La mayor dificultad ha sido hasta ahora la de repartir los presos en el interior de las cárceles. El modo más común, y sin embargo el más defectuoso en todo, es el de entremezclarlos, poner a los jóvenes con los viejos, a los ladrones con los asesinos, a los deudores con los delincuentes, y amontonarlos en una prisión como en una cloaca, en la cual lo que no está más que medio corrompido no tarda en ser atacado de una corrupción total, y en el que la fetidez del aire daña menos su salud que la infección moral a su corazón .

Desde luego, se conoce que el ruido, la agitación, el tumulto y todas las escenas que continuamente ofrece el interior de una cárcel en la que los presos están hacinados no dejan intervalo alguno en el que trabajar la reflexión, y en el cual pueda brotar el arrepentimiento y fructificar.

Otro efecto no menos palpable de una asociación semejante es el endurecimiento de los hombres frente a la vergüenza. La vergüenza es el temor a la censura de aquellos con quienes vivimos; y el delito ¿puede ser censurado por delincuentes?, ¿cuál de ellos se condenará a sí mismo?, ¿quién no procurará adquirir amigos, más que enemigos, entre aquellos con quienes está forzado a vivir? La opinión que nos sirve de regla y de principio es la de la



gente que nos rodea. Unos hombres encarcelados de este modo crean un mundo aparte: su lengua y sus costumbres se asimilan y, por un consentimiento tácito, e insensiblemente, se establece una ley local, cuyos autores son los más abandonados de los hombres, porque en una sociedad como esta los más depravados son los más audaces, y los más malvados se hacen temer y respetar por los otros. Dicho mundo, compuesto de este modo, provoca la condena del público exterior y revoca sus sentencias; y cuanto más numeroso es este pueblo encerrado en este recinto, cuanto más ruido hacen sus clamores, tanto más fácil es ahogar en el tumulto la débil voz de la conciencia, el recuerdo de aquella opinión pública que ya no se oye, y el deseo de recobrar la estima de los hombres a quienes ya no se ve.

El modo más opuesto a este es el confinar a los presos en una soledad absoluta para substraerlos enteramente al contagio moral, y entregarlos a la reflexión y al arrepentimiento; pero el juicioso y buen Howard, que ha hecho tantas observaciones acerca de los presos, vio y conoció perfectamente que la soledad absoluta, que produce al principio un efecto saludable, pronto pierde su eficacia y hace caer a un infeliz cautivo en la desesperación, en la locura o en la insensibilidad. En efecto, ¿qué otro resultado puede esperarse cuando se deja a un alma vacía atormentarse a sí misma durante meses y años enteros? Esta es pues una penitencia que puede ser útil durante algunos días

para domar un espíritu de rebelión; pero que no debe prolongarse, así como la quina y el antimonio no deben usarse como alimentos ordinarios.

La soledad absoluta, tan contraria a la justicia y a la humanidad cuando se hace de ella un estado permanente, es también por fortuna combatida por las más fuertes razones de la economía, porque exige un gasto enorme en edificios: dobla el dispendio para alumbrar, conservar la limpieza, renovar el aire, y limita la elección de los trabajos, estrechando demasiado la extensión de las celdas y excluyendo las profesiones que exigen la reunión de dos o más trabajadores. Perjudica también a la industria, sea porque no hay posibilidad de dar aprendices a ciertos artesanos experimentados, sea porque el abatimiento de la soledad destruye la actividad y la emulación que se extienden en un trabajo hecho en compañía.

El tercer sistema consiste en agrandar las celdas, y darles bastante capacidad para recibir a dos, tres, cuatro presos, y aún más, asimilándolos, como muy pronto diré, del modo más conveniente por sus caracteres y edades.

La misma construcción del panóptico ofrece tantas seguridades contra las sublevaciones y conspiraciones entre los presos que no debe temerse su reunión en pequeños grupos, porque nada hay que pueda favorecer su evasión, y existen muchos medios combinados para hacerla imposible.

Se dirá, tal vez, que esta sociedad será más bien una escuela de delitos en la que los menos perversos se perfeccionarán en el arte de la maldad con las

lecciones de los que tienen una larga práctica en ella; pero puede prevenirse ese inconveniente distinguiendo a los presos en diferentes clases según su edad, el grado de su delito, la perversidad que manifiestan, la aplicación al trabajo y las señales que den de arrepentimiento. El inspector debe de ser bien poco inteligente y bien inaplicado si, en poco tiempo, no conoce el carácter de sus presos; lo suficiente, al menos, como para combinarlos de manera que de su asociación resulte un freno natural, y un motivo de subordinación y de industria.

No debemos dejarnos engañar por las palabras: todos los que están presos son culpables; pero no todos están pervertidos. El libertinaje, por ejemplo, no es la misma cosa que la violencia, y aquellos cuyas culpas consisten en actos de una iniquidad tímida, como los rateros y los ladrones mañosos, son más de temer en calidad de corruptores y maestros de maldad que en calidad de hombres peligrosos para la seguridad de la prisión o por la audacia de sus empresas. Los que se han abandonado al delito por la tentación de la pobreza y del ejemplo por vez primera se distinguen muy fácilmente de los malhechores endurecidos. La embriaguez, fuente de tantos delitos, no puede enseñarse en una casa de penitencia donde no hay medio alguno de embriagarse. Independientemente de estas diferencias esenciales, bien pronto se reconocerá a los que tienen una disposición más visible a reformarse y contraer nuevos

hábitos, y todas estas observaciones servirán para formar la aceptación de la celda y la compañía de los presos.

Después de esta precaución fundamental, ¿qué hay que temer?, ¿el libertinaje? El principio de la inspección lo hace imposible. ¿Los arrebatos y las riñas? Los ojos que todo lo ven descubren los primeros movimientos y separan al momento a los caracteres irreconciliables. ¿Diría el corruptor que no hay riesgo en el delito? La prueba de lo contrario está en su misma situación. ¿Hará una pintura atractiva de los placeres? Este placer se extinguió, y el castigo, como salido de sus cenizas, está siempre presente en la imaginación por el recuerdo de lo pasado, por lo que padece actualmente y por la perspectiva de lo venidero: ¿dirá que no hay oprobio en el delito? Están inmersos en la humillación y cada uno de ellos no cuenta más que con el apoyo de dos o tres compañeros.

Una tema de conversación más natural y consolador se les presenta lógicamente, la mejora de su estado presente y futuro: ¿qué harán para sacar más partido de su trabajo?, ¿en qué emplearán lo que ganan ahora cuando no pueden dejar de trabajar y toda disipación es imposible?, ¿qué uso harán de su libertad cuando se haya acabado el plazo de reclusión y en qué podrán aplicarse? Los que hayan acumulado ganancias inspirarán emulación a los otros; como el interés del momento fue el que los hizo

caer en el delito, el interés del momento los restituirá a una buena conducta; y así una reforma mutua es cuando menos tan probable como una corrupción progresiva.

Las pequeñas asociaciones son favorables a la amistad, que es la hermana de las virtudes, y un afecto duradero y honrado será muchas veces el fruto de una asociación tan íntima y tan larga.

Cada celda es una isla, y los habitantes son unos desgraciados marineros que, arrojados a una tierra aislada por un naufragio común, son deudores el uno al otro de todos los placeres que puede dar la sociedad. Alivio necesario, sin el cual su condición, que no es más que triste, se haría horrible.

Si hay entre ellos algunos hombres violentos y coléricos, se los reducirá a la soledad absoluta hasta que se amansen, y se les privará de la sociedad para enseñarles a conocer el valor de ésta.

Este es un fondo de amistades que se les prepara para el momento en que vuelvan al mundo. Así se previene uno de los mayores inconvenientes que acompañan a las prisiones en las casas de penitencia; porque la desgracia de no tener ya amigos en el estado de libertad los devuelve casi siempre a los excesos de su primera vida; pero, al dejar la escuela de la adversidad, serán como unos antiguos camaradas que cursaron juntos sus estudios.

Admitiendo la distribución de los presos en pequeños grupos formados según las conveniencias morales, debe tenerse mucho cuidado de no apartarse jamás de este principio, y de no permitir en caso alguno una asociación general y confusa, que podría destruir en un momento todo el bien que se hubiera hecho. La obra inglesa comprende largos detalles sobre un plan para hacer pasear a los presos sin romper las divisiones por grupos, pero este apunte es accesorio al proyecto; pues sería necesario solo en el caso de que no hiciesen suficiente ejercicio en sus trabajos.

Del trabajo

Pasemos a la ocupación del tiempo, que es objeto de una importancia infinita, ya sea por razones de economía, ya por principios de justicia y de humanidad, para suavizar la suerte actual de los desdichados y prepararles los medios para vivir honradamente del fruto de su trabajo. Razón alguna hay para prescribir al empresario la clase de trabajo en que debe ocupar a sus presos, porque su interés le descubrirá bien cuáles son los más lucrativos.

Si el legislador empieza a reglamentar, siempre se engañará a sí mismo: si ordena trabajos poco provechosos, sus reglamentos serán perniciosos; si

ordena los más útiles, sus reglamentos serán superfluos; y, por otra parte, los trabajos útiles este año tal vez no lo sean al año siguiente. Nada es más absurdo que el gobernar con leyes la industria y el interés, que espía esencialmente las necesidades.

Una falta que debe señalarse, porque es común, es imaginar que debe condenarse a los presos a ciertos trabajos rudos y penosos, frecuentemente inútiles, solo para fatigarlos. Howard habla de un carcelero que había echado un montón de piedras en un extremo del patio de la cárcel, y mandaba a los presos llevarlas al otro extremo; después tenían que volverlas al primer lugar, y así continuaban todo el día. Cuando se le preguntó el objeto de esta graciosa industria, respondió que era por hacer rabiar a todos aquellos picaros.

Es una imprudencia muy funesta la de hacer odioso el trabajo, presentar en él un espantajo a los delincuentes e imprimirle una especie de infamia. El horror de una prisión no debe recaer sobre la idea del trabajo, sino sobre la severidad de la disciplina, sobre un vestido humillante, sobre un alimento grosero, sobre la privación de la libertad. La ocupación, en vez de ser un castigo para el preso, debe concedérsele como un consuelo y un placer, y en efecto es dulce en sí misma, comparada con la ociosidad forzada, y su producto le dará un doble sabor. El trabajo, padre de la riqueza; el trabajo, el mayor de los bienes... ¿por qué pintarlo como una maldición?

El trabajo forzado no está pensado para las cárceles, y si hay necesidad de producir grandes esfuerzos, esto se logrará con recompensas y no con penas. La fuerza y la esclavitud nunca adelantarán tanto en la carrera como la emulación y la libertad. ¿Cómo podrá obligarse a un preso a llevar el peso que un ganapán se carga con gusto por pocas monedas? Fingiría que el peso le agobiaba; ¿y cómo podría descubrirse el fraude? Tal vez le agobiaba de verdad, porque la fuerza del cuerpo está en razón de la buena voluntad; y, cuando esta carece de energía, los músculos no tienen tensión.

El trabajo debe durar todo el día, excepto durante el intervalo de las comidas; pero será conveniente que se sucedan tareas diferentes, y que las haya *sedentarias* y *laboriosas*, a las que se aplique a los hombres alternativamente, porque una ocupación constantemente sedentaria o constantemente laboriosa produciría una melancolía sombría, sobre todo en estado de cautividad, o arruinaría la salud; pero la alternativa de la una a la otra llena el doble objeto del descanso y del ejercicio. La feliz idea de mezclar, pues, las ocupaciones es buena para la economía de las casas de penitencia.

Del alimento

Deben evitarse los errores principales sobre el alimento de los presos. La mayoría cree que debe limitarse la cantidad de él dando medidas y pesos fijos; pero esto es un verdadero acto de inhumanidad para todos aquellos que no tienen bastante con la ración, y es un castigo muy desigual que no es proporcionado al grado del delito, sino a la fuerza o a la flaqueza de un hombre, y muy cruel, porque no es una injusticia de un día ni de un mes, sino de muchos años. Si el hambre de un desgraciado no queda satisfecha después de comer, ciertamente no se disminuirá en los intervalos entre comidas, y así experimentará una incomodidad perpetua, y una languidez que, poco a poco, arruinará sus fuerzas. Este es un tormento verdadero, con una diferencia, que en este caso el tormento se aplica al interior del estómago en vez de aplicarlo a los brazos y a las piernas. ¿Por qué aún no se ha dicho claramente que debía alimentarse a un preso según la medida de su apetito?, ¿no es esta la idea más sencilla y lo primero que exige la justicia? El segundo error en que se ha caído por una bondad mal entendida es el de proponer que haya variedad en los alimentos de los presos, tanto que algunos reformadores, y entre otros el buen Howard, más indulgente para los otros que para sí mismo, han querido que se les dé carne al menos dos veces por semana, sin reflexionar que la

mayoría de los habitantes del campo y muchos de las ciudades no pueden adquirir este artículo de lujo. Para los que han perdido la libertad por sus delitos, ¿deberá realizarse el deseo de Enrique IV, que no es todavía más que una esperanza remota para tantos labradores virtuosos?

Este error se manifiesta en Inglaterra por una curiosa gradación en el alimento de los individuos en función de la calidad de estos: los pobres más honrados, aquellos que viven de su trabajo, apenas comen un poco de carne los domingos; los pobres que se mantienen a costa del público la tienen, según un cálculo medio, cuatro veces por semana; y los malhechores presos por los delitos más odiosos, la tienen todos los días; ¿qué puede pensarse de esta diferencia?

El alimento de los presos debe ser el más común y el más barato que dé el país, porque no deben ser mejor tratados que la clase pobre y laboriosa: ninguna mezcla, porque no conviene excitar su apetito; agua por única bebida, y nunca licor alguno fermentado; pan, si el pan es el alimento más económico; pero él ya es un objeto de fabricación, y la tierra nos da alimentos abundantísimos y muy sanos que no necesitan ser manufacturados, ¿acaso es débil y degenerada la raza de los irlandeses que no comen más que patatas?, ¿y el montañés de Escocia que se alimenta de harina de avena es tímido en la guerra?

Pero debe dejarse a cada preso la libertad de comprar alimentos más variados y más succulentos con el producto de su trabajo: porque la mejor especulación, incluso para la economía, es excitar la laboriosidad con una recompensa, y dar a cada uno de ellos una cierta porción de lo que ganan. Pero, para que la recompensa tenga todo su efecto, debe ofrecerse bajo la forma de una gratificación actual; y nada más inocente puede pensarse, ni más propio para obrar en esta clase de hombres, que un goce de tal naturaleza que adula al mismo tiempo el gusto y la vanidad. Sin embargo, deben siempre exceptuarse los licores fermentados, porque es imposible tolerar un uso moderado de ellos sin exponerse a excesos; pues la bebida que no produce efecto sensible en un hombre basta para que otro pierda la razón. Esta regla no es demasiado severa, puesto que hay muchos trabajadores pobres y honrados que nunca podrán darse este gusto.

Del vestido

En este punto, debe consultarse la economía en todo lo que no sea contrario a la salud o a la decencia. Para que el vestido pueda contribuir al ejemplo debe presentar alguna señal de humillación. La más sencilla y útil sería confeccionar las mangas del vestido y de la camisa de una longitud desigual para ambos

brazos. Esto ofrecería una seguridad más contra la evasión, y un medio para conocer a un preso que se hubiese escapado, porque aun después de cierto tiempo habría una diferencia muy visible de color entre el brazo cubierto y el brazo desnudo.

Del aseo y la salud

Los pormenores en este punto no son nobles en sí mismos, pero se ennoblecen por el objeto a que se dirigen.

La admisión de un preso en su celda debe ser precedida de una ablución completa; y sería conveniente que se acompañase esta admisión con alguna ceremonia solemne, como algún rezo, una música grave, un aparato capaz de impresionar a las almas groseras. ¡Cuán débiles son los discursos en comparación con lo que se hiere la imaginación por los sentidos!

El preso debe tener un vestido burdo, pero blanco y sin tejer, para que no pueda contraer suciedad alguna que no se advierta al momento, y debe tener afeitada la cabeza, o cortado el cabello muy corto. El uso de los baños debe ser regular: no se tolerará clase alguna de tabaco, ni costumbre contraria a la práctica de las casas más limpias, y se fijarán los días en que deba cambiarse la ropa.

Toda esta delicadeza no es necesaria para la salud, pero como una cárcel ha sido casi en todas partes una mansión de horror, más vale tomar precauciones extraordinarias que omitirlas. Para enderezar un arco, dice el proverbio, es preciso torcerlo en sentido contrario.

Esta parte del régimen tiene, además, un objetivo superior, porque se ha observado que entre la delicadeza física y moral hay una conexión que es obra de la imaginación, pero que no por ello es cierta; Howard y otros lo han notado. El cuidado del aseo es un estimulante contra la pereza, acostumbra a la circunspección y a respetar la decencia incluso en las cosas más pequeñas.

La pureza moral y física tienen un lenguaje común, y no puede alabarse una de estas virtudes sin que una parte de la alabanza resalte sobre la otra. De aquí han venido aquellos sistemas de purificaciones y de abluciones, a que han dado una importancia tan minuciosa los fundadores de las religiones orientales, y aun los que no crean en la eficacia espiritual de estos ritos sagrados no negarán su influencia corporal. La ablución es un ejemplo de ello. ¡Y ojalá fuera una profecía! ¡Aunque no es tan fácil purificar las almas de nuestros presos como sus cuerpos!

El ejercicio al aire libre preserva la salud. Pero este ejercicio debe, como todo lo demás, estar sujeto a la regla inviolable de la inspección: debe ser reconocible con el grado de separación o de formación en pequeñas socie-

dades que se haya tenido por conveniente; y favorable a la economía, esto es, productivo si es posible y aplicado a un trabajo útil. La obra inglesa comprende muchos pormenores, de los que resulta que el autor da preferencia al uso de grandes ruedas que se ponen en movimiento por el peso de uno o de muchos hombres, y generan una fuerza que puede emplearse, según se quiera, en mil objetos mecánicos.

Este ejercicio desempeña todas las condiciones que pueden desearse, y puede ser proporcional a la fuerza de cada individuo. Un preso perezoso no puede engañar al inspector, y un inspector no puede hacer de esto un uso tiránico contra sus presos. Nada tiene de duro y de inhumano, pues no es más que un modo diferente de subir por una colina, y el efecto se produce por el peso solo del cuerpo que se aplica sucesivamente a diferentes puntos. Por otra parte, este trabajo es compatible con el plan de separación, e incluso con el de la soledad absoluta. Puede emplearse en él a las mujeres, y nada es más fácil que arreglar los turnos de los presos, de modo que se les dé dos veces al día un ejercicio que no será menos bueno para la salud porque tenga además un objeto económico y útil. Estas precauciones son más bien ideas susceptibles de perfeccionarse que reglas perentorias.

Tampoco quiere fijarse la distribución del tiempo, que puede variar según diversas circunstancias, pero en un régimen que tiene por objeto la reforma

de las costumbres debe tenerse por principio evitar toda ociosidad, y sería una gran falta el dar a los presos más de siete u ocho horas para dormir. La costumbre de apoltronarse y permanecer en la cama estando despierto es tan contraria a la constitución del cuerpo, al cual debilita, como a la del alma en la cual la indolencia y la molicie fomentan todas las semillas de la corrupción. Las largas noches de invierno deben también tener sus ocupaciones pautadas y, cuando pudiera suponerse que el trabajo no vale el gasto de las luces, todavía habría razones de humanidad y de prudencia más fuertes que las de la economía para no condenar a todos estos infelices a doce o quince horas de tristeza y oscuridad. Nada es tan fácil como colocar las luces fuera de las celdas, de modo que se evite todo peligro de descuido o de malicia, e incluso para mantener durante la noche la principal fuerza del principio de la inspección.

De la instrucción y la ocupación dominical

Toda casa de penitencia debe ser una escuela. Esto es necesario para los jóvenes encerrados en ella, porque esta tierna edad no está exenta de los delitos que se castigan con este género de pena; pero ¿por qué se negaría el

beneficio de la instrucción a unos hombres ignorantes, que pueden volverse miembros útiles de la sociedad con una nueva educación? La lectura, la escritura, la aritmética pueden convenir a todos; y si algunos de ellos tienen principios de algún talento particular, pueden cultivarse, sacándose de ellos un partido ventajoso. El dibujo es un ramo lucrativo de aplicación que sirve para muchas artes, y la música podría tener una utilidad especial llamando mayor concurrencia a la capilla. Si el jefe de una casa semejante añadiera a su interés una cierta dosis de ardor y de inteligencia, bien pronto hallaría su ganancia en desenvolver las diferentes capacidades de sus presos, y no podría hacer su bien particular sin hacer igualmente el de ellos. No hay maestro que tenga un interés tan grande como el empresario en los progresos de sus discípulos, pues estos son sus aprendices y sus oficiales. El domingo nos ofrece un espacio vacío que llenar. La suspensión de los trabajos mecánicos nos conduce naturalmente a la enseñanza moral y religiosa, conforme al destino de este día, pero, como no se puede ocupar todo el día en estas instrucciones, que se harían inútiles, monótonas y fastidiosas si fueran muy largas, conviene variarlas con diferentes lecturas, a las cuales puede también darse un objeto moral y religioso con la elección de las obras en que se les ejercite a leer, a copiar o a dibujar; y el cálculo mismo puede dar una doble instrucción, presentándoles cuestiones por resolver que devuelven los productos del comercio,

de la agricultura, de la industria y del trabajo. Remito nuevamente a la obra inglesa sobre el modo de colocar a los presos en un anfiteatro descubierto mientras duran estos ejercicios, sin abandonar el principio de la inspección y de la separación, y sin comprometer la seguridad de los maestros.

De los castigos

En la prisión misma pueden cometerse agravios y, por consiguiente, es necesario que haya castigos en ella. Puede incrementarse el número de estos sin aumentar su severidad, y pueden diversificarse útilmente según la naturaleza del delito.

Un modo de analogía es dirigir la pena contra la facultad de la que se ha abusado; y otro modo es disponer las cosas de modo que la pena salga, por decirlo así, de la culpa misma. Siguiendo estos principios, las palabras injuriosas pueden domarse y castigarse con la mordaza; los golpes y las violencias, con la camisa de fuerza que se pone a los locos; y la resistencia al trabajo, con la privación de alimento, hasta que se haya acabado la tarea. Aquí se ve la utilidad de no condenar habitualmente a los presos a una soledad absoluta, porque la frecuencia haría perder su eficacia a este instrumento útil de disciplina, que

es un medio de obligar, tanto más precioso cuanto no puede abusarse de él, y no es contrario a la salud como los castigos corporales. Aunque al gobernador no debe dársele mucho más poder que el de condenar a los presos a la soledad; y los otros castigos solamente podrán imponerse en presencia y bajo la autoridad de algunos magistrados.

Así es como la ley de la responsabilidad se muestra en toda su ventaja. Encerrada en las paredes de cada celda, no puede traspasar los límites de la más estricta justicia: *denunciar el mal o padecer como cómplice de él*, ¿qué artificio puede eludir una ley tan inexorable?, ¿qué conspiración puede mantenerse contra ella? La infamia que en todas las cárceles se atribuye con virulencia al carácter de *delator* no hallaría aquí base en que poder apoyarse, porque ninguno tiene derecho para quejarse de lo que otro hace por su propia conservación. «Tú me echas en cara mi malicia», respondería el acusador; pero *¿qué debo yo pensar de la tuya cuando sabes que seré castigado por lo que hagas, y quieres hacerme sufrir por gusto?* Así, en este plan hay tantos inspectores como camaradas, y las personas mismas que deben ser vigiladas se guardan mutuamente y contribuyen a la seguridad general. Puede también observarse aquí otra ventaja de las divisiones en pequeños grupos; porque en todas las cárceles la relación entre los presos es una fuente continua de faltas, pero en las celdas de los panópticos la convivencia es una garantía más de su buena conducta.

Cubierta de herrumbre de la antigüedad, la ley de la responsabilidad mutua ha cautivado durante siglos a los ingleses. Las familias estaban divididas por decenas, y cada una respondía por todas las otras: ¿y cuál es sin embargo el resultado de esta célebre ley? Nueve inocentes castigados por un delincuente. Para imprimir a esta responsabilidad la equidad que la caracteriza en el panóptico, ¿qué sería necesario? Dar transparencia a las paredes y a los bosques, y reducir a toda una ciudad al espacio de dos metros cuadrados.

Provisión para los presos que salgan de la cárcel

Puede creerse, y por muchos motivos, que después del curso de algunos años, y aun acaso solamente de algunos meses de una educación tan rigurosa, los presos, acostumbrados al trabajo, instruidos en la moral y en la religión, y habiendo perdido sus hábitos viciosos por la imposibilidad de entregarse a ellos, se habrán hecho unos hombres nuevos; pero, sin embargo, sería una gran imprudencia lanzarlos al mundo sin custodia y sin auxilios en el momento de su emancipación, en que pueden compararse a los muchachos que reclusos durante mucho tiempo acaban de quedar libres de la vigilancia y el cuidado de los maestros.

No debe ponerse a un preso en libertad hasta que pueda cumplir una de estas condiciones; desde luego, si las preocupaciones no se oponen a esto, puede entrar al servicio del ejército o de la marina, y estará tan acostumbrado a la obediencia que, sin mucho trabajo, se haría de él un buen soldado. Si algunos temen que semejantes reclutas manchen y envilezcan el servicio, es porque no prestan atención a la clase de hombres que actualmente llenan los ejércitos.

En caso de que una nación forme colonias, los presos estarían preparados, por la educación recibida, para ser súbditos, más útiles en estas nuevas sociedades que los malhechores que ahora se envían; pero no se forzaría a expatriarse al preso que hubiese cumplido su tiempo de prisión, y solamente se le darian la opción y los medios para hacerlo. Otra forma para ellos de volver a la libertad sería hallar a un hombre responsable que quisiese constituirse en su garante por una cierta suma, renovando esta caución todos los años, y obligándosele, si no la renovase, a presentar a la persona misma.

Los presos que tuvieran parientes y amigos, y los que hubieran adquirido reputación de juicio, de industria y de honradez en los años de prueba, no tendrían dificultad en hallar a un fiador así, porque no se toman personas de carácter manchado para el servicio doméstico, pero hay otros mil trabajos para los cuales no se tiene el mismo escrúpulo; y, además, podrían promoverse las fianzas de muchos modos.

El más sencillo de todos sería dar al que saliese de garante el poder de hacer con el preso puesto en libertad un contrato por un período largo, semejante al de un maestro con su aprendiz, de manera que tuviese la capacidad de recobrarlo, si se escapase, y de obtener alguna indemnización de los que hubiesen querido seducirle y tomarle a su servicio.

Esta condición, que a primera vista parece dura para el preso que ha recobrado su libertad, es en realidad un bien para él, porque le asegura la elección entre un número mayor de competidores que buscarán el privilegio de tener trabajadores de los cuales puedan estar seguros.

No se entra en el examen de las precauciones necesarias para asegurarse de la suficiencia de las fianzas. La mejor sería hacer responsable al gobernador de la cárcel de la mitad de la fianza, en caso de que esta fallase; porque entonces este tendría interés en conocer bien a las personas con quien celebrase estas transacciones judiciales.

Pero examinemos ahora el caso, que debe de ser frecuente, en que un preso no tuviese amigos ni parientes, que no hallase fiador, y que no fuese admitido a alistarse ni a pasar a una colonia: ¿debería abandonársele a la aventura y volverle así a la sociedad? Sin duda que no, porque esto sería exponerle a la miseria o al delito. ¿Debería sometérselo como antes a una disciplina severa? Tampoco, porque esto sería prolongar su castigo fuera del término señalado por la ley.

Lo que debe hacerse es contar con un establecimiento subsidiario fundado sobre el mismo principio: un panóptico en el cual reinará más libertad; donde ya no habrá señales humillantes; donde podrán celebrarse matrimonios; donde los habitantes ajustarán su trabajo sobre el mismo pie, más o menos, que los oficiales ordinarios; donde, en pocas palabras, puede ofrecerse tanta comodidad y tanta libertad como pueda ser compatible con los principios de seguridad, decencia y sobriedad.

Este establecimiento será un convento con reglas fijas, a excepción de que en él no habrá votos, y de que las personas reclusas podrán dejarlo si hallan fiador o adquieren las condiciones para su puesta en libertad.

Contra esto, tal vez se propondrá una objeción:

Al panóptico subsidiario —se dirá— es un receptáculo para un cierto número de oficiales que trabajan bajo un mismo techo, y la experiencia ha probado que estos recintos son semillero de vicios. Las únicas manufacturas que no arruinarán las costumbres serán aquellas en que los trabajadores estén esparcidos, aquellas en las que, como en la agricultura, cubran toda la superficie de un país, o aquellas que se ciñan al interior de las familias, en las cuales cada hombre pueda trabajar en medio de los suyos, en el seno de la inocencia y del retiro.

Esta observación es fundada, pero no es contraria a nuestro plan, porque hay una gran diferencia entre una fábrica ordinaria y un panóptico: ¿en qué casa pública o particular puede hallarse una seguridad igual para la castidad del celibato, para la fidelidad del matrimonio y para la supresión de la embriaguez, causa de tanta miseria y de tantos desórdenes?

Estas precauciones para los presos en el momento de su excarcelación son lo que deben ser para quitarles la tentación y la facilidad de recaer en el delito. Se ha admirado mucho la idea de dar una cierta cantidad de dinero a los presos cuando se les pone en libertad, para que una necesidad inmediata no los pierda en la desesperación; pero este recurso es momentáneo. Si bien podrá ser un freno para los hombres que tienen poca medida y previsión, después del goce pasajero, tanto más irresistible cuanto más largas han sido las privaciones, el dinero está perdido, la pobreza queda y las seducciones les rodean.



Esta exposición que no comprende más que las principales ideas del autor basta, sin embargo, para apreciar lo que se anunciaba al principio de esta memoria.

Por medio de los principios de la *inspección central* y la *administración por contrato*, se obtiene como resultado una reforma verdaderamente esencial en las prisiones: se adquiere la seguridad de la buena conducta actual y de la enmienda futura de los presos; se aumenta la seguridad pública, haciendo una economía para el Estado; y se crea un nuevo instrumento de gobierno, por el cual un hombre solo se halla revestido de un poder muy grande para hacer el bien, y nulo para hacer el mal.

El *principio panóptico* puede adaptarse con éxito a todos los establecimientos en que deban reunirse la inspección y la economía; no está necesariamente ligado a ideas de rigor; pueden suprimirse las rejas de hierro; puede permitirse la comunicación; y puede hacerse cómodamente y de forma nada molesta la inspección. Una casa de trabajo, una fábrica edificada según este plan, dan a un hombre solo la facilidad de dirigir los trabajos de un gran número, y pudiendo estar los cuartos abiertos o cerrados, permite diferentes aplicaciones del principio. En un hospital panóptico, no podría haber abuso alguno de negligencia en la limpieza, ni en la renovación del aire, ni en la administración de los remedios; una división mayor de las habitaciones serviría para separar mejor las enfermedades; los tubos de hojalata proporcionarían a los enfermos una comunicación continua con sus asistentes; una vidriera por dentro, en vez de una reja, dejaría a su elección el grado de temperatura; y una cortina podría celarlos a la vista de todos. En fin, este

principio puede aplicarse con facilidad y utilidad a las escuelas, a los cuarteles y a todos los establecimientos en que un hombre solo esté encargado del cuidado de muchos. Por medio de un panóptico, la prudencia interesada de un solo individuo es mejor garantía de acierto que la probidad de muchos en cualquier otro sistema.



RESUMEN

Principios característicos del panóptico

- 1.º Presencia universal y constante del gobernador del establecimiento.
- 2.º Efecto inmediato de este principio en todos los miembros del establecimiento: la convicción de que viven y obran incesantemente bajo la inspección perfecta de un hombre interesado en toda su conducta.
- 3.º Gobernador revestido por el efecto de este principio panóptico de un poder desconocido hasta ahora, e interesado lo más que es posible por la constitución misma del establecimiento en la salud, en la industria, en la buena conducta y en la reforma de las personas sujetas a él.
- 4.º Facilidad que se da al legislador, a la nación en general y a cada individuo en particular para asegurarse en todo momento de la perfección del plan y de su ejecución.

Custodia segura

- 1.° Edificio circular o polígono.
- 2.° Celdas en la circunferencia para los presos.
- 3.° Habitación del inspector en el centro donde cada visitante puede ser recibido sin desorden alguno.
- 4.° Galerías inmediatas en torno de la habitación del inspector para los subinspectores y los sirvientes.
- 5.° Cierres exteriores de las celdas formados por la pared del edificio; cierres interiores formados por una reja de hierro para que nada se oculte a la inspección; divisiones entre las celdas por una pared de ladrillo que intercepte la comunicación entre ellas.
- 6.° Celosías en las ventanas de la habitación y de las galerías para que los presos, no pudiendo ver lo que pasa en el interior, nunca estén seguros de que no se les mira.
- 7.° Patrullas y faroles dirigidos hacia las celdas para dar a la noche la seguridad del día.
- 8.° Espacio vacío entre las celdas y la casa de inspección desde lo alto hasta lo bajo, cubierto en la parte superior por una vidriera, y hondo por abajo, de modo que se impida toda comunicación.

9.° Pasos y escaleras en poco número, estrechas y guarnecidas de rejas de hierro para evitar las reuniones y no perjudicar a la inspección.

10.° Ningún medio para llegar a los presos como no sea por la habitación del inspector.

11.° Foso circular en el exterior del edificio para hacer aún más impracticable la fuga.

12.° Espacio vacío al otro lado del foso para diversos usos, rodeado de una pared cuadrangular.

13.° Empalizada al otro lado de la muralla, que nadie podrá saltar sin hacerse culpado.

14.° Dos cuerpos de guardia en dos ángulos opuestos entre el muro y la empalizada.

15.° Un solo camino formado por dos muros, que vienen en ángulo recto desde el camino real y van a parar a la fachada del edificio, de manera que nadie puede acercarse a éste sin ser observado.

16.° Puertas de rejas de hierro a la entrada del camino por medio de las cuales pueda abrirse fuego contra agresores malintencionados.

17.° Frente a esta puerta, y en la dirección del camino real, una pared bastante larga para proteger a los pasajeros pacíficos en un momento de tumulto.

Sanidad y limpieza

1.° Medios de ventilación perfeccionados: I) por el espacio circular interior que se abre por arriba; II) por la estructura de las celdas con ventanas hacia afuera, y una reja de hierro hacia adentro; III) por las estufas para el invierno, construidas de modo que renueven continuamente el aire.

2.° Canales ejecutados en cada pared entre dos celdas, según el principio inglés, para evitar los malos olores y las suciedades.

3.° Depósito de agua alrededor de lo alto del edificio, y tubos que la conducen a cada celda.

4.° Suelos de piedra o de yeso, de manera que no haya intersticios que puedan ocultar materias pútridas y porquerías.

5.° Cuarto separado en que se visita a todos los presos cuando se reciben.

6.° Alternativa de trabajos sedentarios y activos, éstos últimos al aire libre.

7.° Licores fermentados absolutamente prohibidos; prohibido también el tabaco de toda especie.

8.° El pelo cortado muy corto: baños frecuentes y vestidos sin color, y lavados a menudo.

9.° Sanidad y limpieza aseguradas por la estancia del cirujano, del gobernador y de los empleados, que respiran el mismo aire que los presos;

por la admisión continua de los visitantes y por la concurrencia pública a la capilla.

10.° Cuidado del gobernador, interesado en la conservación de los presos por la constitución del establecimiento que le obliga a pagar un tanto por cada uno que muere.

Economía

1.° Celdas que hacen las diversas funciones de dormitorio, de refectorio, de obrador y, ocasionalmente, de calabozo, de enfermería, de capilla y de divisiones para separar los dos sexos: establecimientos necesarios para llegar a poner un buen orden en cualquier edificio distinto del panóptico.

2.° Las medidas necesarias hasta ahora en las prisiones de paredes gruesas y otros gastos de hierro se hacen inútiles por la imposibilidad de intentar abrir una brecha sin ser visto.

3.° Administración delegada al gobernador con una pequeña suma para la manutención de cada preso, supuesto que el trabajo de ellos le pertenece en propiedad; cuentas que se publicarán con el objeto de que sirvan para arreglar el precio en las empresas siguientes, sin molestar al precio de las empresas en las diferentes tentativas que éste quiera hacer para aumentar su ganancia.

4.° Número de empleados y subinspectores, disminuido asombrosamente por la perfección del principio panóptico, y con la ayuda de diferentes invenciones: I) los tubos o bocinas de hojalata que atraviesan desde la habitación del inspector a cada celda; II) los tubos que conducen el agua a todas partes; III) las puertas de las celdas, que el inspector abre sin salir del cuarto de inspección, etc.

5.° Industria aumentada por la mezcla y alternativa de trabajos sedentarios y laboriosos, y por las precauciones tomadas contra los excesos de la temperatura, de manera que se ocupe todo el día, a excepción de las horas de sueño y de descanso.

6.° Alimento, siempre el más económico y sin variedad, aunque ilimitado en la cantidad.

Reforma

1.° Los delitos comunes en todas las cárceles, prevenidos por el principio del panóptico.

2.° Cuidado religioso, que es constante, con la estancia en la casa de un eclesiástico a cuya vista están siempre los presos.

3.° Largo hábito de obediencia, de templanza, de tranquilidad, de limpieza y de industria, contraído bajo el régimen del principio panóptico.

4.° Responsabilidad mutua entre los habitantes de una misma celda.

5.° Buenos efectos de la amistad, que debe resultar de esta asociación prolongada.

6.° Influencia de la limpieza corporal sobre lo moral.

7.° Domingo dedicado a toda especie de instrucción que no sea contraria a los usos religiosos.

Precauciones tras la liberación de los presos

1.° Permiso para entrar en el servicio militar, en que basta la disciplina para asegurar su buena conducta.

2.° Permiso para ofrecerse en el servicio a un particular, que dará fianza de la buena conducta del preso o de volverlo a presentar.

3.° Alicientes dados a los maestros para que los tomen a su servicio, así como el derecho de tratar con ellos como con unos aprendices.

4.° Responsabilidad del gobernador por la mitad de la fianza, en caso de que esta falle.

5.° Permiso concedido al gobernador para establecer por su cuenta un panóptico subsidiario que pueda recibir a los presos en los mismos términos que otros maestros.

6.º Prolongación de estancia en la misma casa, en defecto de otros establecimientos de caridad, para aquellos que por falta de industria o de fuerza no hallen quien los reciba.

Restricciones contra el interés personal del gobernador

1.º Obligación del gobernador de publicar todos los pormenores de su administración.

2.º Obligación de recibir a todos los visitantes hasta un cierto número al mismo tiempo.

3.º Obligación de dar, a horas señaladas, una cantidad de alimento según la necesidad del preso.

4.º Prohibición de otro castigo fuera del de la soledad, sin que preceda la decisión de personas designadas por la legislatura para los casos extraordinarios.

5.º Cualquiera otra restricción sería muchas veces dañosa, y seguramente superflua para el interés del gobernador en la conservación de sus presos, a causa de la suma que tiene que pagar por la muerte de cada uno.

Otros usos del principio panóptico

1.º Aplicación de este principio general a todos los casos en que un gran número de hombres debe estar constantemente bajo la inspección de unos pocos, sea para el simple encierro de las personas acusadas, sea para el castigo de los culpados, sea para reformar a los malos, sea para forzar a los perezosos al trabajo, sea para facilitar la asistencia de los enfermos, sea para hacer fácil la enseñanza y llevar el poder de la educación a un punto inconcebible a día de hoy.

2.º Establecimientos a los que, por consiguiente, es aplicable: I) casas de seguridad; II) cárceles; III) casas de corrección; IV) casas de trabajo; V) hospitales; VI) manufacturas; VII) escuelas.

3.º Suficiencia de un solo hombre de confianza para estos establecimientos, por grandes que sean.

Comentario

Hace muchos años que la humanidad, excitada por la filosofía, no deja de clamar a los gobiernos por la reforma de las prisiones, y sus clamores no han sido totalmente en vano, pues no puede negarse que algo ha mejorado la

suerte de los presos; pero esta mejora, que aún se debe más al celo bienintencionado de los particulares que al cuidado de los jefes de la sociedad, está muy lejos de lo que podría ser. Las cárceles son todavía unas sentinas de corrupción física y moral, que exhalan a veces un mefitismo que lleva las enfermedades y la muerte a unas largas distancias de ellas. El hacinamiento de tantos infelices encerrados en un recinto estrecho y sin ventilación, su desaseo, su desnudez, su escaso y malsano alimento: solamente por una especie de prodigio todo esto reunido puede no producir una infección general y mortífera. Nadie, sin exponerse mucho, puede acercarse a socorrer y consolar a estas víctimas desgraciadas de la indolencia inhumana de los gobiernos; y no es solo el bueno y generoso Howard el que, después de haber sido el apóstol de las cárceles, ha muerto mártir de ellas.

Si la atmósfera física que se respira en las prisiones es pestilente para los cuerpos de los presos, no lo es menos para sus almas la atmósfera moral, si me es lícito servirme de esta expresión. No pudiendo emplear el tiempo en ocupaciones honestas, lo pasan instruyéndose mutuamente en la ciencia del delito; cada preso presenta los avances que ha hecho en ella como un título a la consideración y respeto de sus compañeros, y el que no era más que estudiante o aprendiz cuando entró en la cárcel, sale de ella maestro consumado y con vivos deseos de saber si la práctica corresponde a las teorías que ha aprendido

en aquella escuela de perversidad y en las lecciones de los maestros más sabios. Este inconveniente es más de bulto en las cárceles destinadas a custodiar presos que aún no han sido condenados, entre los cuales hay muchos inocentes, porque hay muchos que serán absueltos, y será un milagro que estos conserven algún tiempo su inocencia en una sociedad de malvados de toda clase.

Así pues, el filósofo filantrópico que halle el modo de construir una prisión exenta de estos inconvenientes y los gobiernos que adopten sus ideas serán acreedores del reconocimiento y de las bendiciones del género humano. Bentham cree haber hallado este modo, y probablemente no se equivoca; pero, para tener una seguridad absoluta de ello, sería necesario que su plan se hubiese puesto en ejecución, lo que todavía no ha ocurrido, a pesar de que lo han aprobado y adoptado los gobiernos de Inglaterra y Francia. El panóptico de nuestro autor reúne a su parecer la seguridad, la salubridad, la comodidad, la economía y la facilidad de corregir el carácter y los principios morales de los presos, es decir, de quitarles la voluntad de volver a delinquir; y un plan que presenta tantas ventajas ¿no merecería la pena que se probara? ¿No sería mejor gastado el dinero que se aplicase a este objeto que el que se emplea en las magnificencias inútiles de una corte? De lo que se gasta a veces en construir un palacio que nunca o rara vez ha de habitarse sobraría dinero para hacer muchos panópticos.

Dice Bentham: «Una prisión debe ser una casa en que vivan privados de su libertad ciertos individuos que han abusado de ella, para que ellos no cometan nuevos delitos y los otros se abstengan de imitarles por el terror del ejemplo; y es, al mismo tiempo, una casa de corrección, donde debe trabajarse para reformar las costumbres de los presos, para que cuando recobren la libertad no sea este acontecimiento una desgracia para la sociedad y para ellos mismos».

Esta definición hace ver que Bentham solamente habla de las cárceles en que se encierra a personas ya condenadas por sus delitos, y no de las prisiones en que son detenidos hasta ser juzgados ciertos individuos que han dado motivo a que se sospeche de ellos por delincuentes y se examine su conducta, es decir, habla de la cárcel que es una pena y no de la que es solamente custodia; pero muchas de las reglas que él aplica a la primera clase de prisiones pueden aplicarse a la otra.

Hay, sin embargo, una diferencia muy notable entre ellas, y es que las últimas no tienen otro objeto que el de asegurar y tener siempre a la disposición de la ley y del magistrado a ciertas personas de las cuales hay motivo para recelar la fuga y de ahí se sigue que, en ellas, no debe tratarse al preso como condenado ni hacerle sufrir pena ni incomodidad alguna que no sea necesaria para su seguridad y para mantener la vigilancia de la disciplina y la policía de la prisión. La humanidad exige también que a los presos de esta clase se

les procuren todos los alivios, todos los consuelos y todas las comodidades que sean compatibles con la seguridad: que se les vista con ropas cómodas y limpias, aunque groseras; que se les provea de un alimento abundante y sano, aunque común y de poco precio; que sus encierros sean espaciosos y bien aireados; que tengan una cama aseada en la que puedan descansar; que se les proporcione algún ejercicio corporal propio para conservar su salud y sus fuerzas; e incluso que se les permita divertirse en pasatiempos honestos.

Como no sería justo forzar a estos presos a trabajar por cuenta de otro, no pueden ser mantenidos por un empresario aplicándoles el producto del trabajo y es preciso que los mantenga el gobierno, o más bien la caja de indemnizaciones, o de aseguración, de la que hemos hablado anteriormente. La experiencia demuestra que no puede fiarse enteramente el trato de los presos a los carceleros, hombres en general duros y que, a fuerza de ver padecer y de ser instrumentos de dolor, han perdido toda sensibilidad. En España, las cárceles son visitadas por los jueces dos o tres veces al año; pero estas visitas son una pura ceremonia que nada remedia. Los jueces se fijan en una sala donde se presentan los presos que lo piden y, si los reclusos no son muy imprudentes, se guardarán muy bien de quejarse del carcelero, de quien depende absolutamente su suerte; pues la visita no se repetirá hasta después de pasado mucho tiempo. En lugar de estas visitas pomposas, insignificantes

y periódicas, que el carcelero sabe cuándo ha de recibir, y para las que por consiguiente está preparado, podrían establecerse unas visitas diarias sin hora fija que se harían alternativamente por un individuo del tribunal —allá donde hubiese un tribunal colegiado—, de manera que ésta fuese una obligación muy sagrada de la magistratura: el juez escucharía en secreto a los presos y hallaría mil medios para remediar sus justas quejas sin comprometerlos; escucharía también al carcelero y castigaría correccionalmente al preso que alterase la tranquilidad y el buen orden en la prisión, porque el carcelero no debería estar autorizado para imponer estos castigos.

Si se piensa que estas visitas serían una ocupación demasiado penosa para los jueces, nada es más fácil que formar una junta compuesta de cierto número de personas respetables del pueblo, dos de las cuales visiten diariamente las cárceles, alternando por meses o por semanas. En todos los pueblos de cierta dimensión, se hallan algunos habitantes honrados que viven sin necesidad de aplicarse sin interrupción al trabajo, y de estos y de eclesiásticos, principalmente párrocos que el pueblo mira con respeto y en quienes tiene confianza, deben componerse estas juntas. Y, para contentar el amor propio de los individuos que las compongan y sacar partido de la vanidad, pasión muy natural al hombre, pueden ser un instrumento muy útil en las manos de un legislador que sepa servirse de él. Los magistrados los tratarían con mucha consideración, escu-

chándoles siempre que quisiesen hablarles, y les conferirían cierta autoridad sobre los empleados en la policía de las prisiones; e incluso convendría tal vez reservarles un lugar distinguido en las funciones y ceremonias públicas: ¿quién sabe el partido que un administrador filósofo y prudente puede sacar de la vanidad bien manejada? No hay una pasión por la cual pueda gobernarse y conducirse al hombre más fácilmente y a menos costa: las cosas que se hacen por una cinta, una cruz, un título vano y un tratamiento insignificante son una buena prueba de la fuerza del resorte moral de la vanidad.

Yo conozco algunas juntas de estas, establecidas con feliz éxito para el cuidado de los hospitales, ¿y por qué estos mismos cargos aplicados a las cárceles no producirían los mismos efectos? Los «diputados» (llamémosles así) visitarían las prisiones a horas en que no fuesen esperados; asistirían a las comidas de los presos; supervisarían sus ropas, sus camas y sus ejercicios; y cuidarían de que en todo hubiera mucha limpieza, sin la cual no puede conservarse la salubridad; escucharían en particular las quejas de los desdichados y, cuando las hallasen fundadas, pasarían la noticia al magistrado, activarían sus procesos, intercederían por ellos, solicitarían a su favor la conmiseración pública y los consolarían y sostendrían en su miseria por todos los medios que inspiran la religión y la humanidad; procurarían que se ocupasen en un trabajo compatible con la seguridad y disciplina de la cárcel; y cuidarían de

que el producto de este trabajo, que debería ser voluntario, se invirtiese en beneficio del que lo hubiese llevado a cabo. No sé si me hago ilusión, pero me parece que estas juntas bien organizadas —y que yo no hago más que bosquejar— mejorarían mucho el estado de las prisiones y las purificarían de la infección física y moral que hoy reina en ellas.

Tal vez todos los principios del panóptico de Bentham no podrían aplicarse a las cárceles de pura custodia que deben estar dentro de las poblaciones y cerca, cuando se pueda, del lugar en que el tribunal tiene sus audiencias, porque es necesario que los presos se presenten frecuentemente a los jueces. Pero podrían ponerse en práctica muchos de aquellos principios y, sobre todo, sería muy conveniente la división de clases que Bentham propone para su panóptico. El recinto debe estar aislado y fuera de la población, pero, para hablar con conocimiento acerca de su forma y construcción, sería preciso tener a la vista un plano de él, sin el cual se presentan algunas dificultades sobre la ejecución del edificio que a primera vista parecen invencibles, y que seguramente no lo serán para un hábil arquitecto: Bentham las tuvo todas presentes y podemos fiarnos de sus luces.

Lo esencial es que el edificio esté construido de modo que el jefe de la casa, sin moverse de su habitación, tenga a la vista a todos los presos y a sus empleados subalternos que cuidan de ellos. Solo esto ya previene hasta de

la idea de evasión, porque para que un preso pueda evadirse de la prisión es necesario que pueda trabajar un cierto tiempo sin ser observado; previene también de todo desorden en la cárcel y asegura el castigo del que intente violar la disciplina, pues un delito no puede dejar de ser conocido desde el momento en que empiece a ejecutarse; proporciona que pueda continuamente velarse por las ocupaciones de los presos; asegura que nada les falte y que sean bien tratados por los sirvientes de la prisión, que están siempre a la vista del jefe, igual que los presos. Hacer que la inspección se extienda a cada preso, a cada instante de su vida y a cada punto del espacio que ocupa es el problema importante, cuya solución ha creído hallar nuestro autor en su panóptico. Los pormenores relativos a la limpieza, a la ventilación, a la comodidad de los presos en todas las estancias, y a la comunicación de ellos entre sí y con el alcaide y sus subalternos, tocan a los arquitectos, y Bentham ha consultado a muchos que le han asegurado la posibilidad de la ejecución de su proyecto: lo que toca al legislador peculiarmente es arreglar la administración interior de estas casas de corrección, y ahora vamos a tratar de esto.

Hemos dicho en su momento que el doble objeto de la pena es quitar al delincuente el poder o la voluntad de volver a delinquir, y hacer con el terror del ejemplo que otros se abstengan de imitarles; y, puesto que la prisión es una pena, debe cumplir estos dos objetos. Hemos dicho también que toda

pena que no es necesaria para producir estos dos efectos, y que hemos llamado «dispendiosa», es un acto de crueldad y de violencia, y no de justicia, y que no debe hacerse sufrir a un delincuente ni un átomo de dolor que no sea necesario.

Estos principios son la base de la administración de una casa de corrección, en la cual deben evitarse cuidadosamente los dos extremos opuestos de la indulgencia y de la severidad; porque si la indulgencia es demasiada, la prisión dejará de ser una pena contra la intención de la ley; y si lo es la severidad, el preso padecerá más de lo que la ley ha querido que padezca. Deben, pues, mantenerse entre los presos la decencia, la salud y la limpieza que tanto contribuye a esta; no debe privárseles de las comodidades y goces de los que su estado es susceptible, sin ir contra el objeto del castigo: a los que solamente han sido condenados a una prisión temporal, conviene proporcionarles medios para subsistir honradamente cuando sean puestos en libertad; y, por último, es esencial que todo esto se haga por medios económicos.

Bentham establece tres reglas: una de dulzura, según la cual no debe obligarse a un preso a trabajos o fatigas corporales que perjudiquen a su salud, porque esto sería imponerle la pena de una muerte lenta y prolongada, más dolorosa que una muerte pronta, contra la intención del legislador, que solamente ha querido condenarle a una pena menos grave. Esto es aplicable

tanto a la prisión perpetua como a la temporal; el objeto de la primera es quitar el poder de delinquir a un delincuente que se tiene por incorregible; el de la segunda es quitar la voluntad de delinquir a un individuo susceptible de corrección; y todo lo que se haga sufrir a los presos más de lo necesario para llenar estos dos objetos, cada uno en su caso, es una crueldad enteramente gratuita, puesto que no puede servir ni para el ejemplo.

La regla de severidad exige que no se haga gozar a un preso de más comodidades en la prisión de las que gozaría en su casa no habiendo delinuido; porque esto sería presentar a los pobres, a cuya clase pertenecen ordinariamente los delincuentes de cierta especie, un aliciente para delinquir. Regla general: el delincuente condenado a prisión debe estar en ella peor de lo que estaría en su casa habiéndose conservado inocente, con tal de que esto no perjudique a su salud. Finalmente, la regla de economía prescribe que no se haga gasto alguno, ni se deje perder ganancia alguna por puros motivos de indulgencia o de severidad; ¿pero cómo puede asegurarse la economía en estos establecimientos? Como se asegura en los establecimientos particulares, poniéndolos bajo la dirección y vigilancia del interés individual.

Bentham compara aquí las ventajas y los inconvenientes de ambos modos conocidos de administración, el uno por contrato y el otro de confianza, y se decanta fuertemente por el primero. Si solo se trata de la economía, y de

la sencillez y facilidad de la administración, todo el mundo será de su dictamen; pero si se ha de tener también en cuenta el bienestar de los presos, este tendrá muchos detractores; y si yo no soy uno de ellos, tampoco me atrevo a tomar decididamente el partido contrario. No he visto casa alguna de corrección o de trabajo administrada por contrato; pero he visto un hospital administrado por este método, donde los desgraciados enfermos eran víctimas de la codicia inhumana del empresario. También era libre para todo el mundo la entrada en este hospital, como debería serlo en el panóptico; también el público censuraba las operaciones inhumanamente mercantiles del empresario; pero a este le importaba poco la censura y solo trataba de enriquecerse a costa de la humanidad doliente. El medio de hacer pagar al empresario del panóptico una cantidad por cada preso que le falte es más ingenioso y seductor que sólido, porque el hombre puede sufrir mucho y no morir; un colono americano, dueño de un ingenio de azúcar, tiene sin duda un grande interés en que sus negros no mueran y, sin embargo, los agobia con trabajos excesivos y malos tratamientos; y, del mismo modo, el empresario del panóptico no mataría a sus presos, pero, sin matarlos, podría hacerlos padecer mucho. Claro está que la publicidad, que da las cuentas del establecimiento y de los gastos y ganancias del empresario, no remedia este inconveniente. Porque ¿quién podrá asegurar la legalidad de las cuentas cuando nadie interviene las

entradas y las salidas de caudales? Podría haber unos celadores que visitasen frecuentemente las prisiones y velasen por la conducta del empresario; pero si estos celadores fueran pagados, ocasionarían un gasto contrario a la regla de la economía; y si fueran gratuitos, ¿por qué no podría aplicárseles lo que Bentham dice de los administradores de confianza?

Yo preferiría este último modo de administración, poniendo al jefe de la casa bajo la vigilancia de una junta compuesta como antes he dicho, a la cual tendría que rendir cuentas. La junta podría nombrar a un empleado que cuidase únicamente de los trabajos de los presos, asignándole un tanto por ciento del producto de estos trabajos para interesarle en ellos. Este empleado no podría agobiar a los presos con una tarea excesiva, porque temería al inspector y a sus dependientes, que podrían dar noticia de ello a la junta; y el inspector y este empleado, que podría llamarse «veedor», serían celadores uno del otro y se temerían mutuamente.

Las prisiones de Filadelfia, que son las mejores que hoy se conocen, se administran por el método de confianza; y lo que los cuáqueros hacen en ellas ¿por qué no podrían hacerlo otros hombres sensibles y bienhechores que se hallan en todas las religiones, porque, por fortuna de la humanidad, la virtud no está vinculada a una sola secta, aunque sea la más pura y respetable? Por otra parte, las especulaciones mercantiles sobre desdichados presentan no sé

qué de indecente y de inhumano que hace que el público las mire con horror, y que desprecie a los que se enriquecen en ellas como personas en quienes la codicia es superior a la del resto de la humanidad.

La división de los sexos en el panóptico, necesaria por la honestidad y las costumbres, y aunque en la memoria no se nos explican pormenorizadamente los medios para ejecutarla, no es difícil de concebir poniendo las celdas de las mujeres en el lado opuesto de las de los hombres, y dirigiendo desde el edificio central algunos tabiques interpuestos entre las habitaciones de las mujeres y de los hombres que, por este medio, solamente podrían verse de lejos en aquellos días de fiesta en que se abriese la capilla. Para evitar todo lo que podría ser contrario a la decencia, parece que no podría haber inconveniente en que las mujeres fuesen servidas inmediatamente por mujeres, como se hace en los hospitales; y, por otra parte, la inspección continua y una buena disciplina establecida en la casa bastarían para prevenir toda especie de desorden.

La separación de los presos en clases o pequeños grupos en el interior de la prisión es algo más difícil de conseguir, sin ser menos necesario; porque el amontonamiento de todos los reclusos sin distinción de edades y de delitos produce en ellos una corrupción general en lo físico y en lo moral; y, por otro lado, la soledad absoluta es un tormento insoportable que, al cabo de algún tiempo, conduce a la desesperación y al suicidio, consecuencias de

ella. Nada prueba tan bien que el hombre es nacido para la sociedad como lo que padece en un estado de aislamiento absoluto. Una soledad de algunos días puede producir efectos saludables para la corrección del condenado, pero prolongada por mucho tiempo no hay tormento con el cual compararla.

A las observaciones del bueno de Howard, puedo añadir las de un antiguo alcaide de la Inquisición,

... todos los presos que entran en las cárceles secretas del Santo Oficio se muestran muy contentos los primeros días al ver el buen trato que reciben en ellas, y creen que sin violencia podrían pasar muchos años en aquella situación que tiene, a primera vista, muy poco de desagradable; pero ninguno he visto que sufra con paciencia un mes de privación de toda sociedad.

En ninguna cárcel son tan bien tratados los presos como en las de la Inquisición: no hay grilletes, no hay cadenas; cuartos bastante espaciosos y ventilados; buenos alimentos, una cama cómoda y limpia, ropas convenientes, asistencia cuidadosa en las enfermedades; de nada que sea necesario, ni aun solamente cómodo, se les deja carecer, con tal que no sea incompatible con la seguridad y el secreto de la prisión, y en esta parte se ha calumniado al Santo

Oficio, a quien parecía imposible poder calumniar por mucho mal que se dijese de él, pues, a pesar de esto, en ninguna otra cárcel han sido tan frecuentes los suicidios, la desesperación y aquella tristeza profunda que conduce a la locura o a la insensibilidad y el abatimiento total de las fuerzas.

Resta, pues, que los presos sean divididos en clases o pequeños grupos, poniendo en un cuarto a dos, tres o más, y en esta clasificación se tendrá consideración a la edad, al carácter, a la moralidad, a la tipología de los delitos, e incluso al género de trabajo en que han de ocuparse los reclusos, pues hay ciertas tareas que exigen la concurrencia de más personas que otras. Un alcaide observador apenas podrá equivocarse en esta operación, y cuando lo haga será muy fácil corregir luego el error antes de que pueda ser muy perjudicial, pues la conducta de todos los presos estará siempre a su vista. A mi parecer, convendría que los condenados a prisión perpetua no se mezclasen con los que solamente lo están temporalmente, porque los primeros tienen menos motivos para aplicarse al trabajo y corregirse que los segundos.

Los trabajos en una cárcel deben ser lo más variados que sea posible, alternando los sedentarios con los laboriosos, porque la uniformidad fastidiaría a los presos y les haría caer en una melancolía sombría que conduce a la desesperación. Pero la variedad de ocupaciones los distraerá de la idea de su situación, y, así, el trabajo, en vez de ser una pena para ellos, será un

alivio y una recompensa, además de que, correspondiendo a ellos una parte de lo que ganan, este interés les hará aplicarse a este quehacer y desearlo de modo que la ociosidad sea mirada como un castigo.

Cualquier tipo de trabajo que pueda hacerse en una prisión, sin exponer la seguridad de ella, es bueno para los presos; pero ciertas tareas no serían obligadas: las que exigen algún esfuerzo extraordinario nunca se harían bien por la fuerza y, para esto, las recompensas siempre producen mejores efectos que los medios coercitivos. En aquellas labores en las cuales es necesario servirse de herramientas que fácilmente pueden convertirse en armas homicidas, no se ocupará a aquellos presos de quienes puede recelarse que hagan mal uso de ellas, porque podría suceder que un malhechor condenado a prisión perpetua prefiriese la muerte al encierro y que, para lograrla, se la diese a otro. Las mujeres trabajarán en labores propias de su sexo y, si no las saben, podrán aprenderlas de otras en la prisión.

Los trabajos no se interrumpirán más que durante el tiempo de las comidas, que se servirán a los presos en sus celdas y serán abundantes y suficientes para saciar su apetito, aunque compuestas de alimentos poco variados, baratos y los más comunes y simples, aunque sanos. Sobre esto no pueden darse reglas generales y fijas, pues deben dictarlas las circunstancias locales; pero, por lo general, el arroz, las patatas, las habas y otras legumbres farinosas serán

los alimentos ordinarios de los presos. Al que con lo que gana para sí quiera comer mejor, no se le estorbará; e incluso en ciertos días del año podrían servirse ciertas comidas mejores que las diarias a todos los que han trabajado con aplicación, excluyendo de ellas a los holgazanes y a los que han incurrido en alguna otra falta digna de este castigo. Yo no veo inconveniente en que en tales días se les diese también un poco de vino flojo, donde sea abundante y barato, dando por supuesto que los presos no podrían abusar de esta indulgencia, porque las raciones serían muy moderadas y se distribuirían y consumirían a la vista del inspector. Un pequeño vaso de vino de vez en cuando podría ser una excelente recompensa para el preso que se hubiese distinguido en el trabajo o en la buena conducta, y el gasto que ocasionasen estos regalillos sería bien recompensado por el aumento de aplicación y, por consiguiente, de producción. Lo que Bentham ha dicho en otra parte sobre el padre de familia puede aplicarse a un inspector que tiene a su disposición un fondo inagotable de penas y recompensas; porque apenas hay una concesión para la que no pueda darse un premio o hacerse una privación que no pueda convertirse en un castigo, que es la gran ventaja que tiene el gobierno doméstico sobre el gobierno civil.

Los vestidos de los presos deben ser pobres y de telas bastas, pero limpios y que no molesten. Bentham quiere que presenten alguna señal de humilla-

ción; y la idea de hacer las mangas desiguales es, sin duda, muy ingeniosa. La limpieza debe cuidarse mucho en una prisión, no solo por lo que contribuye a la salud física de los presos, sino también por lo que puede aportar a su reforma moral. Acostumbrándose a respetar la decencia hasta en las cosas más pequeñas, y que parecen menos importantes, se cumple una especie de proverbio que afirma que la limpieza del cuerpo indica la pureza del alma. Un ejercicio moderado también es necesario para conservar la salud, y el que ha imaginado Bentham reúne todas las circunstancias que pueden ser apetecibles. Como una persona no puede continuar este ejercicio durante muchas horas, tres o cuatro ruedas en una prisión bastarían para ejercitar alternativamente a todos los presos; además, el inspector conocería fácilmente a los que tuviesen más necesidad de ejercicio y los dedicaría con preferencia a este trabajo destinado a dar movimiento a máquinas útiles en las manufacturas. Los reclusos mismos deben barrer todos los días, y a cierta hora, los cuartos y galerías de la prisión, sacando la basura hasta un sitio determinado; y por estos medios las cárceles dejarán de ser unas mansiones infectas y asquerosas, y las personas más delicadas podrán visitarlas sin repugnancia. En este punto, no es necesario encargar el cuidado al inspector y sus subalternos, porque, como han de vivir en la misma prisión, tienen el mismo interés que los presos en la limpieza y en respirar un aire sano y agradable.

El domingo es un día de descanso de trabajos materiales y debe aprovecharse para la instrucción de los presos, que, después de haber oído las lecciones de religión y de moral que les dará un capellán, podrán aplicarse a adquirir los conocimientos para los cuales sientan más inclinación y talento: al dibujo, a la música, a la aritmética, a la lectura variada, etc., permitiéndoseles también divertirse con juegos inocentes, la pelota o las bochas, por ejemplo, para los que pueden haber en la casa espacios destinados, sin perjuicio de la inspección continua. Existen también muchos entretenimientos que se practican sobre una mesa, a manera de billar, y me parece que sin inconveniente podría hacerse uso de ellos en las casas de corrección; aunque en estos por menores debe dejarse mucho margen a la prudencia de un inspector.

En una prisión, por muy buena y exacta que sea la disciplina en ella, siempre se cometerán faltas que deben ser castigadas con penas análogas y proporcionadas a su gravedad: un gritón insoportable e insultante sufrirá la mordaza; un holgazán no comerá hasta que haya acabado su tarea; no obstante, por ligeros que parezcan estos castigos, no podrán imponerse si no es en presencia y con la autoridad de un magistrado que oirá al inculcado y examinará los cargos y las pruebas que contra él se presenten. El inspector solamente podrá aplicar a un recluso turbulento y peligroso la pena de la soledad absoluta por pocos días, y esto incluso con la reserva de dar parte al magistrado; porque hasta la

sombra de la injusticia y de la arbitrariedad debe desterrarse de una casa de corrección y de penitencia. Por fortuna, no pueden multiplicarse mucho las faltas en un panóptico, en que los habitantes están siempre a la vista del jefe y de sus dependientes; y, por otra parte, la responsabilidad mutua, que extendida a todas las clases de los ciudadanos sería una medida absurda, es muy saludable cuando se reduce a los habitantes de una celda en un panóptico, donde por lo menos no se corre el riesgo de castigar a un inocente, puesto que es imposible que se cometa una falta en una celda sin que la conozcan todos los que la habitan, y el silencio solo es una culpa.

Es de creer que un hombre que ha pasado cierto tiempo en una casa de penitencia organizada y dirigida como acabamos de decir saldrá de ella corregido y hecho un hombre nuevo, y que, además, habrá aprendido un medio de vivir honradamente en libertad; pero, para no exponerlo a las tentaciones de la miseria —la más fuerte de todas las tentaciones—, convendrá que al salir de su encierro tenga variedad de destinos o trabajos entre los que escoger; porque no todas las tareas y todos los destinos convienen indistintamente a todos los hombres, jóvenes o viejos, robustos o enfermizos. Por ejemplo, un viejo no puede destinarse al servicio de tierra ni al de mar, ni puede transferirse con ventaja a una colonia, y con dificultad encontrará un particular que quiera recibirlo por criado y responder de él.

Para casos semejantes, es excelente la idea de un panóptico subsidiario, donde todos los que salen del panóptico de corrección puedan hallar un trabajo proporcionado a sus circunstancias; aunque no sería justo forzar a ninguno a que entrase en él, porque un delincuente que ha sufrido la pena que le ha impuesto la ley ha satisfecho ya completamente la deuda que, por su delito, había contraído con la sociedad y recobra todos los derechos que había perdido y de los cuales gozan sus conciudadanos. Forzar a este hombre a encerrarse en el panóptico subsidiario, por muy suave que sea su disciplina, siempre sería privarle de su libertad y prolongar su castigo contra la intención de la ley.

Tampoco creo que sea justo obligar a un preso que ha cumplido su tiempo de reclusión a dar una fianza, si la sentencia de condenación no le obliga a hacerlo; porque la obligación de dar fianza es una pena; y una pena que no está expresada en la sentencia es un acto de violencia. El inconveniente será aún mayor si la fianza ha de darse a satisfacción del empresario, en el caso de que la prisión se administre por contrato, puesto que, entonces, si el que ha cumplido su condena es un trabajador aplicado y útil al empresario, nunca hallará una fianza que contente a este último.

En el panóptico subsidiario entrarán pues solo los que quieran entrar y en el servicio de tierra o de mar se alistarán solo los que quieran alistarse, así como no quiere Bentham que se fuerce a ninguno a pasar a las colonias, y no

veo que haya más razón para lo uno que para lo otro, pues cualquier fuerza es una pena o es un acto de violencia. Convendrá, sin duda, aconsejar mucho al preso que recobre la libertad acerca del partido que debe tomar y presentarle los medios honrados para vivir entre los que puede escoger; pero no debe forzársele a tomar uno determinado. La policía velará por él y, si le ve ocioso y sin medios conocidos de existencia, le destinará a alguno de los establecimientos que debe haber para recoger a estos holgazanes vagamundos y peligrosos. Los viejos y enfermos imposibilitados de trabajar serán tratados como los demás pobres que se hallan en este caso.

Esta bella memoria concluye con un resumen de lo que se ha dicho en ella, que sirve para recordar al lector con pocas palabras todo lo que ha leído. Se expresan los objetos que deben llenar la construcción del panóptico y aunque en esta parte se presentan algunas dificultades, es de creer que todas se desvanecerían a la vista de un plano del edificio; se enumeran todas las ventajas que deben nacer del panóptico; se dan las reglas para su administración interior, tanto en lo que toca a los trabajos como en lo que afecta al tratamiento de los presos; y, por último, se hace ver que la idea es aplicable, no solamente a las casas de corrección, sino también a todos los establecimientos en que un gran número de individuos deben estar bajo la vigilancia de pocos, como hospitales, escuelas, fábricas, etc. Solo queda desear que un

gobierno filantrópico adopte y ejecute el plan, que no es más que para aquellas casas de corrección en que hayan de encerrarse muchos presos; porque aquellas prisiones en que haya de haber pocos, como las de Filadelfia, pueden construirse y gobernarse por otros principios que den el mismo resultado.

El principio panóptico puede ejecutarse así tanto en las prisiones de pura custodia como en las de corrección o penitencia y solamente se tendrá presente que los presos en las primeras no deben aún ser tratados como delincuentes, pues, mientras se examina si lo son o no, tienen derecho a ser reputados inocentes; y, así, sería injusto sujetarlos a una pena o a otras incomodidades aparte de las que exige la seguridad de unas personas que han dado justo motivo para que se desconfíe de ellas, y se trate de averiguar su conducta. Los detenidos en las prisiones de corrección están, por otro lado, ya condenados a una pena y deben sufrirla. Todos, sin embargo, son unos seres desdichados y acreedores por este título a que se les trate con toda la dulzura que sea compatible con el objeto de su prisión, y a que los gobiernos tomen en su suerte más interés del que hasta ahora han tomado.

Anexos

El informe y el apéndice han sido extraídos de la obra de Jacobo Villanova y Jordán: *Aplicación de la Panóptica de Jeremías Bentham a las cárceles y casas de corrección de España*, Imprenta de D. Tomás Jordán, Madrid, 1834, tomando como referencia la edición de La Piqueta (1979).

ANEXO 1

INFORME

Que sobre el primer original de esta obra dirigió
a S. M. la Sociedad Económica Matritense en el año 1820

«Excmo. Sr.: Con Real Orden de 16 de mayo de 1819, se pasó por la Secretaría del despacho de Estado a examen de la Sociedad Económica Matritense¹ una traducción apendizada de la obra de Bentham sobre casas de reclusión, acompañada de un modelo panóptico trabajado con mucho esmero. La obra fue escrita en inglés por el jurisconsulto Jeremías Bentham, traducida al francés por Dumont y, últimamente, al castellano por Don Jacobo Villanova y Jordán,

¹ La Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País es una institución filantrópica de la Ilustración creada por Carlos III en 1775 en Madrid. Estas sociedades surgieron en la segunda mitad del siglo XVIII en España —aunque también existieron en otros países europeos, como Irlanda o Suiza— y su pretensión era difundir las nuevas ideas y conocimientos científicos y técnicos de la Ilustración. En España permanece activa en la actualidad.

que la ha aumentado con un apéndice muy interesante y notas muy oportunas. La Sociedad, sin detenerse en prodigar elogios ni recomendaciones, manifestará su dictamen con alguna detención.

Propúsose el autor discurrir sobre el modo de guardar los presos con mayor seguridad y economía, consultando al mismo tiempo a su reforma moral con el auxilio de nuevos medios para asegurarse de su conducta dentro de la cárcel, y ocurrir a su subsistencia posterior.

Pensó con acierto que el plan se realizaría a beneficio de una simple idea de arquitectura, dando a un hombre solo tal poderío de vigilancia que exceda a las fuerzas reunidas de un gran número de personas que hasta el día se ocupan inútilmente en esto.

Propone que el edificio sea un círculo, y su punto céntrico un torreón desde donde puedan inspeccionarse las operaciones de todos, sometiendo a centenares de hombres a la dependencia de uno que presencia universalmente el circuito del departamento.

La idea general ya presentada era muy a propósito para que, con otras pocas subalternas, diese un sistema excelente de cárceles grandes, casas de corrección, hospitales generales y otros cualesquiera establecimientos en que hayan de vivir muchas gentes reunidas; porque donde se inspecciona con tal universalidad —o sea, donde a todos giros se registra cuanto pasa dentro—,

si el inspector tiene interés en cumplir con su deber, son casi imposibles los desórdenes. A veces, convendría que el inspector no pudiese ser visto por los inspeccionados y que los jefes del inspector mismo le celasen de secreto cuando por bien tuvieran hacerlo; y, a veces, no serían necesarias estas precauciones. Las salas, cuartos o celdas donde, reunidas o separadas, hubiesen de estar las personas para quienes fuese el establecimiento, habrían de tener descubierta su parte interior, con mayor o menor seguridad según el objeto, para dejar franco el paso a la vista del inspector y que éste pudiese registrar cuanto allí se hiciera. Así, quedarían bajo su vigilancia hasta los subalternos en el desempeño de sus funciones; se excusarían visitas, rondas y requisas, casi siempre infructuosas; no se mortificaría injustamente a nadie; se quitaría hasta la esperanza de poder conseguir cualquier designio de alboroto o fuga; y, añadiendo al edificio muy pocas cosas, se convertiría, según los principios del autor, en una especie de fortaleza que proporcionase la fuerza necesaria para repeler los ataques hostiles exteriores en caso de incursión.

Es hermosa a la verdad la pintura de este plan donde todo se combina y que, sobre las ventajas de la limpieza, de la ventilación y de la comodidad, tiene cuantos medios de seguridad quiera dársele. Pero todo sería poco si su sabio autor no hubiese meditado acerca del modo de mantener en ejercicio el resorte de todas nuestras acciones, excitando en todas un interés permanente,

modificado de modo que los goces y las comodidades sean proporcionados a la situación, sin pasar más allá de lo indispensable para mantener la salud y el bienestar físico; porque todo establecimiento que ofreciese a los individuos vida más cómoda que la correspondiente se convertiría en objeto de conveniencia. ¡Cuántos hombres exponen su salud por la indiscreta admisión universal que encuentran en los hospitales! La experiencia empuja a creer que, por aborrecimiento del trabajo, apetecen algunos holgazanes la suerte de los presos.

Tendrá interés el inspector de estos establecimientos si los administra por contrato ajustado con el gobierno, entrando en el cálculo el producto del trabajo fabril a que destine a los encarcelados, y será siempre poco para la administración que se desempeñe a sueldo por los empleados que velen por la custodia e industria de los presos.

No es esto decir que los asientos no tengan sus inconvenientes; pero es más fácil prevenirlos que cortar los abusos naturales de la administración pagada, que siempre degenera en estudiar el modo de economizar a costa de privaciones para disminuir las entregas, en beneficio de los sujetos que tienen el manejo.

Otras materias necesitarían más examen para demostrar su utilidad. En la presente, con haber indicado su objeto, está bastante recomendado el mérito

de los dos jurisconsultos que la han discutido, aun cuando no hubiesen sido tan felices en presentarla.

Nunca pudiera ser más necesaria la publicación de esta obra que ahora *cuando está indicada la formación de un nuevo Código criminal* que ha de disponer la reforma de esta parte principal y más sublime de nuestra jurisprudencia; puesto que la bondad de las cárceles debe emanar de las leyes relativas a ellas, y que las nuestras, en el estado en que se hallan, siempre serán lugar de dolor en vez de ser depósito de seguridad y custodia.

De ahí, dimana que, aunque tengamos excelentes leyes y reglamentos que respiren sabiduría y vivos deseos de aliviar la situación de los encarcelados, aquellas se vean ultrajadas y estos no surtan el apetecido efecto.

Nuestro traductor, cuyo Apéndice nada desdice de la famosa Memoria de Bentham, ha tenido facilidad de investigar el estado de las cárceles de Madrid; mas, acaso por moderación, al descubrir sus defectos, no habrá presentado algunos que influyen directamente en la administración de justicia.

Si este informe lo permitiera, se detendría gustosa la Sociedad en descubrirlos. Pero no puede excusarse de indicar los dos más principales, refiriendo primero la antigua disposición de la llamada «Cárcel de Corte».²

² El Palacio de Santa Cruz, también denominado «Cárcel de Corte», es hoy la sede del Ministerio de Asuntos Exteriores, Unión Europea y Cooperación de España. El edificio fue

Este edificio, que se hizo por orden de Felipe IV en el siglo XVII, desde el 14 de septiembre del año 1629 hasta el de 1638, fue dispuesto bajo la regla de una inspección universal, y ya había poco que discurrir para perfeccionar el plan. Sobre la meseta primera de la espaciosa escalera que hoy conserva, estaba la entrada de los presos, y un hombre solo, en la posterior, tenía al alcance de su vista todos los departamentos y todos los presos que existían en la parte alta, en el patio cerrado y en el corralón interior de desahogo. Verdad es que no veía el interior de los departamentos; pero, por medio de tubos, hablaba a todas partes. Mientras la cárcel permaneció así, estuvo bien gobernada y fue admirada por los extranjeros que la visitaban. Después, a fines del siglo pasado, se pensó en convertirla en tribunal, agregando para los presos la casa religiosa de la espalda. Así, de una cosa buena se hicieron dos malas que, a pesar de las composturas y reformas, nunca sirvieron bien para sus respectivos objetos.

En cuanto a la Cárcel de Corte, como está en el día de hoy, nunca dejará de ofrecer proporciones que faciliten la comunicación de los incomunicados y el trato de los dos sexos más o menos escandaloso, más o menos lascivo, pero siempre expuesto a desorden. Mientras sea lícito tener departamento empleado como prisión hasta el reinado de Felipe V, que lo convirtió en palacio para gloria de los Austrias. Asimismo, era la sede del tribunal de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte.

de mayor ensanche por un precio dado, costará mucho a los alcaides evitar los desórdenes de todo linaje que dentro de aquellas paredes se cometen, haciéndose hasta las personas más decentes cómplices, por tolerancia, de cosas indecibles. La construcción de casas panópticas es tanto más necesaria cuanto que casi todas las del reino no tienen ninguna de las calidades que requieren la humanidad y el orden. Bastará en prueba de ello una rápida ojeada sobre el estado que tienen en el día de hoy nuestras cárceles, que es como sigue:

De 1.285 pueblos que componían el distrito de la Chancillería de Valladolid,³ solo había 167 cárceles seguras y saludables, de manera que en 1.118 poblaciones o no hay cárceles o son poco seguras o malsanas, y, casi todas, las unas y las otras, carecen de medios de subsistencia. En el territorio de Granada, apenas llegan a 22 las que gozan de capacidad, regular temple y seguridad; y, aunque hay 491 cárceles, son estrechas, poco seguras y dependen de la caridad. Las de Galicia están en el peor estado. En el reino de Andalucía,

³ Las Chancillerías en tiempos de los Austrias eran dos, la de Valladolid y, posteriormente, la de Granada. La Chancillería de Valladolid fue un tribunal establecido por Enrique II de Castilla en 1371, con competencias sobre todo el territorio de la Corona de Castilla, a excepción de las propias de la Sala de Justicia del Consejo de Castilla. A finales del siglo XV, perdió parte de su jurisdicción al ser creada la Real Audiencia y Chancillería de Ciudad Real, que fue trasladada finalmente a Granada, con la creación de la Real Chancillería de Granada en 1505.

ninguna hay que merezca la aprobación de la humanidad. En Asturias no hay siquiera una que sea segura, ni que tenga medios para sostener a los presos. Las de Extremadura son muy pocas y malsanas. En Aragón, las de Alcañiz y Calatayud y la de la ciudad, en Zaragoza, son buenas en cuanto a seguridad y sanidad; las de las demás capitales son a cual más deplorable, y en los 1.280 pueblos que componen los partidos puede decirse que no hay una cárcel. Apenas tiene el reino de Valencia una prisión segura, sana y dotada. En Cataluña, hay un considerable número de pueblos que no la tienen buena ni mala. Con 45 cárceles cuenta aquel principado saludables y seguras, pero escasean notablemente de fondos para la manutención de sus presos. Por último, en las islas Baleares son peores.

Estas noticias que ha tomado la Sociedad de la respuesta de los fiscales dada en el expediente general sobre cárceles, el 8 de junio de 1818, prestan margen a fijar la siguiente proposición: *La mayor parte de los pueblos necesitan una cárcel, y las pocas que existen exigen reformas y dotación.*

Supuesto este estado, y supuesto que las panópticas sirven para toda clase de cárceles, parece que el defecto actual se remediaría con su establecimiento. Los jurisconsultos Bentham y Villanova presentan como axioma su utilidad y uso, siendo tan aplicables los principios panópticos o de inspección central a las cárceles pequeñas como a las grandes, porque si en una capital

se necesita un *dozágono* de cinco o seis altos, en una villa pequeña bastará con un sexágono de un alto: consistiendo la principal bondad de este plan en la forma del edificio y no en su extensión.

La Sociedad concluye su dictamen recomendando a V. E. el trabajo del benemérito D. Jacobo Villanova y Jordán, porque la Memoria que tradujo es interesante en su objeto y porque el Apéndice y notas que le ha puesto esclarecen la materia y la acomodan a nuestras circunstancias. Sírvasse V. E. fijar su atención por un momento en ese modelo que acompaña a esta exposición, y lo hallará digno de ser elevado a la consideración del Rey, como también la obra de Bentham que, con celo patriótico, ha traducido y apendizado Villanova.⁴

⁴ Consta la aprobación de este informe en el acta de la sesión celebrada por la Real Sociedad Económica Matritense el sábado 10 de junio de 1820.

ANEXO 2
APÉNDICE
Libro primero, capítulo I
Idea del estado actual de las cárceles de España

Si los sentimientos de humanidad fueran incompatibles con las reglas de justicia; si la sociedad, interesada en que ningún delito quede impune, reportase algún provecho de empeorar la suerte del individuo cuya pérdida de libertad le agrega la desgracia de una pena inevitable; si las leyes no reprobasen que las cárceles fueran consideradas bajo otro aspecto que el de unas casas de detención para asegurar a las personas delincuentes o sospechosas; y si las investigaciones del humano Howard no hubieran demostrado lo que son y lo que deben ser casi todas las prisiones de Europa, sería disculpable el estado actual de nuestras cárceles. Mas, desde que varias plumas ilustradas de España, particularmente la del Sr. Lardizábal, ministro del Real Consejo de Castilla, se ocuparon exclusivamente de este asunto y clamaron por la reforma con

eficacia, ningún descubrimiento, ninguna idea útil dirigida a este fin debe mirarse con indiferencia.

No trazaré el cuadro de nuestras cárceles, pero tiraré algunas líneas. El que quiera instruirse en este punto encontrará bastantes motivos de dolor en el *Discurso sobre las penas* de aquel digno magistrado, en el *Estado de las cárceles* de Howard, en las *obras* de Elizondo y Vizcaino, y en la *Práctica criminal* del licenciado Gutiérrez. Repetir lo que estos celosos escritores han dicho con tanta claridad, erudición y buena crítica sería abrir nuevamente la llaga, y retardar su curación. Así, pues, me limitaré a decir con Jeremías Bentham: «Las cárceles son lo que son, porque han sido lo que son».

Los reglamentos de cárceles sancionados por nuestros legisladores están llenos de la mejor intención: todos respiran sabiduría y un vivo deseo de aliviar la situación del preso, poniendo trabas al desorden, y a la codicia de sus guardas. En las Partidas y en la Recopilación, encontramos que ningún alcaide podrá ejercer el oficio de tal sin aprobación de los alcaldes y justicias, debiendo jurar antes que custodiarán bien a los reclusos y observarán las leyes relativas a estos; que no admitirán a ningún preso sin que los alguaciles entreguen una cédula expresiva del motivo del arresto; que, en un libro de registro, apuntarán el nombre de cada recluso que ingrese, el de los alguaciles

que le conduzcan y la causa de la prisión; que los alcaides no podrán almacenar víveres y licores para venderlos a los presos, a quienes se permitirá que se los proporcionen de afuera, siempre que no resulte de ello algún daño o exceso; que en la entrada, u otro paraje público de las cárceles, esté expuesto a la vista de todos el arancel de los derechos que pueden percibir; y que no reciban de los presos otra cosa por vía de dádiva ni en viandas, ni en dinero, ni en alhajas; que a todo preso declarado después inocente se le restituya cuanto fuese suyo, sin desmembración alguna ni costas; que a los pobres no se les exijan derechos de carcelaje; que no se permitan juegos prohibidos, ni se proporcionen aposentos para los permitidos; que, en caso de jugar a los naipes, no sea por dinero y sí solo por cosas de comer.

Para vigilar sobre la policía interior, y escuchar las respectivas quejas de los presos, están ordenadas las visitas semanales de dos ministros del Supremo Consejo de Castilla. A estas disposiciones, se agregan las acertadas medidas acordadas por las Asociaciones de Cárceles, respecto a la limpieza, el alimento, el vestido, las camas, la ocupación, la parte catequística: medidas que hacen honor a sus instituidores y manifiestan el gran fondo de humanidad que abrigan sus corazones benéficos. De modo que nuestras cárceles en su estado actual, comparadas con las de algunas naciones extranjeras, llevan la ventaja.

Mas aunque gocemos por un momento de esta dulce ilusión, ¿han llegado a tener las cárceles de Madrid, ni ninguna otra de España, la perfección de que son susceptibles? ¿Se han obtenido todos los resultados que eran de esperar de la prevención de nuestros legisladores, y de más de cuarenta años de desvelos y fatigas de las asociaciones fundadas por los Excelentísimos Señores Conde de Miranda y Marquesa de Casasola? Estos modelos de filantropía resolverán la cuestión: «hicimos cuanto pudimos —dirán—, pero no cuanto quisiéramos; porque no era posible levantar un monumento sólido y grandioso en un terreno desigual y deleznable». Bien públicos son sus esfuerzos, y bien notorio su pesar de verse al frente de unas casas cuyo plan de construcción es el mayor obstáculo para la reforma a que aspiraban.

En el año 1814, nuestro sensible Rey se dignó a visitar por primera vez las cárceles de Madrid. Entonces aún existían las espantosas *grilleras* en las que habían gemido tantas víctimas.¹ Conmovido su tierno corazón, mandó

¹ Por «víctimas» entiendo no solo a los inocentes, que por haber contra ellos indicios vehementes han sufrido estas duras prisiones, sino también a los mismos criminales negativos a quienes se encerraba en ellas; para unos y otros, era una verdadera pena que casi podía apellidarse «tormento». La *grillera* de la cárcel de Villa era un cuadrángono de poco más de seis varas de diámetro [5 m]; su altura de unas nueve cuartas escasas [1,84 m]; se entraba en ella por un callejón estrecho, corto y oscuro, con una puerta exterior y

demoler al momento aquellos teatros de inhumanidad. Vio los subterráneos sin ventilación, en que con grave perjuicio de la salud y de la moral duermen hacinados muchos hombres, y respiró a duras penas el aire fétido que exhalan. Vio calabozos inmundos, y los grillos y las cadenas. Vio los patios de donde salen al anochecer ejércitos de ratas espantosas que, sin perdonar la habitación del alcaide, disputan a los presos su corto alimento y privan a los más del alimento y del sueño. Vio también, reunidos los reos, al enamorado y al asesino, al deudor y al ladrón, al falsario y al quimerista, a todos sin distinción

otra interior, y el preso quedaba recluido a tan estrecho límite, sin ver jamás la luz natural. El pavimento era de piedra de sillería, y en el centro había una argolla de hierro para sujetar con una grande cadena al reo. El infeliz a quien le cupiese tal desgracia con razón envidiaría la suerte de las fieras enjauladas. Aunque no he visto la de la cárcel de Corte, supongo sería tan mala o peor, pero esta breve descripción es suficiente para anunciar los motivos de gratitud de humanidad de nuestro Rey. Ocho años después, aún existían en Valencia, en una de sus dos principales cárceles, cinco estancias tan malas y tan insanas como las *grilleras* de Madrid: a saber, un calabozo llamado «el cubo», que recibe una escasa luz por pequeñas aberturas horizontales al pavimento; un cuarto casi oscuro y muy pequeño, cuya puerta se presenta como ventana en una pared de la escalera; y un estrecho corredor en la parte alta, dentro del cual se hallan las puertas de tres estrechísimos encierros, sin luz ni ventilación alguna. Suponiendo, pues, que existirán otros iguales en varias cárceles de España, clama la humanidad por una resolución general para que todos se demuelan.

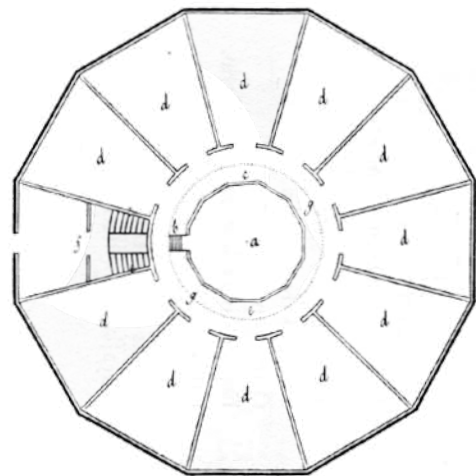
al lado del inocente. Vio en la portería a alcaides y porteros, que ninguno puede determinar la posición actual y ocupaciones particulares de todos los presos.² Finalmente, recorrió con su vista cuanto contienen aquellas tristes

² Pregúntese en la actualidad a un alcaide «¿qué hace o dónde está tal o cual preso?». «Señor —responderá—, no lo sé, porque desde aquí solo veo a algunos y mi vista no alcanza a todos.» Entretanto, los que no ve pueden alterar impunemente el orden; y digo «impunemente», porque en las cárceles siguen la contribución de no descubrirse unos a otros. En el año 1815, ciertos reclusos de la cárcel de Málaga disputaron el barato* a un presidiario que se hallaba en ella; y acosado este por otros valentones, que conspiraban a ganarle la acción, sacó una navaja y asesinó a uno de ellos sin que el alcaide pudiese prevenir tal desgracia. Pocos años hace, fue descubierto en una de las cárceles de Madrid un reo que, al abrigo de la soledad y oscuridad de su encierro, había fabricado por sí mismo las llaves necesarias para su fuga, de las que solo le faltaba una. En otra ocasión, los presos de la cárcel de Villa habían minado hasta muy cerca de la habitación del alcaide, acaso para asesinarle, y a su familia y a los porteros, y escaparse después por la puerta principal. Estos y otros ejemplos que cada día ocurren prueban hasta la evidencia que los grillos, las cadenas, la estrechez y el corto número de ventanas, y el grueso de las paredes, son insuficientes para asegurar a las personas de los presos y reducirlos a su deber, sacándose de aquí que la principal causa de estos excesos es la falta de un punto central de inspección. Así, pues, debemos suponer que muchas de las medidas adoptadas en nuestras cárceles, contra las cuales se ha declamado tanto, más bien son hijas de la necesidad que del rigor.

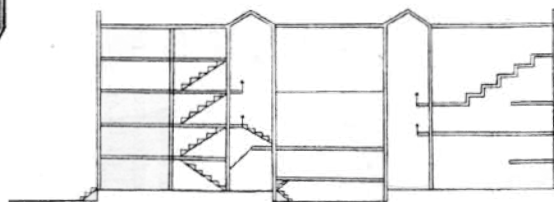
*Cantidad de dinero que daba voluntariamente a algunos de los presentes en el garito quien ganaba en el juego. (*N. de la E.*)

moradas del crimen y, aunque su corazón generoso le inspirase la noble idea de corregir en la hora todos los defectos y abusos de las cárceles, no se escapó de su penetración que era preciso empezar variando la forma del edificio. Bastante hizo en consolar con su augusta presencia a los infelices presos y en cerrar para siempre las *grilleras*.

ANEXO 3 PLANOS

Figura 1.^a

Panoptica de Jeremy Bentham.

Figura 2.^a

Corte y vista interior del Edificio.

LÁMINA 1.^a

Panóptico de Bentham

- a) Torre o inspección central
- b) Principio de la escalera de la torre y posición de la tercera¹
- c) Espacio anular entre la torre y el edificio principal
- d) Divisiones o celdas para los presos
- e) Escalera principal del edificio
- f) Entrada al mismo
- g) Galería

¹ Ventana o abertura para ventilación.

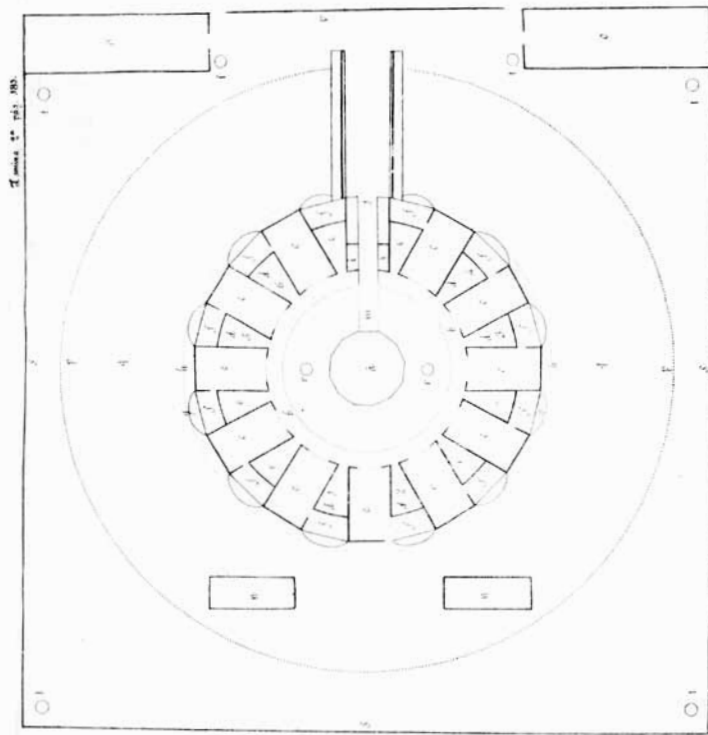


LÁMINA 2.ª

Panóptico de J. Villanova

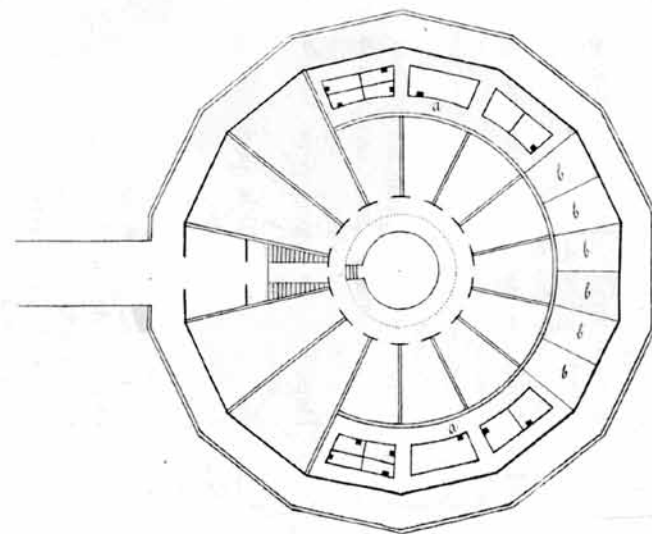
- | | |
|---|--|
| a) Torre central | j) Entrada del edificio |
| b) Galería o corredor del edificio principal | k) Soportales y oficinas |
| c) Salas o estancias para los presos comunicados | l) Puente de comunicación de la torre central con el edificio: su posición |
| d) (Desde el 1 hasta el 6) Encierros para los presos sin comunicación | m) Depósitos de agua |
| e) Piezas para almacén u otros usos | n) Cuerpos de guardia |
| f) Letrinas | o) Cerca separada |
| g) Tubos para desahogo de aguas inmundas | p) Espacio para huerta y arbolado |
| h) Zanja de limpieza de ídem | q) Cerceras |
| i) Escaleras primeras del edificio principal | r) Empalizada |
| | s) Garitas de centinelas: su posición |
| | t) Muralla de protección |

LÁMINA 3.^a*Sistema de enfermerías*

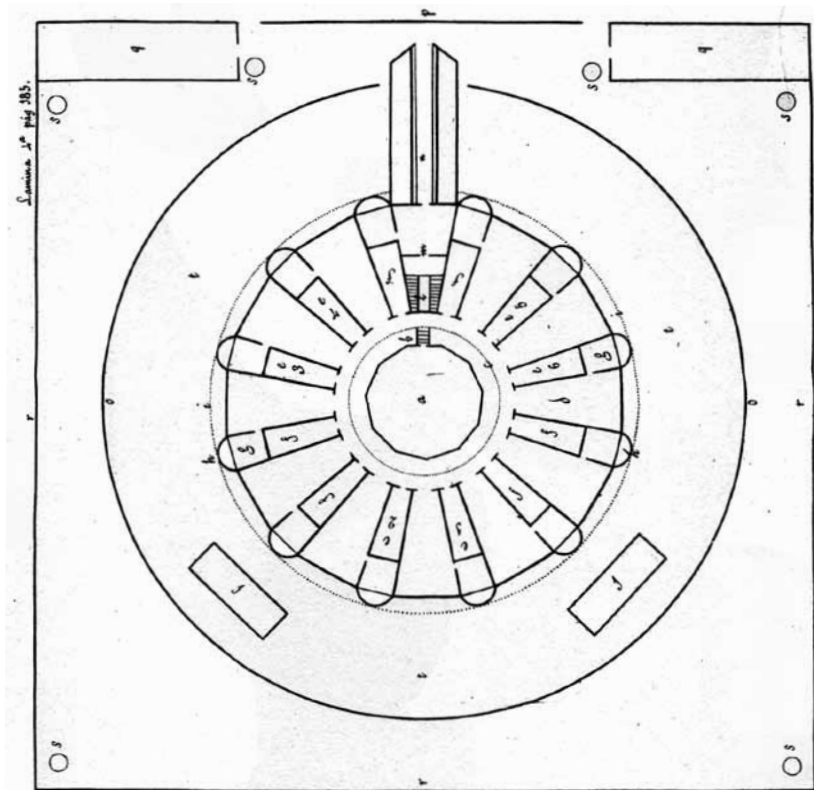
Se omite la descripción del edificio en lo concerniente al objeto de esta lámina, reducido a manifestar la situación de la enfermería de una casa panóptica, conservando el principio de inspección central.

a) Estancias para los enfermos

b) Celdas para los convalecientes



Enfermería



Plan de Bentham con las adiciones de Villanova.

LÁMINA 4.^a

Unión de los panópticos 1.º y 2.º

- | | |
|--|--|
| a) Torre o inspección central | j) Depósitos de agua para limpiar la zanja, etc. |
| b) Principio de la escalera de la torre y posición de la tercera | k) Escaleras del edificio principal |
| c) Espacio anular entre la torre y el edificio principal | l) Entrada del mismo |
| d) Salas para los presos | m) Calle exterior con soportales |
| e) (Desde el 1 hasta el 6) Encierros para los presos incomunicados | n) Cerca circular |
| f) Estancias para almacén y otros usos | o) Barrera de protección |
| g) Letrinas | p) Cuerpos de guardia |
| h) Tubos de desahogo de las letrinas | q) Empalizada |
| i) Zanja exterior para receptáculo de aguas inmundas | r) Garitas de centinelas |
| | s) Espacio para huerta y arbolado |

Epílogo
«Bentham en España»
María Jesús Miranda

Bentham, una de las figuras centrales del radicalismo filosófico inglés, el inspirador de una buena parte de la legislación liberal de la Europa del xix, utilitarista, moderado, racionalista y amante del *common sense*, creó también su utopía. Una de las muchas utopías que recorrieron la Europa liberal y romántica, desde el taylorismo al falansterio. O quizá la más ambiciosa, la única que pretendía un carácter de piedra filosofal, aplicable a todos los ámbitos de la vida en los que debería intervenir el recto gobierno de los hombres.

Si se hallara un medio para hacerse dueño de todo lo que puede suceder a un cierto número de hombres, de disponer todo lo que les rodea de modo que provocase en ellos la impresión que se quiere pro-

ducir, de asegurarse de sus acciones, de sus conexiones y de todas las circunstancias de su vida, de manera que nada pudiera ignorarse, ni contrariar el efecto deseado, no puede dudarse de que un instrumento de esta especie sería un instrumento muy enérgico y muy útil que los gobiernos podrían aplicar a diferentes objetos de la mayor importancia (p. 62).¹

He ahí el secreto del nuevo gobierno. Hacerse dueño de los hombres, no por medio de la esclavitud o la fuerza, sino por medio de la disposición de lo que les rodea, de las impresiones que se les producen... de forma que nada pueda ignorarse ni contrariar el efecto deseado. Es decir, de forma que el saber elimine hasta el último rastro de oposición o resistencia. He ahí la quintaesencia del pensamiento liberal; al fin, el consenso y el contrato son posibles y, precisamente, gracias al conocimiento, gracias a la razón.

Y Bentham, como buen inglés de los que están inventando la industria, lleva la idea a la práctica. Si una idea es cierta, tiene que ser aplicable, dice la física. Si los hechos materiales pueden expresarse según leyes, las leyes podrán traducirse en hechos materiales. Y Bentham pretende expresar su

¹ En todo el texto, las citas del *Panóptico* van seguidas de un paréntesis en el que se indica la página del texto correspondiente a la presente edición.

concepción del gobierno en piedra, hierro y cristal. Sobre todo, en hierro y cristal; resistencia y transparencia. Porque, ciertamente, las formas de gobierno se expresan en hechos materiales y a cada una de ellas le corresponde una arquitectura.

Bentham dedicó veinte años de su vida a construir y a hacer funcionar su panóptico, utilizando para su experimento a la población más necesitada de gobierno: los presos. Sus reiterados fracasos obligaron a la Administración inglesa a quitárselo de encima con una cuantiosa indemnización. Pero, a pesar de ello, «según consigna John Hill Burton, a él fue debida la reforma penitenciaria y municipal, la moderación de las penas, la adopción de un sistema penitenciario proponiéndose la reforma moral del delincuente, el mejoramiento de la organización del jurado, la derogación de leyes que excluían cierta clase de pruebas judiciales, la abolición de las disposiciones de exclusión de los católicos y otras muchas prolijas de enumerar y que hacen relación únicamente a la constitución de la vieja Inglaterra».² Es decir, el autor de una utopía que fracasa estrepitosamente influye de manera decisiva en la nueva Constitución legal británica. Y otro tanto puede decirse del resto de Europa. La Asamblea Nacional francesa manda editar, en 1791, la *Memoria sobre el*

² Luis Silvela: *Bentham en España*, Memoria de ingreso de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, Madrid, 1894.

panóptico realizada por Dumont, y Bentham es nombrado ciudadano francés honorífico. Los liberales italianos y portugueses beben de sus fuentes. Y ya veremos el amplio eco que Bentham tuvo en España.

Y esto por una razón fundamental. La obra de Bentham prefigura los elementos técnicos de gobierno en una sociedad democrática y en perfecta consonancia con su definición ideal, filosófica. Los filósofos del XVIII establecen los grandes principios de funcionamiento de la sociedad democrática: contrato social, voluntad general, soberanía popular, libertad, igualdad (Rousseau) y los abstraen de la realidad, elevándolos al rango de categorías absolutas y haciéndolos incontestables (Kant). Beccaria los traslada al terreno penal; tres son sus principales consecuencias: «solo las leyes pueden decretar las penas sobre los delitos», «la necesidad de un magistrado» y «que si se probase que la atrocidad de las penas, ya que no inmediatamente opuesta al bien público, fuera al menos inútil [...] sería contraria a la justicia y a la naturaleza del mismo contrato social».³ Soberanía de la ley, ni de unos ni de otros, sino de un elemento exterior de abstracción de la voluntad de todos, necesidad de un poder judicial «independiente», economía de las penas. En ese momento, afirma Foucault, «la burguesía comprende perfectamente que una

nueva legislación o una nueva Constitución no son garantía suficiente para mantener su hegemonía. Se da cuenta de que debe inventar una tecnología nueva que asegure la irrigación en todo el cuerpo social de los efectos de poder, llegando hasta sus más ínfimos resquicios».⁴ Es decir, establecidos los principios ideales de funcionamiento de la sociedad, a los políticos les corresponde llevarlos a la práctica. Y para ello es necesaria una tecnología de poder de la que Bentham es maestro, pues establece desde el principio sus líneas fundamentales: el ocultamiento del sujeto agente del poder mediante la disolución de las relaciones poderoso-sometido en una estructura que es la que impone las normas (máquina de poder), relaciones que se expresan a nivel simbólico, lo que permite que «lo representado» pase a ser lo esencial, mientras que lo real queda oculto.

El panóptico es un «instrumento muy útil y enérgico que los gobiernos pueden aplicar a objetos de la mayor importancia». Y, al final de la obra, se establece una relación: casas de seguridad, cárceles, casas de corrección de trabajo; hospitales, manufacturas, escuelas. Todo tipo de lugares en que muchos hombres deban estar sometidos a vigilancia. Es decir, desde el punto de vista del gobierno, todos.

³ Cesare Beccaria: *De los delitos y de las penas*, Aguilar, Madrid, 1976, pp. 74-75.

⁴ M. Foucault: «El ojo del poder». Véase p. 31 de la presente edición.

¿Cuáles son sus principios? El primero y básico, la vigilancia. Dice Foucault que el elemento más arcaizante del panóptico es la importancia de la mirada, y probablemente tenga razón. El principio de inspección central por una sola persona tiene antecedentes muy antiguos; la revista de sus tropas por los generales, los miradores de castillos y palacios sobre las poblaciones, los minaretes y pulpitos de los rezadores, las cátedras y estrados de los maestros... La cárcel de Madrid que manda edificar Felipe IV se construye según el principio de inspección central y Foucault explica lo mismo de hospitales y escuelas anteriores al panóptico. La vigilancia física, inmediata, ha perdido espacio progresivamente en las instituciones de control y ha dejado paso a la visión mediatizada por la palabra, a la observación simbólica a través del discurso técnico. Al igual que en medicina es cada vez menos importante el reconocimiento visual del paciente, y más el telediagnóstico, emitido tras el examen de una serie de documentos técnicos que lo representan, en la cárcel, el manicomio o la escuela, la mirada directa pierde valor, a la vez que lo ganan los discursos elaborados en torno a observaciones técnicas. Y no es ninguna casualidad, sino una manifestación más del fenómeno general de validación de la representación en nuestra cultura.

Esta «simbolización» de la vigilancia, sustitución del vigilante por su representación, tiene dos efectos inmediatos que se perciben ya en el panóp-

tico: el primero es el de escamotear el vigilante a los ojos del vigilado. El segundo, permitir que el vigilante, una vez simbolizado, se instale en la conciencia del vigilado.

Lo que cobra importancia en la nueva sociedad no es la mirada directa del otro significativo, sino la noción abstracta de vigilancia. El elemento nuevo del panóptico es la celosía que oculta al inspector de los ojos de los presos. No es una persona, sino una presencia. Presencia abstracta que se multiplica y se subdivide en otras muchas, porque no está únicamente en los ojos, sino que está sobre todo en la piel de uno mismo. Los primeros reformadores liberales, los cuáqueros de Pensilvania, dieron mucha importancia a la opinión pública. Bentham también se la da y hace entrar al pueblo en la cárcel para la misa del domingo. Pero ni así es suficiente. Hay otro público siempre presente: los compañeros. «Que cada compañero se convierta en un vigilante», dirá Bentham. Que el reo no esté nunca solo hasta que se haya corregido; es decir, hasta que haya internalizado al público, metido a los otros dentro de sí.

Pero la simbolización no es suficiente para internalizar al público. Hace falta otro elemento, elemento fundamental también de las ciencias humanas y, cómo no, del derecho de la sociedad capitalista. Es el concepto de culpa. Como ya señalara Pasukanis, una de las características del moderno derecho penal es la estricta distinción entre dolo y culpa. Y en una sociedad regida

por el mercado, la culpa es un precio que hay que pagar, un débito adquirido, un deber. La conciencia. Estamos en la culminación del proceso iniciado por Bentham. Los desviados de nuestra sociedad lo son porque, al fin, la torre central del panóptico se ha instalado en sus conciencias. Por fin han aprendido a observarse, vigilarse, analizarse, expresarse y nombrarse como desviados. El panóptico eliminaba las cadenas y los gruesos muros y los sustituía por la transparencia y la mirada. Ahora ya podemos hacer cárceles abiertas, hospitales de día; los delincuentes y los locos volverán a su lugar cada mañana porque llevan dentro a su propio carcelero.

La sociología de la desviación de la década de 1960 (Lemert, Becker, Goffman, Marza) va a conceder una importancia primordial al proceso de «estigmatización» del delincuente o del loco. Las instituciones de control actuales van a hacer pensar a Goffman o a Becker que el desviado es, casi exclusivamente, su producto. Una nueva manifestación de la sustitución de la representación por lo representado a la que estamos asistiendo. Es precisamente este fenómeno el que hace posible que estos autores, tras un análisis correcto de las instituciones de control, caigan en el idealismo más aparatoso, percibiendo solamente al individuo enfrentado a la sociedad o al Estado y sus aparatos, ignorando una verdad tan elemental como que el único enfrentamiento posible, en definitiva, es el de hombres contra hombres.

Pero Bentham no se conforma con escamotear la vigilancia. Debe justificarla más aún, añadiéndole el elemento más valioso de los que dispone el Siglo de las Luces: el saber.

La mirada tecnificada de Bentham, en consecuencia, no solo vigila a los presos. Sobre todo, los clasifica. La clasificación es otra de las bases de los modernos sistemas carcelarios, incluido nuestro «sistema progresivo».

El actual sistema de grados, e incluso la cárcel abierta, están perfectamente previstos por Bentham:

Lo que debe hacerse es contar con un establecimiento subsidiario [...]: un panóptico en el cual reinará más libertad; donde ya no habrá señales humillantes; donde podrán celebrarse matrimonios; donde los habitantes ajustarán su trabajo sobre el mismo pie, más o menos, que los oficiales ordinarios; donde, en pocas palabras, puede ofrecerse tanta comodidad y tanta libertad como pueda ser compatible con los principios de seguridad, decencia y sobriedad (p. 117).

No es partidario del sistema celular, reliquia del pasado, antieconómico y, sobre todo, inútil. «La soledad absoluta, que produce al principio un efecto saludable, pierde prontamente su eficacia y hace caer al infeliz cautivo en la de-

sesperación, en la locura o en la insensibilidad» (p. 96). Como buen liberal, cree en los efectos beneficiosos de la asociación y la comunicación. La convivencia es el único sistema que puede mantener vivos los sentimientos humanos en los presos. «Las pequeñas asociaciones son favorables a la amistad, que es la hermana de las virtudes, y un afecto duradero y honrado será muchas veces el fruto de una asociación tan íntima y tan larga» (p. 100). «Se dirá, tal vez, que esta sociedad será más bien una escuela de delitos en la que los menos perversos se perfeccionarán en el arte de la maldad con las lecciones de los que tienen una larga práctica en ella; pero puede prevenirse ese inconveniente distinguiendo a los presos en diferentes clases según su edad, el grado de su delito, la perversidad que manifiestan, la aplicación al trabajo y las señales que den de arrepentimiento. El inspector debe de ser bien poco inteligente y bien inaplicado si, en poco tiempo, no conoce el carácter de sus presos...» (pp. 97-98). Ya no basta con que el inspector sea poderoso; además, ha de ser inteligente y atento. Ha de «saber»; saber cómo obtener el conocimiento y saber aplicar técnicamente los resultados. En la torre del panóptico se unen el poder y el saber; el centinela que guarda a los presos hacinados se ha transformado en el sabio inspector que los clasifica, los estudia, los observa, los «trata» técnicamente; en especial, disponiendo el espacio donde deben situarse, entorno vigilado pero también lugar de convivencia, de trabajo, de instrucción y de ocio y afectos.

Por lo tanto, el instrumento de que se sirve Bentham para proporcionar saber al inspector del panóptico es la distribución del espacio. La máquina funciona en virtud de dos principios arquitectónicos: la construcción circular y la transparencia. La distribución del edificio será una de las grandes preocupaciones del XIX, porque lo es de una burguesía obligada a reinstalar —y a hacerlo «convenientemente»— una enorme masa de población expulsada de la sociedad rural o producto, simplemente, del enorme desarrollo demográfico del siglo. «A finales del siglo XVIII, aparecen nuevos problemas: se trata de servirse de la organización del espacio para fines económico-políticos».⁵ A los proyectos de distribución del espacio urbano que surgen en el XVIII se añaden progresivamente la racionalización del entorno rural, marítimo... Pero sobre todo de los microespacios: la vivienda obrera, los hospitales, las aulas, las fábricas... todos los emplazamientos en los que transcurre la vida cotidiana se organizan *funcionalmente*. El panóptico no es solo, ni sobre todo, un proyecto de cárcel. Es un primer ejemplo, y bien claro, de arquitectura funcional. Arquitectura posible, y necesaria, en una sociedad en la que el poder se ha escapado de las manos del hombre y se ha instalado en las relaciones entre

⁵ *Ibid.*, p. 16.

ellos. Expresión plástica de una sociedad que *va d'elle même*⁶ pero, sobre todo, arquitectura —y concepción social— que permite que la sociedad se ajuste a leyes creadas por los hombres, como si esas leyes fueran naturales y estuvieran fuera del control de quienes las han creado, en un proceso que ha llevado a la sociedad y a las cárceles actuales de ser «las mejores posibles» a ser «las únicas posibles».

La otra gran preocupación del panóptico es la transparencia; no en vano es un producto del Siglo de las Luces. En él, todo está a la vista, pero en un solo sentido. Mientras los vigilados están situados a contraluz, para exponer mejor sus siluetas, la torre central está protegida de sus miradas por una celosía. Es bien cierto que los viajeros, los políticos y las personas interesadas pueden entrar en la torre, pero nunca los presos. El panóptico es una maravillosa imagen de la ciencia social de nuestro tiempo. El técnico (el inspector) se encuentra en situación privilegiada para analizar a una serie de individuos que se le exponen, si no materialmente, sí al menos mediante técnicas de observación sofisticadas. Estas técnicas, sin embargo, solo valen en la medida en que los examinados se comporten de acuerdo con determinadas normas, que no rompan con la ley de los grandes números; es decir, *deben estar* en

situación de imposibilidad material de romperlas. La observación se dota así de una doble función: analizar esa conformidad y provocarla, en bien de la propia observación. La transparencia del panóptico es la imagen ideal de un sueño de las ciencias sociales; la sociedad como conjunto de individuos perfectamente contados, pesados y medidos, sin márgenes de error ni variables aleatorias.

Pero semejante ciencia social solo ha podido surgir al final de un proceso dominado por una idea: la igualdad entre todos los hombres. Una igualdad que, en un primer momento, resulta verdaderamente irrisoria. Una igualdad que, para que sea creíble, hay que construir. Y que, de hecho, la sociedad capitalista ha ido, y va, construyendo día a día precisamente en los espacios de poder definidos por la arquitectura funcional y la vigilancia: la familia, la escuela, la industria, las instituciones sanitarias y de «reforma». Que se manifiesta en miles de cosas, desde la disolución de la propiedad en sociedades cuanto más «anónimas» mejor y la revolución de los *mánager* hasta el aprendizaje obligado del inglés para todo hombre de hoy que se precie de serlo.

A esta cuidadosa disposición del espacio, Bentham añade otro elemento básico de su proyecto que también se mantiene intacto en la prisión moderna: la ingeniería del tiempo. «Pasemos a la ocupación del tiempo, que es objeto de una importancia *infinita...*» (p. 101, el subrayado es mío).

⁶ «Funciona por sí misma.» (*N. de la E.*)

Del suplicio al empleo del tiempo. Rasgos definitorios de sistemas penales diversos y separados, sin embargo, por menos de un siglo.

Es la época en la que se redistribuyó, en Europa y Estados Unidos, toda la economía del castigo. Época de grandes escándalos para la justicia tradicional, época de innumerables proyectos de reforma; nueva teoría de la ley y el delito, nuevas justificaciones morales y políticas del derecho a castigar; abolición de las viejas ordenanzas, desaparición de las costumbres; proyectos de redacción de códigos «modernos»; Rusia, 1769; Prusia, 1780; Pensilvania y Toscana, 1786; Austria, 1788; Francia, 1791, Año IV, 1808 y 1810. Una era nueva para la justicia penal.⁷

Pasukanis entrevistó, hace ya mucho tiempo, esta importancia central del tiempo en el derecho penal y penitenciario de la sociedad capitalista.

Las prisiones y los calabozos existían igualmente en la antigüedad y la Edad Media, junto con otros medios de violencia psíquica [...]. [Pero] para que la idea de la posibilidad de reparar el delito con un quantum

⁷ M. Foucault: *Surveiller et punir*, Gallimard, París, 1975, p. 13. Hay traducción en castellano: *Vigilar y castigar*, Siglo XXI, México, 1976.

de libertad abstractamente predeterminado haya podido nacer, ha sido necesario que todas las formas concretas de la riqueza social hayan sido reducidas a la forma más abstracta y más simple, al trabajo humano medido por el tiempo. Tenemos aquí indudablemente un ejemplo que confirma la interconexión de los distintos aspectos de la cultura. El capitalismo industrial, la declaración de los derechos humanos, la economía política de Ricardo y el sistema de detención temporal son fenómenos que pertenecen a una y única época histórica.⁸

El tiempo de la cárcel más que nunca es oro, es decir, productor de propiedad. Para que sea válido como pago por la culpa, el tiempo del condenado debe ser tiempo social, tiempo de mercado. Tiempo, pues, de instrucción y trabajo, las dos maneras en que el tiempo se convierte en propiedad. Bentham, el autor de *Defensa de la usura*, es de nuevo el heraldo, si no el inventor, de las dos formas básicas de utilización del tiempo en nuestras prisiones: el trabajo y la instrucción.

El trabajo que se propone para el panóptico no es ya el trabajo forzoso de las galeras. En la nueva sociedad, el trabajo no es el hijo de un castigo

⁸ E. B. Pasukanis: *Teoría general del derecho y marxismo*, Labor, Madrid, 1976, p. 154.

divino, sino «el padre de la riqueza», «el mayor de los bienes». La Constitución española de 1978 propone, en su artículo 26.2, que «el condenado a pena de prisión [...] en todo caso, tendrá derecho a un trabajo remunerado y a los beneficios correspondientes de la Seguridad Social, así como al acceso a la cultura y al desarrollo integral de su personalidad». Y así es exactamente en la prisión benthamiana. El trabajo no es un suplicio adicional, sino un derecho del preso, derecho a mejorar algo su condición en la cárcel, a ahorrar para cuando salga de ella, en dos palabras, a *acumular propiedad*, es decir, a ser hombre, porque hemos entrado ya en el tiempo en el cual *ser hombre* es idéntico a *ser trabajador*. Negar al preso el derecho al trabajo es negarle su esencia humana... algo incompatible con el humanismo de la sociedad burguesa. De ahí todas las preocupaciones de Bentham —y de los reformadores actuales— sobre el trabajo carcelario; que no sea forzoso ni predeterminado, sino de libre elección, dentro de lo posible; que permita la formación profesional del preso; que sea lo suficientemente rentable como para proporcionarle un aliciente económico... que sea, en fin, trabajo, en el estricto sentido que el término tiene en la sociedad capitalista: quehacer «libre» y remunerado.

Otro tanto podemos decir de la instrucción, modo en que el tiempo se convierte en propiedad del interesado con valor de cambio social.

Toda casa de penitencia debe ser una escuela. Esto es necesario para los jóvenes encerrados en ella [...] ¿por qué se negaría el beneficio de la instrucción a unos hombres ignorantes, que pueden volverse miembros útiles de la sociedad con una nueva educación? (pp. 110-111, el subrayado es mío).

El mismo planteamiento: la educación es un derecho... que hace al hombre útil a la sociedad. Solo que, como esta sociedad es más útil para unos que para otros, la burguesía en el poder intentará convertir cada cárcel en una escuela. Se enseñará en ellas «la lectura, la escritura, la aritmética, el dibujo»... pero también la «enseñanza moral y religiosa». Obsesión permanente de los penitenciarios de nuestra época que, de tanto perseguir la «educación nueva», van a terminar llamándose «reeducadores», nombre que hoy ostentan con orgullo.

La sociedad capitalista hace posible, pues, la detención temporal, el pago de la culpa en tiempo. Pero el tiempo no es más que una idea. Para que adquiera valor de cambio social hay que convertirlo en tiempo de instrucción y trabajo: tiempo objetivo. ¿Podríamos decir «tiempo alienado»? En cualquier caso, tiempo separado del sujeto. Manipular esta dimensión del tiempo no es suficiente, porque, como veremos al hablar de la vigilancia, una de las

condiciones de la sociedad democrática es que la vigilancia se ejerza desde uno mismo. Por eso es preciso manejar también el tiempo subjetivo. Y eso solamente puede hacerse a través del cuerpo, que es lo que lo hace perceptible. El cuerpo del preso sigue siendo el último resorte de la justicia, al que el poder acude para rentabilizar el delito. Lo que sucede es que ya no recurre a la pompa del suplicio. Ahora, lo que trata de inscribir en el cuerpo del preso no es tanto el valor-de-poder como el valor-del-valor. El exponente más general del valor es el trabajo. El trabajo se hace con el cuerpo; no por casualidad la fuerza de trabajo se llama «mano de obra». Manos, pies, brazos, espaldas, sometidos al tiempo: gimnasia.

El ejercicio al aire libre preserva la salud. Pero este ejercicio debe, como todo lo demás, estar sujeto a la regla inviolable de la inspección (p. 108).

Esta es, en definitiva, la verdad de la cárcel. Una caricatura, un modelo a escala reducida, de la sociedad que la produce. En ella va a reproducirse, más inexorable y más ceñido que los grilletes de hierro, el ciclo vital —o más bien, antivital— a que nos somete la sociedad capitalista; instrucción, trabajo, producción, descanso, producción, trabajo, descanso, producción. El cuerpo

del preso debe ser el cuerpo más saludable de todos los cuerpos; en él está inscrito el valor del trabajo.

Una forma adicional, pero no menos importante, de la relación cuerpo-espacio-tiempo es la dramatización del proceso de encarcelamiento, dramatización completamente viva hoy en día, como han puesto de manifiesto el trabajo de Goffman y el de muchos otros que le han seguido. Nos dice Bentham:

Es paradójico que la más horrible de todas las instituciones presente en este punto un modelo excelente. La Inquisición, con sus procesos solemnes, sus vestidos emblemáticos y sus decoraciones espantosas, halló el verdadero secreto de mover la imaginación y de hablar al alma. En una buena comisión de leyes penales, la persona más esencial es la que está encargada de combinar el efecto teatral (pp. 73-74, el subrayado es mío).

He aquí otro de los elementos fundamentales de la sociedad democrática, elemento que la hace posible y la mantiene; el de hacer pasar la apariencia por la esencia, el fenómeno por el ser. La palabra que Bentham utiliza es exacta; lo *esencial* es el efecto, la representación, el símbolo. Reaparición del fenómeno central del que hablábamos al principio: escamotear los objetos y sustituirlos

por su representación. Es esta escenificación del proceso la que hace creíble a los ojos del sujeto y del público en general la realidad de lo representado. En este caso, la realidad de la justicia penal de la sociedad burguesa. Ni la ley ni el juicio. Ni los hechos ni la razón son *esenciales*. Ni una ni otra aparecen en el modelo de Bentham. Lo que sí está presente por todas partes es la escenificación: en la decoración, en el vestido (p. 106), en los procedimientos de admisión (p. 107), en los castigos (p. 112). Toda una dramatización orientada a «destruir el yo del preso», que diría Goffman o, más simplemente, a «sumergirlo en la humillación», que dice Bentham, para poder posteriormente «iniciar el tratamiento», que diría Goffman o, más simplemente, «disponer todo lo que les rodea de modo que provoque en ellos la impresión que se quiere producir», según Bentham.

A través del cuerpo. Pero «como el rayo de sol que atraviesa el cristal, sin romperlo ni mancharlo». Del poder físico al poder simbólico. Del verdugo al psiquiatra... en un proceso que aún no se ha detenido... ni tiene visos de detenerse.

¿Por qué? En mi opinión, porque la forma de ejercicio del poder prevista en el panóptico es una forma esencialmente democrática, es decir, una forma en la que el poder se diluye en un campo de fuerzas. En la cárcel democrática, como en la familia actual, el ejercicio del poder se enmascara tras una aparien-

cia de trampa. Todos están atrapados por la relación y es esta la que determina los comportamientos. Kropotkin entendía muy bien el problema cuando decía: «Poned a un Pestalozzi al frente de cada cárcel [...] y seguiréis cosechando la reincidencia».⁹ No hay en la cárcel democrática un poder que se entregue a alguien para que lo ejerza sobre los otros. Se trata más bien, como dice Foucault, de «una máquina en la que todo el mundo está aprisionado, tanto los que detentan el poder como aquellos sobre los que se ejerce. Pienso que esto es lo característico de las sociedades que se instauran en el siglo XIX. El poder ya no se identifica sustancialmente con un individuo que lo detenta o posee en virtud de su nacimiento, se convierte en una maquinaria de la que nadie es titular. Sin duda, en esa máquina nadie ocupa el mismo puesto; sin duda, ciertos puestos son preponderantes y permiten la producción de efectos de supremacía. De esta forma, éstos pueden asegurar una dominación de clase en la misma medida en que disocian el poder de la potestad individual».¹⁰

La crítica de la cárcel, como la de tantas otras instituciones burguesas, solo puede hacerse, pues, con base en una crítica radical de la misma, como mercado político, generalizado como organización técnica del poder que

⁹ Piotr Kropotkin: *Las prisiones*, Calamus Scriptorius, Barcelona, 1977, p. 27.

¹⁰ Foucault, «El ojo del poder». Véase p. 32 de la presente edición.

permite y mantiene el dominio de la burguesía. La sociedad capitalista se mantiene precisamente gracias al proceso de democratización de sus instituciones básicas. El problema es que la democratización no elimina la dominación ni la opresión. No elimina el ejercicio del poder que, por el contrario, pasa a ser elemento integrante e indispensable de la propia relación, de la propia institución. Este carácter obvio y generalizado de las relaciones de poder en la sociedad capitalista es justamente lo que hace posible que no sean percibidas.

En el caso concreto de la criminología, el hecho es evidente. Desde *L'uomo delinquente* de Lombroso, la criminología médica, psiquiátrica o social se han olvidado sistemáticamente de que, en definitiva, la criminalidad es la expresión de una relación de poder. Bentham lo expresa claramente al decir que la ley crea el derecho al crear el delito. El delito, como la ley, es una expresión del poder. Pero cien años más tarde todos los criminólogos parecen haberlo olvidado. Se busque la causa del delito en lo fisiológico, lo psicológico o lo social, se harán escasas o nulas referencias al poder, al Estado o sus aparatos. Con algunas excepciones. Como notables, podríamos citar a Pasukanis y a Durkheim. Pero también es cierto que sus análisis conducen a estos dos autores a conclusiones muy poco democráticas; Durkheim defenderá una organización política corporativa; Pasukanis, la dictadura del proletariado. Y

cuando, por fin, el tema del poder se ha planteado, la realidad de las instituciones «democráticas» de control hace que el enfoque se nos presente como totalmente idealista.

En los últimos años,¹¹ España está sufriendo un proceso de democratización. Como es característico en estos casos, el tema de las cárceles ha saltado a la arena del debate y lo ha hecho por una doble vía: la política y la de la acción. Mientras se elabora un proyecto de reforma penitenciaria, las cárceles arden. Tal vez una mirada retrospectiva pueda aclararnos algo este fenómeno.

En 1894, D. Luis Silvela, el introductor en España del concepto de pena correccional (con su obra *El derecho penal estudiado en principios*, 1874), dedica a Bentham su discurso de ingreso en la Academia de Ciencias Morales y Políticas. Silvela es, para García Valdés —por ejemplo—, «uno de los cuatro españoles que más se distinguieron en su afán de reformar las cárceles». Y, dato significativo, destina parte de su labor intelectual al estudio de Bentham y de su huella entre nosotros. También en España, la reforma legal y penitenciaria del XIX está profundamente marcada por el pensador inglés que Silvela, en una curiosa coincidencia con Foucault, no define como «filósofo» o «jurisconsulto», según las opiniones más frecuentes de su época —y de la nuestra—, sino como

¹¹ La primera edición de este libro es del año 1979.

persona a la que «sus estudios, la índole de su genio, sus tendencias todas le colocaban más bien entre los sociólogos, entre los hombres prácticos que tienen horror a la metafísica».¹² Para el inefable D. Luis, Bentham es un hombre de acción, preocupado por la realidad social, un técnico reformador, pero un mal filósofo. Los principios en que pretende basar su obra son toscos y débiles. Pero esta es importante, porque «la humanidad se ha beneficiado de sus indudables aciertos, desdeñando el débil principio en que se apoya».¹³

Esa es, efectivamente, la historia de la herencia de Bentham. En 1957, en la *Revista de Estudios Penitenciarios*¹⁴ podíamos leer:

...los principios característicos del panóptico destinados a prevalecer o a reactualizarse con posterioridad son:

Su idea esencial de la inspección central.

Su minucioso dispositivo de seguridad.

La celda como unidad de alojamiento de varios individuos.

¹² Silvela, *op. cit.*, p. 13.

¹³ *Id.*

¹⁴ Carlos García Basalo: «El panóptico de Bentham», *Revista de Estudios Penitenciarios*, Madrid, n.º 129, 1957, p. 594.

Paredes interiores formadas por una reja que permite la visibilidad plena.

Principio de clasificación moral.

Es decir, ¡todo! Los postulados esenciales de la obra de Bentham permanecen como base de la cárcel ciento cincuenta años después de haber sido formulados... y después de haber sido refutados ciento cincuenta mil veces los principios filosóficos en los que pretendían basarse.

De hecho, Bentham empezó a influir temprana y fuertemente en los liberales españoles. Su primer introductor fue Toribio Núñez, profesor de la Universidad de Salamanca, discípulo de Meléndez Valdés, diputado de las Cortes en 1820 y autor del libro *Ciencia social según los principios de Jeremías Bentham*, impreso en 1835 por orden del Gobierno español en la Real Imprenta, lo que nos da idea de hasta qué punto los liberales, entonces en el poder, estimaban la importancia de la obra benthamiana. Ya en 1820, Núñez había traducido los *Principios de legislación civil y penal* extractados por Dumont de la obra de Bentham (de los que hemos sacado la *Memoria sobre el panóptico*). La misma memoria era editada en 1834 por iniciativa de Villanova y Jordán (que ya en 1819 había ideado la aplicación del principio panóptico a las cárceles españolas), acompañada de una Memoria de la Real Sociedad

Económica Matritense de Amigos del País sobre la situación de las cárceles de la Villa y Corte y un apéndice del propio Villanueva sobre la situación de la población penal española, que también incluimos en este volumen. Y no cabe duda de la influencia benthamiana en las dos primeras muestras del derecho penal y penitenciario español, respectivamente, el Código Penal de 1822 y la Ordenanza General de Presidios del Reino de 1834.

Pero ambas leyes corren una suerte muy diversa: mientras que el Código Penal goza de una vida muy corta —es abolido por Fernando VII en 1823, y su sucesor, el Código de Narváez de 1848, es ya mucho menos liberal, y mucho menos benthamista—, la Real Ordenanza va a perpetuarse con escasas modificaciones (que giran únicamente en torno al tema de la separación individual o no de los presos; es decir, a la instauración o no del sistema celular), aunque manteniendo en pie el resto de los principios: inspección, clasificación, trabajo obligatorio y «redentor», instrucción, etc., etc., que son los que triunfan definitivamente en el Real Decreto de 5 de mayo de 1913, que ha sido calificado de «verdadero Código penitenciario español», y que, según García Valdés, recoge una serie de «instituciones que, modernizadas, se reproducen en los sucesivos reglamentos de Prisiones».¹⁵ Y no puede más

¹⁵ Carlos García Valdés: *Régimen penitenciario de España*, Instituto de Criminología, Madrid, 1975, p. 37.

que ser así. La sociedad democrática ha establecido también en España sus normas y estas implican unos instrumentos determinados de control social: pena-tiempo, tiempo-trabajo, trabajo-inspección, inspección-pena... círculo infernal del que la «modernización» de la que habla García Valdés (¿no sería más propio llamarla «sofisticación tecnológica»?) no nos permite escapar.

Y, mientras tanto, se produce un doble proceso: por un lado, la situación de la población carcelaria se mantiene en un estado de miseria sangrante y, por el otro, en el ámbito de la codificación, de las ideas hechas leyes, se entabla una batalla muy poco sangrienta entre progresistas y reaccionarios, que convierte la historia de la codificación penal española en una farsa maniquea y que sirve, de hecho, para ocultar entre ríos de tinta y montañas de papel la permanente desgracia de quienes caen en manos de la justicia. Dicho en otras palabras: mientras que penales como El Dueso, Santa María, Ocaña, La Casa Galera de Mujeres de Alcalá siguen en pie tras varios siglos de servicio, España disfruta de siete códigos penales diferentes.

En el terreno de las reformas penitenciarias, Bentham señala desde el principio todos los elementos fundamentales.

... conviene recordar sumariamente los objetos que deben tenerse en cuenta en cualquier institución de esta clase. Retraer de la imitación

de los delitos con el ejemplo de la pena; prevenir los delitos de los presos durante su cautividad; mantener entre ellos la decencia; conservar su salud y limpieza, que es parte de ella; estorbar su fuga; procurarles medios de subsistencia para cuando salgan; darles la instrucción necesaria; hacerles adquirir hábitos virtuosos; preservarles de todo maltrato ilegítimo; procurarles el bienestar del que es susceptible su estado... (p. 81).

Nada nuevo han añadido a esta lista los sucesivos proyectos de reforma penitenciaria que se han realizado en nuestro país, ni los hermosos y grandes proyectos realizados por los liberales de finales del XIX ni los regresivos y deleznablez llevados a cabo por los regímenes reaccionarios. Es precisamente esta continuidad en la situación —y en su crítica— la que hace posible que García Valdés cometa el increíble error de confundir a Fernando VII con Alfonso XIII y de creer que la Real Ordenanza de 1819, en la que el primero pide un informe a la Real Sociedad Matritense sobre la situación de las cárceles, es obra del segundo y tiene fecha de 1919.¹⁶ La descripción de los horrores de la cárcel de la Villa que hace la Sociedad podría haberse hecho un siglo más

tarde, lo mismo que ciento cincuenta años después de haberse escrito; el panóptico sigue siendo progresivo o, en palabras del actual director general de prisiones, un modelo de «las modernas tendencias arquitectónicas aplicables a las mismas [instituciones penitenciarias]». Cien años, cuatro constituciones, con sus correspondientes códigos penales y reformas penitenciarias, las voces de Concepción Arenal, Salillas, Bernaldo de Quirós, Silvela, Villanueva, Montesinos, Dorado... y, en una mirada retrospectiva, un experto en nuestro tiempo puede confundir hechos separados por un siglo. ¿Estamos o no en un círculo infernal?

Porque la rueda sigue girando. García Valdés se encuentra, como los liberales de 1822, enfrentado a la reforma democrática de las prisiones. Y poco más que ellos puede hacer. Puede repetir, con Bentham, que privar al hombre de libertad no es arrojarle a una cloaca. Puede seguir persiguiendo obsesivamente, como él hizo, la limpieza que es parte de la decencia, porque la limpieza será la eterna obsesión de una institución que condensa todas las tendencias anales de los hombres de la sociedad capitalista; su sadismo, sus sentimientos de culpa, sus ciegos temores... Puede, en el camino iniciado por Bentham, seguir sustituyendo elementos físicos de control por elementos simbólicos: los muros y las cadenas pueden ir cayendo bajo el impulso de la vigilancia, desde la tecnificación progresiva de la administración pública —hoy

¹⁶ *Ibid.*, pp. 36-37.

por hoy, es tan malo ir indocumentado como ir marcado con hierro en el siglo ^{xvii}— hasta la aplicación *in extenso* de la psicoterapia más sofisticada. Puede hacer a los presos algo más hombres —perdón, más propietarios— gracias a la Seguridad Social y a la enseñanza a distancia. Y nada más.

No quiero decir que esté en contra de la limpieza o de la Seguridad Social o a favor de las cadenas y los *electroshocks*. Quiero decir que ni el director general de prisiones tiene el poder suficiente como para romper un círculo vicioso que engendra dolor y delincuencia y más dolor. Que está atrapado en él tanto como el último preso, o como cualquiera de nosotros. En primer lugar, por una serie de limitaciones que se derivan de la propia naturaleza de la cárcel como realizadora de penas justas; como ya señalaba Bentham, la comida, el alojamiento o el vestido que la cárcel proporcione debe ser siempre «el más común y el más barato que dé el país, porque no deben [los presos] ser mejor tratados que la clase pobre y laboriosa» (p. 105).

La cárcel justa y democrática tiene que ser mala, porque así lo exige el pueblo. El pueblo enfrentado al poder asalta las bastillas, porque ve en ellas su manifestación extrema. Pero el pueblo que se cree instalado en el poder por la democracia —por limitada que esta sea— se queja del gasto de las prisiones. Ya a mediados del ^{xix}, los obreros de París reclamaban que los trabajos peligrosos o desagradables fueran realizados por los presos.

La insensibilidad popular ante el problema de las prisiones es también una consecuencia de la organización democrática de la sociedad, como hemos podido observar claramente en España en los tres últimos años. A medida que ha ido progresando la estabilización democrática, el tema de la cárcel, la amnistía, etc., ha ido cambiando de signo. En diciembre de 1977 fue casi realidad un indulto general para los presos comunes, apoyado incluso por el PSOE. En noviembre de 1978, se celebraban manifestaciones multitudinarias contra el terrorismo y a favor del aparato de control —cárceles incluidas—, apoyadas incluso por partidos maoístas. Este giro de 180 grados se explica en parte por la cuidadosa campaña propagandística emprendida por el Gobierno de Suárez contra los delincuentes y en pro de las fuerzas del orden. Pero es indudable que el eco de esta campaña fue posible, fundamentalmente, gracias a las ilusiones democráticas —de compartir el poder— del pueblo. Y son precisamente estas ilusiones las que dificultarán la reforma. Aunque, sobre todo, la reforma es imposible por el carácter utópico del propio planteamiento. El panóptico fracasó porque Bentham no previó las resistencias o, mejor dicho, porque no estaba diseñado para tratar con hombres, sino con el mítico *homo utilitario* que el propio Bentham había creado. El mismo creador del mito fue víctima de su criatura e incapaz de darse cuenta de ello. Hasta ahí llega el poder de la representación.

Hechas para tratar con mitos, las cárceles de hoy, por mucho que se tecnifiquen, siguen fracasando frente a las resistencias de los hombres que las pueblan. A fuerza de dolor, los presos «previenen del delito con el ejemplo». Pero es justamente ese dolor constante y acrecentado el que puede hacernos pensar que algo tiene que estar equivocado para que esta sociedad del mercado y la democracia necesite del dolor para seguir viva. Desde el terror y con el terror (¿podría acaso haber sido de otro modo?), los presos están tratando de esclarecer tremendo error que les condena a un sufrimiento perpetuo porque es necesario. Quizá su grito sea también un signo de los tiempos y no caiga en el vacío.¹⁷

María Jesús Miranda
Diciembre de 1978

¹⁷ Para conocer qué sucedió en este periodo, César Lorenzo: *Cárceles en llamas. El movimiento de presos sociales en la Transición*, Virus Editorial, Barcelona, 2013, pp. 7-14, y *Copel: una historia de rebeldía y dignidad* (85'), bit.ly/2Rej4en. (N. de la E.)

ADENDA

Hace 40 años que escribí las palabras que anteceden. Desde entonces, el panóptico como estructura carcelaria se ha quedado obsoleta, una reliquia del pasado que incluso se ha museificado. La Cárcel Modelo de Barcelona, por ejemplo, de estructura circular y ya deshabitada, se ha convertido en atracción turística. Tiene su web, sus horarios de visita, sus precios por tour. La de Badajoz se ha reconvertido en el Museo de Arte Contemporáneo de Extremadura. En Sevilla se conserva como museo penitenciario la galería que ocuparon los presos políticos del franquismo. El hospital de la de Carabanchel se ha reconvertido en CIES. Siguen en servicio El Dueso, Burgos, Soria, Ibiza y alguna más. Los nuevos centros penitenciarios son de estructura modular y el control se ejerce electrónicamente.

Seguramente Google sabe más de cualquiera de nosotros que lo que un vigilante meticulado supo nunca sobre los encomendados a su vigilancia. Lo curioso es que aquello que considerábamos humanitario para un recluso se convierte en intrusión en la intimidad cuando los observados somos nosotros

misimos. O quizá ni eso. Confiamos tanta información a Internet, sin ton ni son, que hemos dejado de valorar la intimidad, uno de los derechos fundadores de la Modernidad. Ni individuos, ni libres, ni iguales. Hoy el panóptico es global.

Como teorizaron los autores de la vieja Escuela de Frankfurt, la psicología de masas del fascismo construye individuos que se inclinan ante sus superiores y demuestran cruelmente su desprecio hacia los que consideran inferiores. Las mujeres y los niños, los extranjeros pobres, los ciclistas y los peatones, los miserables que todavía ingresan en una cartillita de ahorros, el modesto contribuyente... Material desechable.

Entonces, ¿son de nuevo las prisiones una caricatura de la sociedad global? En ese caso, ¿la sociedad moderna que parió el panóptico está muerta y enterrada? Las personas optimistas no solemos darnos por vencidas. Pero nos gusta aprender de la Historia y sabemos que la nueva sociedad no va a construirse mirando hacia atrás, sino que tendrá que alumbrar nuevas ideas.

María Jesús Miranda,
Cercedilla, febrero de 2020



Impreso en febrero de 2020
en Romanyà Valls (La Torre de Claramunt)